

BONNIE-SUE HITCHCOCK

El olor  
de las  
casas de  
los  
demás



BONNIE-SUE HITCHCOCK

El olor  
de las  
casas de  
los  
demás

*Traducción:*  
SONIA FERNÁNDEZ ORDÁS

MAEVA  young

## Índice

[Cubierta](#)

[Portadilla](#)

[Nota de la editora](#)

[Listado de personajes](#)

[Mapa](#)

[Prólogo. Cómo era la vida en aquellos tiempos](#)

[Primavera](#)

[1. El olor de las casas de los demás](#)

[2. La Clásica del Hielo](#)

[Verano](#)

[3. La bailarina asesina de peces](#)

[4. Persiguiendo orcas](#)

[5. Apuntando a las estrellas](#)

[6. El campamento de pesca](#)

[7. No preguntes, no cuentes nada](#)

[8. Que alguien se fije en ti](#)

[9. El efecto bola de nieve](#)

[10. La maldita nota azul](#)

[11. Si debes echar humo, ahúma el salmón](#)

[12. Algo que desearía](#)

[Otoño](#)

[13. Campanillas en botellas de whisky](#)

[14. Tarta de arándanos](#)

[15. Cabezas con moños](#)

[16. Hermanos](#)

[Invierno](#)

[17. Diciembre de 1970](#)

[Agradecimientos](#)

[Glosario](#)

[Entrevista con Bonnie-Sue Hitchcock](#)

[Créditos](#)

Querido lector:

Cuando era niña, Bonnie-Sue Hitchcock nunca probó una pieza de fruta que no estuviese enlatada, aprendió a sacar truchas de las aguas heladas del río Kenai, jamás imaginó que los inviernos no eran fríos y oscuros en todo el mundo como lo eran en Alaska. Esta infancia dura y salvaje en el territorio más inhóspito de Estados Unidos, y uno de los más hostiles del mundo, es la que insufló vida a los protagonistas de *El olor de las casas de los demás*.

*El olor de las casas de los demás* es el título de la novela y también el primer acierto de Bonnie-Sue Hitchcock. Es sugerente, poético y misterioso, y concentra en esas pocas palabras la esencia de los personajes y las historias que vamos a conocer en sus páginas. Son las vidas de Ruth, Dora, Alyce y Hank, cuatro adolescentes que viven allí, en la última frontera de América, donde la mera supervivencia humana es casi un milagro. Como son milagrosas sus propias vidas, marcadas por el abandono, el riesgo, la fuerza de la naturaleza, la amistad y los azarosos golpes de suerte que los acompañan y que los hacen vislumbrar una vida que nunca hubieran imaginado para ellos.

Por la veracidad que descubrí en sus historias, por los entrañables y valientes personajes, por hacer de un lugar tan remoto como Alaska un nuevo territorio literario, *El olor de las casas de los demás* consiguió atraparme desde las primeras páginas y me siento tremendamente afortunada de que forme parte del catálogo de Maevayoung. Estoy convencida de que estamos ante un libro llamado a convertirse en un clásico moderno.

Los sueños, los anhelos, los miedos, las frustraciones de Ruth, Dora, Alyce y Hank me acompañan desde que acabé esta novela. Espero que, a partir de ahora, también os acompañen a vosotros.

*La editora*

*Para Gramzy*



# Listado de personajes

En Fairbanks, Alaska

## **Ruth**

Mamá

Papá

Lily (hermana menor de Ruth)

Abuela

Ray

Buñuelo

Bunny (mejor amiga de Lily y hermana menor de Buñuelo)

Selma (mejor amiga de Ruth)

Alyce (prima de Selma)

Dora (mejor amiga de Buñuelo)

Tumbo (padre de Dora)

Señor Moses (padre de Buñuelo)

## **Dora**

Loco bailarín

Mamá

Madre de Buñuelo

Paula y Annette (amigas de mamá)

George (cajero en la tienda del Ejército de Salvación)

En Canadá y sureste de Alaska

## **Alyce**

Mamá

Papá

Tía Abigail (madre de Selma)

Tío Gorky

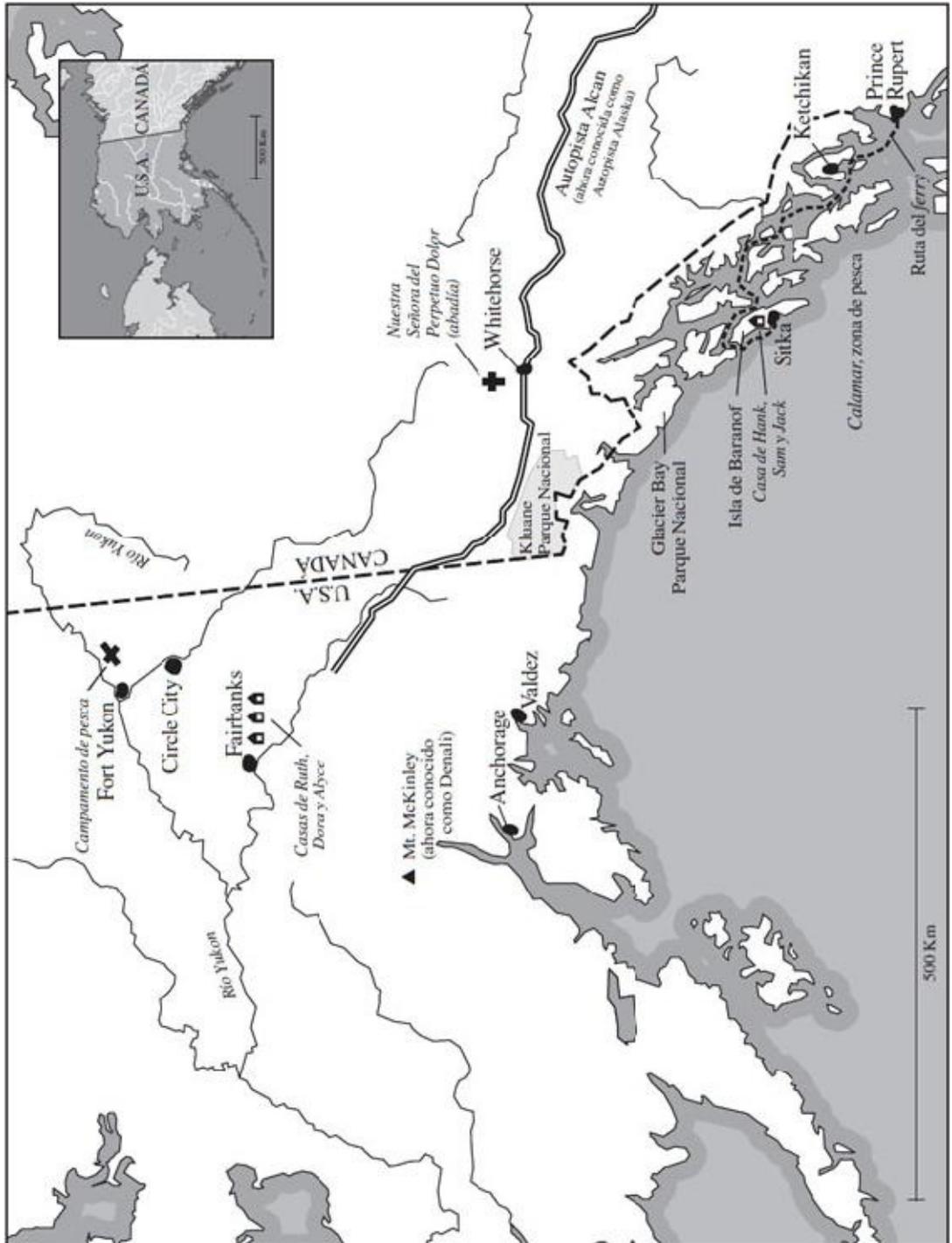
## **Hank**

Sam (hermano mediano de Hank)

Jack (hermano menor de Hank)  
Mamá  
Nathan (novio de mamá)  
Phil (vigilante nocturno del transbordador)  
Isabelle (trabajadora social)

**Ruth**

Abadesa  
Hermana Agnes  
Hermana Bernadette  
Hermana Josephine



## Prólogo

### Cómo era la vida en aquellos tiempos

#### *Ruth, 1958-1963*

No puedo dejar de recordar cómo era la vida en aquellos tiempos. Cómo mi padre salía a cazar lo que íbamos a comer. Cómo colgaba a curar los ciervos en el garaje y cómo las patas de los ciervos se abrían cuando les hendía el vientre, con las pezuñas en punta como los dedos de las bailarinas de ballet. Lo observé cientos de veces mientras cortaba la carne de la parte trasera del animal. Aún me parece escuchar el sonido del cuchillo cuando el metal tocaba hueso. El costillar era el mejor corte, mi favorito, y papá lo separaba de la columna vertebral del ciervo con la misma delicadeza con la que mamá rizaba los lazos para adornar los regalos. Llevaba la carne fresca a casa en sus manos desnudas, y dejaba un reguero de sangre desde el garaje hasta la cocina que manchaba el brillante linóleo de mamá.

A veces papá me traía en un cuenco un corazón de ciervo todavía caliente y me dejaba tocarlo con los dedos. Yo acercaba los labios y besaba su carne rosada y suave con la esperanza de sentir algún latido, pero ya no se movía. Mamá lo llamaba Daniel Boone y se reía con sus labios junto al cuello desnudo de papá, y él jugueteaba con el pelo de mamá con los dedos manchados de sangre y se ponían a bailar en la cocina. Mi madre era el tipo de persona que ponía flores silvestres en botellas de whisky. Lupinos y dedaleras en la cocina, lilas en el cuarto de baño. Olía como una ciénaga pantanosa después de un chaparrón y, aun con sangre en el pelo, era preciosa.

Mi caballete estaba instalado en la encimera, así que podía observar cómo mamá guisaba la carne mientras yo pintaba vestida con el tutú que papá me había traído de uno de sus muchos viajes al Exterior. Tenía unas zapatillas de ballet rosas a juego que siempre llevaba puestas, incluso en la cama. Mamá me ponía por encima una de las enormes camisas de franela de mi padre para no estropear mi tutú especial. Me llegaba hasta los pies; las mangas estaban tan

remangadas que parecía que tenía unos bollos abultados de canela en lugar de brazos. Intentaba conseguir el mismo tono de rojo que el pelo de mamá, pero casi siempre mezclaba colores y al final no conseguía más que marrón.

A menudo papá decía cosas que yo no entendía, como que si adquiríamos categoría de estado probablemente perderíamos todos nuestros derechos de caza y los federales agotarían la tierra. Mi mente de cinco años pensaba que adquirir categoría de estado era tener un coche nuevo con un morro enorme. No sabía quiénes eran los federales, pero papá parecía pensar que iban a decirnos cuánto venado y salmón se nos permitiría comer. La barriga de mamá se había puesto enorme y redonda, e incluso yo sabía que eso significaba que pronto habría una boca más que alimentar. Papá le levantaba la falda y le besaba el vientre abultado de la misma manera que yo había besado el corazón del ciervo.

—¿No se mueve? —le preguntaba yo. La tripa de mamá era tan blanca como el vientre de una cierva.

—Desde luego, este sí sigue latiendo —decía—. No hay de qué preocuparse.

Al final resultó que adquirir categoría de estado no era tener un coche nuevo, sino algo mucho, mucho más importante, y papá tuvo que volar a Washington D. C. para intentar evitarlo, un lugar donde debía enseñar el pasaporte incluso para bajar del avión y donde nadie pescaba ni cazaba, y tuvo que comprarse unos zapatos nuevos para ir a una reunión a explicar por qué los habitantes de Alaska no querían la categoría de estado. Excepto unos pocos, pero esos no eran amigos de mi padre.

Me dijo que la mayor parte de la gente no prestaba mucha atención a lo que pasaba en Washington D. C., pero que los alasqueños lamentarían el momento en el que la gente del Exterior empezara a tomar decisiones por ellos. Yo no sabía quién era esa gente del Exterior, pero esperaba no tener que cruzarme con ellos jamás.

Cuando llegó la carta —con una hoja de arce impresa en el sobre—, mamá la leyó con manos temblorosas. Observé cómo movía los labios sin articular palabra, pero supe que las noticias no eran buenas porque se desplomó agarrándose la tripa y emitió unos sonidos que solo había oído a los animales salvajes que viven en lo más profundo del bosque.

Lily nació al día siguiente de la llegada de aquella carta, y creo que mamá ni la vio, porque cuando la miré a los ojos después del parto, tenía la mirada vacía. La enfermera preguntó cómo se iba a llamar el bebé, y cuando mamá contestó «Lily» me pareció que tenía la mirada fija en las flores que había junto a su cama, no en el bulto rosa envuelto en una manta de hospital que lloraba como si tampoco quisiera estar allí. Mi abuela había venido al hospital para el nacimiento, pero mamá no vino con nosotras cuando a Lily y a mí nos metieron

en un coche marrón que olía a humedad y tenía quemaduras de cigarrillos en los asientos. No me pareció correcto que un bebé recién nacido tuviera que respirar los olores de aquel coche, pero Lily se quedó quietecita, como el bulto que era, y yo me tapé la nariz con la bufanda hasta que llegamos a la casa de la abuela en Birch Park.

–Mamá necesita más tiempo para recuperarse –dijo la abuela, y me contó lo que decía la carta. El avión de mi padre se había estrellado en el Ártico canadiense, ya muy cerca de Alaska. La abuela me dijo que los hombres regresaban de la reunión cuando el avión se cayó. Hubo algo en el tono de voz de mi abuela que me hizo sospechar que ella no creía que papá fuera «un hombre valiente, con grandes ideas para Alaska», que era lo que decía la carta. Cuando la abuela la leyó, soltó un resoplido y se sonó la nariz.

Después dijo:

–Puedes llorar si quieres, pero eso no te lo devolverá.

**B**irch Park olía a casa de persona mayor, algo que yo nunca había notado cuando íbamos solamente de visita, lo cual no había ocurrido muy a menudo. No había flores en botellas de whisky, ni ciervos recién cazados colgados de las vigas para curar. La única carne que había en la nevera era rosada y pálida, y descansaba flácida en una bandeja de poliestireno envuelta en plástico. La habían desangrado completamente, lo cual me provocó morriña y recelo.

Justo al día siguiente, el periódico publicó un titular con letras gruesas de diez centímetros que decía «SOMOS UNO MÁS», y Alaska se convirtió en el cuadragésimo noveno estado de Estados Unidos. Mi abuela lo recortó y me dijo que debería conservarlo siempre, como si no entendiera que aquello no podría traer nada bueno. Y yo no quería recordar nada excepto lo que habíamos sido antes de todas esas tonterías de la categoría de estado.

Cuando mamá no apareció aquel día, ni el siguiente, ni el siguiente, me imaginé que lo de la categoría de estado había debido de afectarla también a ella. ¿Quizá no tenía el pasaporte adecuado ni los zapatos que debía llevar? O tal vez se habría ido a Canadá, donde la engulliría el mismo vacío enorme que había engullido a papá.

La esperé y esperé, preocupada porque Lily nunca sabría cómo sería el mundo. Y así fueron pasando los años hasta justo antes de mi décimo cumpleaños, cuando el agua empezó a subir y supe lo que pasaba: el río debía de querer volver a su sitio. Inundó las orillas y creció cada vez más, atrapando todo a su paso con su lengua grande y húmeda. Papá tenía razón cuando decía que

nunca se podría domesticar a un río.

Bidones de metal oxidados, neveras de plástico azules y latas enteras de melocotones y macedonia de frutas de las despensas de los vecinos bajaron flotando por la Segunda Avenida. Unas enaguas rojas de volantes se quedaron enganchadas en la mata de guisantes del señor Peterson, lo que provocó que Lily se riera a carcajadas hasta que la abuela la hizo callar. La cara de la abuela estaba tan roja como una frambuesa pasada. La ropa interior no era un tema para tomarse a broma, ni siquiera en una riada.

Lily tenía ya cinco años y se volvió loca de entusiasmo al montar en la lancha que nos rescató en la puerta de casa mientras el agua seguía subiendo sin parar. Recé para que nunca se detuviera, para que de algún modo los ríos consiguieran devolvernos a la vida de antes.

Pero las lanchas nos dejaron en el instituto, a poco más de un kilómetro de casa, donde el terreno era más alto y seguía seco. Lily se comportaba como en una escapada de vacaciones, se reía y jugaba con su amiga Bunny.

Una niña llamada Selma me dio la mano cuando nos tuvieron que poner una inyección, y yo hice como que se la apretaba solo para que ella se sintiera mejor, aunque la verdad es que las agujas me dan pánico. Era de mi misma edad, pero mucho más valiente. Selma fue lo único bueno que trajo la riada.

Unos días más tarde regresamos a nuestra casa húmeda y enmohecida de Birch Park. No había muebles, solo objetos donados que habían traído de Anchorage en unos camiones. Bajo nuestras zapatillas gastadas, la moqueta chapoteó y escupió agua sucia durante varias semanas. La abuela trabajó como voluntaria para que el nuevo Gobierno estatal repusiera todo lo que habíamos perdido en la riada. Hubo vecinos que presentaron listas larguísimas. La madre de Dora Peters declaró que había perdido una lavadora y una secadora, una mesa de cocina y unas lámparas de mesilla de noche muy caras. La abuela mantuvo los labios apretados, pero lo anotó todo en un gran cuaderno negro en cuya portada se leía: «Propiedad del Gobierno de Estados Unidos».

–Nadie en Birch Park tiene lavadoras ni secadoras –le dije a mi abuela aquella noche durante la cena.

La abuela no dijo nada.

–¿Podemos pedir una lavadora y una secadora? –preguntó Lily.

–No digas bobadas –le espetó la abuela.

–Pero han mentido –insistí–. Nadie tiene esas cosas tan caras.

–No es asunto nuestro pedir cuentas a nadie.

–Pero trabajas de voluntaria para el Gobierno. Es tu trabajo.

La abuela entornó los ojos.

–No me digas cuál es o deja de ser mi trabajo, jovencita.

Bajé la vista al plato de cartón que tenía en el regazo. Las remolachas de lata se desangraban sobre el fiambre, que ni siquiera era carne de verdad. Quería un trozo de costillar fresco y jugoso, o nada. Doblé el plato por la mitad y aplasté la comida. Nadie dijo una palabra cuando crucé la sala, ni siquiera cuando por un extremo del plato se derramó un hilillo del jugo sanguinolento de las remolachas sobre mi pierna y sobre el suelo. Lo hundí todo en el cubo de la basura, como si fuera mi propio corazón, ya inerte.

# PRIMAVERA

*Hay tantas estrellas en primavera  
que podía pilotar mi esquife  
hasta llegar de nuevo a casa.*

JOHN STRALEY



## El olor de las casas de los demás

### *Ruth*

Llegó un momento en el que dejé de esperar el regreso de mi madre. Es duro aferrarse a un sueño durante cinco años, y más duro todavía recordar a las personas diez años después. Pero nunca dejé de creer que tenía que haber algo mejor que Birch Park, algo mejor que vivir con la abuela.

A los dieciséis años creí que lo sería un chico llamado Ray Stevens. Su padre era detective privado y hacía de guía para los cazadores en el bosque. Su familia acababa de construir una casa nueva junto a un lago donde tenían amarrado su hidroavión, y en invierno podían tener un cañón de nieve desde el arroyo del Alce hasta su jardín trasero.

Toda la casa de los Stevens estaba hecha de cedro fresco. Toda la ropa de Ray olía a cedro y me hacía estornudar al acercarme a él, pero me acercaba de todos modos.

El cedro es el olor de las fiestas del equipo de natación en su casa y de la gran fotografía de Richard Nixon de 20 x 25 centímetros que colgaba en el salón. El cedro es el olor de los republicanos. Es el olor de salir a escondidas del cuarto de la hermana mayor de Ray (Anna también nadaba en mi equipo de relevos; me hice amiga suya por necesidad) para entrar en el de Ray, donde me metía sin hacer ruido en su cama de 1,50 frente a la puerta corredera de cristal que daba al lago. ¿Cuántos chicos de dieciséis años tienen una cama de 1,50? Estoy pensando en una con sábanas que olían a cedro y a marea y que cobijaban a un chico de pelo rubio y rizado, aclarado por el agua de la piscina. Era el mejor nadador del estado y yo no era más que una componente de un equipo de relevos mediocre, pero de todos modos me escogió a mí. Podíamos habernos ahogado en nuestros olores combinados de cloro e ignorancia. ¿Adivináis cuál era el mío?

Él sabía dar besos con lengua, que eran como un bosque de promesas una vez que me acostumbré. Como yo era católica, y olía a rigidez y no a atrevimiento,

me prometió no hacer nada excepto acariciarme con suavidad y solo en determinadas partes, donde el olor no me traicionara cuando volviera a mi casa, que no tenía nada más que el leve tufillo a mohó de los muebles de segunda mano, también conocido como culpa y pecado.

En casa de los Stevens todo era tan fresco como si acabara de llegar del Exterior, y no había reglas. Tenía una moqueta afelpada tan mullida que por la mañana pisaba sobre las huellas profundas y anaranjadas que yo misma había dejado para volver al cuarto de la hermana de Ray y fingía no haberme movido de allí.

La única razón para apuntarme al equipo de natación fue que lo del ballet no salió bien. Mi abuela creía firmemente que cualquier tipo de danza no era más que un tobogán resbaladizo que te llevaba de cabeza a las puertas de la vanidad. En su opinión, no había nada peor que ser vanidoso. Lily y yo pagábamos por nuestra vanidad poco a poco. Pagábamos escondiendo nuestros boletines con buenas notas, evitando los cumplidos y manteniéndonos ocultas. Pagábamos los domingos en el confesionario: «Perdóname, Padre, porque he pecado. Hoy me he sonreído al mirarme al espejo».

Lo hice. Una vez. Me sentí tan bien conmigo misma que sonreí al mirarme al espejo y giré y bailé como si tuviera el mundo entero en mis manos de niña de seis años. Iba a asistir a mi primera clase de ballet con mi precioso tutú rosa, y mi melena rubia me llegaba hasta el trasero. Era tan espesa y tan larga que hacía ese frufú agradable al rozar el tul del tutú cuando movía la cabeza de un lado a otro. Era el tutú que papá me había traído del Exterior. No había tutús como aquel en Fairbanks, y no creo que mi abuela supiera que era tan especial o jamás me habría permitido tener nada que las otras niñas no tuvieran. Estaba muy nerviosa e ilusionada cuando llegué al estudio; recuerdo a otra niña y a su madre que entraron a la vez. Alyce llevaba un maillot negro y mallas rosas lisas. Me di cuenta de que tenía envidia de mi tutú cuando lo miró de arriba abajo mientras sujetaba la puerta para dejarme pasar y su madre me dijo:

–Tienes la melena más preciosa que he visto en mi vida.

–Lo sé. Toda yo soy preciosa –repuse sin pensármelo dos veces.

La madre de Alyce me sonrió, pero su expresión cambió de inmediato cuando los dedos de mi abuela me agarraron el brazo y tiró de mí hacia el interior. Ni siquiera me dio tiempo a preguntarme qué había hecho mal. Mi abuela me condujo a los lavabos y masculló entre dientes:

–Vaya, así que crees que eres especial, ¿eh?

Sacó del bolso unas enormes tijeras de ojos naranjas, como si las llevara encima a la espera de situaciones como aquella. Parecían un pájaro con el pico plateado. Y hacían mucho ruido. Aún me parece oír el sonido de las mandíbulas de aquel pájaro cortándome el pelo con solo unos pocos mordiscos. Luego mi abuela me dijo que saliera y que ocupara mi puesto sobre el trocito de cinta adhesiva que la señorita Judy había colocado en el suelo para señalar mi sitio. Nadie me miró directamente, pero había espejos en todas las paredes, así que pude ver sus miradas de reojo. También vi que mi pelo apuntaba en todas direcciones, como si me lo hubiera pillado una cortadora de césped. Se acabó el frufú. Jamás volví a aquella clase. Ni mi abuela a hablar del asunto.

Incluso después de tantos años, sé que un golpe de suerte, como un novio popular y rico cuya familia te aprecia, significa que tienes que contener la respiración y desear que dure; y nunca, nunca presumir ni sentirte demasiado satisfecha de ti misma.

Por eso robé una de las camisetas blancas de Ray y me la llevé a casa para dormir con ella debajo de la almohada y así hacerme la ilusión de que mi mundo también olía a cedro. Nadie llegó a sospechar nada, porque en Birch Park, donde el sonido de las cucarachas al masticar galletas saladas es ensordecedor, me limité a mantener la cabeza baja y a dejar que fuera mi hermana Lily la que cometiera todos los errores.

—Dice Bunny que somos pobres —anuncia Lily al tiempo que ella y su mejor amiga, Bunny, abren la puerta alborotadamente y dejan entrar una ráfaga de aire frío. Dejan las manoplas y los anoraks de nieve formando una voluminosa pila y se quitan las botas con torpeza, tropezando una con otra y procurando no retrasarse para la cena.

La abuela está recalentando las sobras de otra comida de los servicios sociales católicos. Trabaja a tiempo parcial para el arzobispo pasando documentos a máquina, así que somos las primeras en recibir la comida que sobra en sus eventos. La cena de hoy nos la trajo a casa el padre Mike en persona, con ese alzacuellos blanco que lo va a ahogar.

También ha venido Selma y estamos poniendo la mesa. Veo que mi abuela está mirando la comida y se pregunta si será suficiente para dos bocas más. Alarga la mano y coge una lata de fiambre para estirarla un poco.

–No he dicho que seáis pobres. He dicho que sois más pobres que yo y que Buñuelo –explica Bunny. Buñuelo es su hermana mayor.

Veo que la abuela suspira, señal de que la estamos haciendo mayor. Siempre la estamos haciendo mayor, sobre todo Lily, y ahora también contribuye Bunny. La abuela dice que si no tuviera que cuidarnos seguiría siendo joven. Miro sus pechos caídos, después el guiso de atún. Por desgracia para Lily, otra vez lleva guisantes.

–¿Qué es lo que os hace tan ricos? –le pregunta Lily a Bunny mientras se empujan ante el fregadero y se pelean por el jabón.

–El campamento de pesca –responde Bunny–. Pescamos toneladas y toneladas de salmón.

–Mi prima va a pescar todos los veranos –interviene Selma–. Y dice que el salmón no tiene nada de especial. De hecho, Lily, estoy segura de que se cambiaría contigo; le encantaría no tener que ir a pescar este verano.

La prima de Selma, Alyce, es la misma Alyce de aquella nefasta clase de ballet. Fue su madre quien me dijo que tenía un pelo precioso.

–Yo no quiero dedicarme a la pesca comercial y tener que vivir en un barco viejo y apestoso –salta Lily como si la hubiera insultado–. Quiero ir a un campamento de pesca como Bunny y Buñuelo, cerca de su pueblo.

–Sí –dice Bunny–, nuestro campamento está más allá del círculo polar ártico. Nos sentamos en círculo a tocar el tambor y a bailar toda la noche, y después extendemos los sacos de dormir sobre ramas de abetos y no tenemos que levantarnos hasta la tarde si no nos apetece. A veces Buñuelo y yo cazamos ratones con escopetas de balines y también asamos corazones de salmón al fuego. ¡Son mejores que los malvaviscos!

Solo de pensarlo se relame y se frota la tripa.

Pasaré por alto los corazones de salmón. Pero me parece que Bunny fanfarronea un poco y echo una mirada a mi abuela para ver si se ha alterado. Está sirviendo la comida en los platos como si requiriera la máxima concentración. Supongo que los hijos de los demás pueden ser vanidosos si quieren. Más le vale a Lily tener cuidado para no contagiarse.

–¿Esto tiene mayonesa? –pregunta Lily.

Es lo más tiquismiquis del mundo para comer.

–Lily –le dice la abuela en un tono que indica que la mayonesa debería ser la menor de sus preocupaciones–, bendice la mesa.

–  
Señor bendice estos dones que vamos a recibir gracias a tu generosidad por cristos nuestros ¿por qué no podemos tener un campamento de pesca? –dice Lily casi sin respirar.

Selma me mira y hacemos un gesto de impaciencia con los ojos. Lily se pasa

la vida quejándose de que casi todo el mundo en Birch Park tiene un campamento de pesca. Pero decirlo delante de Bunny pone a la abuela en un aprieto. También pone en evidencia que Bunny y Lily están en la luna, si es que no se han dado cuenta de ese detalle. Las dos tienen once años, edad más que suficiente para saber dónde están los límites.

–No tenemos un campamento de pesca porque no somos nativas –contesta la abuela sin levantar la vista del plato.

–Yo no soy nativa, soy atabascana –puntualiza Bunny.

Selma y yo nos echamos a reír.

–¿De qué os reís? Es atabascana –dice Lily–. Los nativos son como la madre de Dora, se pasan todo el día en el bar; están demasiado borrachos como para pensar siquiera en pescar.

–Basta ya –la interrumpe la abuela, y le da un cachete tan fuerte en la mano que el tenedor sale volando y aterriza con un repiqueteo–. Nada de charla mientras disfrutamos esta comida que nos ha proporcionado la generosidad del padre Mike.

Lily aparta a un lado los guisantes de su plato. Tiene las mejillas de un rosa encendido.

Los campamentos de pesca casi siempre se heredan de generación en generación, pero quizá la abuela no debería haber metido a todos los nativos de Alaska en el mismo saco. A Bunny no pareció hacerle mucha gracia. Sobre todo porque lo cierto es que Bunny y Buñuelo tienen los padres más encantadores de Birch Park. La familia de Dora nunca va a ningún campamento de pesca. Pero Lily es lo bastante prudente como para no soltar ningún cotilleo sobre Dora en la mesa.

Como si no hubiéramos visto todos lo que ocurrió aquella noche que Dora salió corriendo de su casa en camisón. Su padre, Tumbo, salió detrás llamándola puta. Creo que lo llaman Tumbo porque siempre está borracho y anda dando tumbos y tropezando con todo. El padre de Bunny, el señor Moses, fue la única persona que tuvo la valentía de hacerle frente. El señor Moses tenía una gran manta de lana con la que envolvió a Dora; luego la levantó en brazos como si fuera un saco de plumas y la llevó a su casa. Por mucho que Tumbo le gritase a la cara o lo amenazase con una botella de cerveza, el señor Moses ni se movió; se limitó a quedarse quieto bloqueando la puerta tras la cual había refugiado a Dora.

Y así siguieron hasta que Tumbo se desplomó como si se hubiera desinflado. El padre de Bunny llevó a Tumbo de vuelta a su casa. Y los demás seguimos fingiendo que no habíamos visto nada.

Si os preguntáis por qué nadie llamó a la Policía, es que sabéis muy poco

sobre nosotros. Seas lo que seas –blanco, negro, nativo o morado–, da igual, chivarse es pecado. Es la única regla universal que se te aplicará si eres pobre, para bien o para mal.

Cuando la abuela se levanta de la mesa y no puede oírnos, la buena de Selma se inclina y dice:

–Creí que era Dios quien proporcionaba la comida, no el padre Mike.

Lo único que provocan sus palabras es una sonrisa poco entusiasta de mi hermana, que se apresura a echar sus guisantes en el plato de Bunny ahora que la abuela no la ve.

Bunny se los come de un bocado, porque eso es lo que hacen las mejores amigas. Después las dos se ponen en pie de un salto diciendo que van a casa de Bunny a tomar helado esquimal y salen por la puerta antes de que la abuela pueda impedirselo.

Lily tiene a Bunny y yo tengo a Selma. Y gracias a eso no nos hemos vuelto completamente locas a pesar de vivir con la abuela.

Selma es todo lo contrario a mí. Su llegada al mundo fue lo menos convencional que os podáis imaginar, y antes de cumplir tres días debía de estar escrito que iba a enamorarse de su vida, fuera como fuera (también ayuda el hecho de no vivir con una persona capaz de raparte el pelo). Selma tiene unos ojos enormes y marrones, como los de una foca, y, por la razón que sea, no se siente atada a las mismas reglas que rigen para los demás, lo que la convierte en una amiga muy especial. Pero no vive en Birch Park, y eso es lo que me viene a la cabeza cuando oigo un golpecito tímido en la puerta, tan leve que mi abuela no lo oye desde la cocina.

Los grandes ojos de Selma ríen con picardía mientras mueve la boca como si dijera «Alyce».

A veces, Alyce se deja caer por aquí para recoger a Selma de camino a casa cuando sale de clase de ballet. Las dos viven al otro lado del río, donde de repente las casas son más bonitas y los alquileres mucho más caros.

Alyce es alta y esbelta, con pómulos altos y el pelo recogido en un moño perfecto. También lleva calentadores de piernas, muy apropiados para la clase de ballet, pero estoy segura de que en Birch Park cualquiera que la vea pensará que ha cortado las mangas de un jersey para ponérselas en las piernas. Parece

aterrorizada cada vez que viene a buscar a Selma. No sé muy bien qué pensará que puede ocurrirle aquí; nunca pasa del umbral.

–¿Estás lista? –le pregunta a Selma sin apenas prestarme atención.

El único motivo por el que entra en casa es porque en el exterior hay seis grados bajo cero.

–Hola, Alyce –le digo.

–Hola –balucea sin apartar la vista de los charquitos de nieve derretida que chorrean de sus botas.

–Qué pena, Lily acaba de irse –comenta Selma, como si a Alyce le importara algo–. Le encantaría hablar contigo de pesca. Quizá podrías convencer a tu padre para que se la lleve como ayudante de cubierta y así tendrías el verano libre.

–Selma... –Alyce parece incómoda.

–Este verano va a venir un ojeador de una de las mejores academias de danza –me explica Selma–, pero Alyce tiene que salir a pescar con su padre, así que se perderá la prueba de selección.

–Selma –dice Alyce–, tu madre se va a preocupar. Ya sabes cómo es; será mejor que nos vayamos.

Selma se pone los pantalones de nieve, sin inmutarse y sin ser consciente de lo incómoda que está Alyce. Me paso los dedos por el pelo y dejo de hacerlo cuando Alyce vuelve la vista hacia mí. Tiene unos ojos diminutos y asustadizos, como los de un pajarillo, y cuando me mira sé perfectamente lo que está pensando. Ninguna de las dos podrá olvidar cómo mi abuela me cortó el pelo.

Buaaaah, Alyce se queda sin su cazatalentos, pienso mientras ella vuelve a clavar la vista en el suelo. Por lo menos Alyce tiene el detalle de sentirse avergonzada. Pero Selma no.

–No sé por qué no se lo preguntas a tu padre –insiste mientras se pone el anorak con dificultad–. O por qué no le pides a tu madre que lo haga. ¿Qué te cuesta?

El moño de Alyce está empezando a escaparse de las horquillas, como si el hecho de que Selma hable de ella lo hiciese desenroscarse poco a poco. Me dan ganas de estirar el brazo y hacerla girar como una peonza. ¿Se desarmaría entera, desde el moño hasta sus calentadores rosa chillón?

–Sus padres no se llevan demasiado bien –continúa Selma mientras rebusca en la caja para cartones de leche donde dejamos los gorros y los calcetines de lana viejos que nos ponemos unos sobre otros en las manos. Es más barato que comprar manoplas.

–Las tuyas están arriba del todo –le indico al tiempo que señalo las que Selma ha tejido ella misma, como si pudieran pasar desapercibidas. Los pulgares son el doble de grandes de su tamaño y son de color naranja fluorescente.

Por muy bien que me caiga Selma, en determinadas situaciones casi parece que no se entera de nada. De repente, tengo tantas ganas de que Alyce desaparezca del umbral como ella de marcharse.

–¡Gracias por la cena! –exclama Selma, dirigiéndose a mi abuela cuando abre la puerta.

Alyce prácticamente salta sobre el banco de nieve con las prisas por salir de allí. Aun apurada y presa del pánico, sigue teniendo los movimientos más elegantes que he visto en mi vida, y por mucho que lo intente no soy capaz de imaginármela trabajando en un barco maloliente destripando pescado. Selma sonrío y me dice adiós con la mano, luego se engancha del brazo de Alyce y veo cómo sus sombras se alejan balanceándose bajo la luz amarilla de las farolas. ¿Cómo se las arregla Selma para romper todas las reglas y aun así llevarse bien con todo el mundo?

**P**ero quizá ahora me toque a mí romper también alguna regla, porque, no os olvidéis, tengo un novio rico que un día me dio un cachete en el culo con la toalla húmeda en el entrenamiento de natación y me preguntó:

–¿Te apetece venir a una fiesta en mi casa después de la competición?

Después de quedarme a dormir en su casa aquella primera noche, lo único que deseaba era volver a hacerlo. Pero mi abuela solo nos dejaba quedarnos a dormir en las casas de nuestras amigas una vez al mes. Hasta el mes siguiente, tuve que conformarme con llamar a Ray de noche, ya muy tarde, desde el teléfono del pasillo.

El cable largo y rojo se estira hasta alcanzar mi cuarto, donde me tapo la cara con su camiseta y escucho su voz mientras me describe las auroras boreales que ve desde su ventana y que cruzan el cielo como relámpagos para después rebotar sobre el lago helado formando grandes franjas onduladas de verde y rojo y amarillo.

Hablamos de los entrenamientos y me lamo los restos de cloro del brazo mientras imagino que es el suyo. Me explica dónde debo tocarme y me hace mil promesas de todo tipo para la próxima vez que me quede a dormir en su casa. Le pregunto por qué a su familia le gusta tanto Richard Nixon y responde que no lo sabe, pero que su padre a veces lo llama «Ricardillo el Listillo». Dice que le gustaría venir a Birch Park alguna vez, pero yo espero que solo lo diga por cortesía. Me moriría si viera donde vivo.

–Tu casa huele mucho mejor que la mía –le digo.

Con el tiempo, me he dado cuenta de que las casas en las que hay madres

suelen oler mucho mejor. Si cierro los ojos, recuerdo vagamente las flores silvestres de mi madre colocadas en botellas de whisky. Incluso el remoto olor de mis padres mientras bailan y ríen en la cocina permanece en mi mente. La sangre de ciervo en las manos de mi padre lo tiñe todo: su piel, su pelo, su ropa. El olor de un amor profundo.

No le cuento nada de esto a Ray, que sigue teniendo padre y madre y una casa donde todo huele a cosas que no han tenido que hacer ellos mismos. No quiero espantarlo.

Por fin consigo quedarme a dormir otro día, y esta vez Ray tiene un pequeño paquetito de papel de aluminio del tamaño de una bolsita de té que dice que debemos usar por precaución. Pero todos los católicos sabemos que ese es el peor pecado de todos. Después de preguntarme por lo menos media docena de veces si estoy segura de que no quiero usarlo, se da por vencido y nos empapamos el uno del otro hasta prácticamente ahogarnos en una maraña confusa de piel, pelo y sábanas. Ni siquiera me paro a pensar que eso probablemente también sea pecado. Ray no para de llamarme «preciosa» una y otra vez, hasta que casi empiezo a creérmelo. Es como si alguien me viera por primera vez en mi vida.

Me quedo dormida a su lado, completamente desnuda, y me olvido de volver al cuarto de Anna. De pronto, la señora Stevens entra en la habitación con un montón de sábanas recién planchadas. Ya es de día; el sol entra por los grandes ventanales, en la vida he pasado tanta vergüenza.

–Uy, perdón –dice al vernos–, no quería molestar.

Cuando retrocede hacia la puerta, sus ojos de color azul plomizo tienen una expresión triste y culpable, como si hubiera sido ella a quien hubieran pillado.

–Dios mío. ¿No se enfada? –le pregunto a Ray al tiempo que me tapo la cabeza con la sábana. Si hubiera sido mi abuela, ya estarían encargando mi ataúd.

Ray se ríe e intenta colocarse sobre mí.

–¿Y qué va a decir? Anna no estaría aquí si mi madre no hubiera hecho lo mismo en el instituto. ¿Por qué crees que tuvo que casarse tan joven?

Extiende la mano para tocarme los pechos, pero se la aparto mientras intento ponerme el camisón. Siento náuseas, no me quito de la cabeza los ojos azulísimos de su madre, como si fueran el mar y yo me hubiera alejado demasiado de la costa.

## La Clásica del Hielo

### *Dora*

El Loco Bailarín está en la esquina y hacemos como que no lo vemos, misión casi imposible. Siempre lleva ese gorrito esponjoso con pompón, un traje aislante Carhartt y botas Bunny, de esas blancas militares para climas extremos, y baila como si estuviera en su cocina con la radio a todo volumen. Interpreta ese extraño baile señalando con el dedo al estilo discoteca, meneando las caderas, golpeando el suelo con los pies y saltando como loco en la misma esquina todos los días sin faltar uno. ¿Cómo no íbamos a verlo? Está siempre ahí aunque estemos a cuarenta bajo cero. Pero bailar a cuarenta grados bajo cero al menos tiene su lógica.

Todos los que vivimos en Birch Park tenemos que pasar junto a él al volver del instituto, esto es lo único que nos iguala a todos, además de procurar mantenernos calientes. El hecho de que seamos pobres tal vez sea suficiente para que parezcamos un montón de huérfanos dispares y nada atractivos, pero no para que todos seamos amigos de todos.

Ruth Lawrence y su amiga Selma Flowers caminan delante de Buñuelo y de mí. Selma ni siquiera vive en Birch Park, pero va a casa de Ruth todos los días porque su madre es una periodista estirada, de esas sobreprotectoras, que trabaja en el periódico, lo que significa que Selma no puede estar sola en casa aunque tenga dieciséis años. Selma es adoptada, lo cual no tendría demasiada importancia si no fuera porque le encanta hablar de ello.

Se nota que no es de pueblo. En un pueblo no importa de quién seas hijo. Hay muchos niños que se pasan la vida de casa en casa. Si de pronto te das cuenta de que el nuevo bebé de tu tía no se parece en nada a su marido –sino más bien a uno de los hombres que viven río arriba y bajan a pescar en primavera–, te limitas a sonreír y a seguir pellizcándole los mofletes porque a quién le va a importar. No es la vida de Selma lo que la hace diferente de nosotras, es el hecho

de hablar de ella.

Ella y Ruth llevan manoplas tejidas a mano y unos gorros enormes que no hacen más que caérseles sobre los ojos. Debió de haber una buena oferta de lana naranja. Parece como si cada día llevaran una nueva prenda de punto que no es de su talla. Una de ellas se ha aficionado de repente a las labores.

A Buñuelo no le cae mal Ruth; quizá solo sea porque es hermana de Lily, y a Lily la quiere todo el mundo. Pero si el rumor que corre sobre Ruth y Ray es cierto, la verdad es que no debe de ser muy lista.

Ray se sentaba detrás de mí en sociales el curso pasado y se pasaba la vida diciendo cosas como «¿Soy el único que nota un olor a *muktuk*?». Oh, qué original. Pues claro que todos olemos a grasa de ballena. Es un chiste tan viejo y tan racista que ni siquiera merece un punto por intentarlo. Dio igual que no le hiciera caso, siguió insistiendo. No le he contado a nadie, ni siquiera a Buñuelo, lo de la nota que metió en mi pupitre cuando nadie miraba y que decía «Podría hacerte cosas con mi *oosik* que harían estremecer a ese culo gordo e inocente que tienes». Tuve pesadillas durante una semana, aunque lo escribiera mal. Pene de ballena se dice *usruk*, listillo. ¿Cómo es posible que a Buñuelo no le caiga mal Ruth si le gusta alguien así?

**P**ero Buñuelo siempre se porta bien con todos aunque no siempre hagan lo mismo con ella. Estoy segura de que ella y su hermana, Bunny, son tan agradables porque tienen padres muy agradables, pero por puro instinto de supervivencia yo no me dejo llevar por la primera impresión. Siempre espero. Hay personas que parecen inofensivas, pero la mayoría están esperando para estallar y abrasarte si te acercas demasiado. Toda precaución es poca.

El padre de Buñuelo le enseñó que el vaso está medio lleno; el mío me enseñó que está lleno a rebosar... pero de whisky. No mucha gente tiene un padre como el de Buñuelo, por desgracia para los demás. A veces me imagino, durante unos minutos cada noche antes de quedarme dormida, que su padre también es el mío, solo así soy capaz de dormir algo.

La mayor parte de los habitantes de Fairbanks nos meten a todos los nativos en el mismo saco, como la señora que servía la comida y nos preguntó si Buñuelo y yo éramos hermanas. Ojalá. Da igual que nuestros antepasados atabascanos e inupiatl lucharan entre sí. Ella es india; yo, esquimal. Nadie confundiría jamás a Lily y Bunny de ese modo, excepto quizá ellas mismas, que caminan del brazo delante de nosotras con sus cabezas prácticamente pegadas y sus trajes de nieve heredados, hablando sin parar mientras se abren paso

fatigosamente entre montículos de nieve sucia. Una con el pelo rubio ceniza como un halcón, la otra negro azabache como un ala de cuervo. Como de costumbre, se están riendo como locas, probablemente de ese nuevo anuncio de lavavajillas Drano que siempre están recitando. Casi todas nosotras nos acordamos de cuando vinimos a Birch Park, pero Lily y Bunny eran demasiado pequeñas. He oído que los bebés no distinguen los colores al nacer y tal vez ellas sigan sin hacerlo.

–¿Qué no te ha salido mal hoy? –me grita el Loco Bailarín cuando llego a la esquina, y luego recita una retahíla de números como si fuera un sargento instructor–. Dieciocho, siete, tres, cuarenta y dos, nueve.

Paso sin hacerle caso. Siempre grita lo mismo y dice números al azar. Nadie sabe de qué habla. Pero cuando doblo la esquina de la Segunda Avenida, sus palabras se agarran a mi cabeza como la niebla helada. Hoy todo me ha salido mal. He llegado tarde al colegio y no he entregado los ejercicios de álgebra. No he podido mantener las pesadillas a raya ni he sido capaz de dormir sin tener una silla apoyada bajo la manilla de la puerta, aunque hace meses que no pasa nada y ahora duermo en casa de Buñuelo. No he sido capaz de convencerme a mí misma de que no iba a dejar que el Loco Bailarín me hiciera contar con los dedos todas las cosas que no he conseguido que no me salieran mal.

Más tarde, mi madre viene a casa de Buñuelo y dice que me va a llevar a la tienda de segunda mano Goodwill para comprar unas botas de nieve nuevas. Tengo que repetirlo: mi madre dice que me va a llevar a Goodwill a comprar unas botas de nieve nuevas. Parece una cosa normal y corriente, pero recordad que ahora vivo en casa de Buñuelo. Su padre trae alces, caribús y perdices blancas, y su madre las guisa en la cocina de leña en esas enormes cazuelas de hierro forjado y toda la casa huele como si estuviera inundada de salsa de carne. Nadie se grita ni se tira portarretratos que acaban rompiéndose y que de todos modos se vuelven a colgar en la pared. En casa de Buñuelo no tienes que adivinar la cara de un retrato a través de un cristal roto, una cara que te devuelve la mirada y te advierte de que el sonido de cristales rotos es la señal de que hay que esconderse.

Así que cuando mi madre viene a casa de Buñuelo como si fuera una vecina amable que se ofrece a llevarme a Goodwill, me pregunto qué querrá. Sé que el

padre de Buñuelo también estará intrigado, pero nadie va a decir nada porque nosotros no hacemos eso. El padre de Buñuelo se encoge de hombros y juguetea con sus tirantes mientras su madre echa manteca Crisco en una taza de café vacía y hace un gesto con la cabeza para señalar los arándanos congelados que hay en el fregadero y recordarme que el *akutuq* (helado esquimal) estará listo cuando vuelva.

–¿Lo hace solo por ti? –me pregunta mi madre cuando nos montamos en su oxidado Chevrolet azul.

Me encojo de hombros y me aseguro de enganchar la cuerda elástica bien tirante. Evita que la puerta se abra al doblar cada esquina. Otra cosa que me gusta de vivir en casa de Buñuelo es que su madre sabe cuál es mi postre favorito y se toma la molestia de hacérmelo sin darle importancia. Y también que hay pestillos que funcionan en todas las puertas.

No digo nada, y aunque lo hiciera mi voz quedaría ahogada por el ruido del silenciador del Chevrolet. Bunny y Lily están en el tiovivo, girando y riendo. Gritan algo al unísono y aunque no pueda oírlas, me imagino que será otro anuncio.

Mientras nos alejamos, las veo girar cada vez más deprisa en el tiovivo, otro regalo de las organizaciones de beneficencia católicas para los niños pobres de Birch Park, sujetándose la una a la otra por los hombros como si fueran las dos únicas personas en un mundo que han creado solo para ellas. ¿Cómo lo consiguen?

En el cruce de Bartlett con la Segunda Avenida, el Loco Bailarín sigue a lo suyo.

Mi madre toca el claxon y sonrío.

–Me encanta.

–Mamá, no le des alas. Parece tonto.

–Hace reír a la gente. Hace que la gente se sienta bien.

–Está mamado –digo sin poder contenerme, y me da una bofetada con el revés de la mano. Tan rápido que ni la he visto venir.

–Sabes que eso no está bien –dice mientras enciende un cigarrillo y tira la cerilla por la ventana–. ¿Estás empezando a creerte mejor que nosotros porque vives con gente rica y comes *akutuq* todos los días?

Paso por alto que crea que comer manteca mezclada con azúcar y arándanos significa que alguien es rico. Pero es su manera de decir que reconoce lo que la madre de Buñuelo hace por mí. Si no la conociera, podría pensar que la molesta,

pero eso significaría que le importo y decido no creérmelo. No después de todas las veces que se quedó quieta sin hacer nada.

En silencio, enumero otras tres cosas que hoy me han salido mal. No he conseguido entender a mi madre, ni recordar que nunca hablamos de los problemas de los demás (ni de los nuestros), ni convencerla de que no toque el claxon ni salude al Loco Bailarín.

–¿Es nativo? –le pregunto, intentando que no parezca que estoy acusando a los padres de nadie de beber tanto que su hijo salió raro y perjudicado y ahora baila en una esquina. La verdad es que no parece nativo, pero eso no significa que no lo sea. Hay un grupo de niños en los pisos Caribú que tienen el pelo rojo encendido porque son hijos de madre atabascana y padre escocés. Pero es una familia que sabe reír, beber y romper un montón de muebles.

–Nadie lo sabe –dice, también aliviada de volver a sacar el tema del Loco Bailarín–. He oído que se llama a sí mismo «misceláneo».

–Eso sí que es raro.

–Vamos, Dora. Es muy gracioso. Te pone de buen humor cuando los días son fríos y oscuros.

–Está chiflado, mamá. –A diferencia de lo ocurrido con «mamado», mi madre parece pensar que «chiflado» es un piropo.

–Algunas de mis personas favoritas están chifladas.

Ríe y da una calada al cigarrillo. A mi madre le encanta reír, sobre todo cuando no hay nada que sea gracioso. Por estas tierras es una cualidad importante, pero me temo que yo no la he heredado.

**E**n Goodwill, nos encontramos con las amigas de mi madre, Paula y Annette, las hermanas ruidosas. Me dirijo sola al departamento de zapatería, pero oigo a mi madre hablar a gritos con sus amigas, unos pasillos más allá, probablemente en la sección de pantalones para viejas. La tienda entera huele como los vestíbulos de todas las casas en primavera durante el deshielo, a moho y sudor con un toque de caca de perro derretida, porque es lo que lleva todo el mundo en las suelas de los zapatos.

También aquí hay un montón de botas Bunny blancas, pero no quiero parecerme al Loco Bailarín, aunque sean la elección más sensata y más económica. Y entonces las veo. Lobbens, las botas noruegas de lana que llevan las niñas blancas ricas. Se parecen a las de los elfos, pero sé que son caras y calientes. Incluso en Goodwill cuestan diez dólares. Me las pongo y me las noto un poco holgadas, pero con otro par de calcetines quizá me queden bien. Dirijo

mis pies calzados con las Lobbens hacia lo que parece el bramido de un alce, y, como era de esperar, cuando Paula y Annette me ven casi se me van de risa.

–¡Han venido los duendes del anuncio de Keebler, guapa, quieren que les devuelvas sus botas!

Annette se cae sobre Paula, que lleva un jersey rojo y blanco cubierto de muñecos de nieve y unos cuernos de reno. Todos los artículos navideños tienen ahora el setenta por ciento de descuento.

Hago oídos sordos a las palabras de Annette.

–Mamá, ¿puedo comprar estas?

Mi madre se agarra el estómago como si quisiera impedir que le reviente el bazo.

–Son calentitas y me quedan un poco grandes, así que me durarán mucho tiempo.

–Ve a preguntarle a George si me queda algo de crédito –dice mientras se apoya en el brazo de Paula para mantener el equilibrio y le tira los cuernos–. Si son tan calentitas quizá puedas volver a casa andando. Ah, y dile a George que necesito cambio; vamos a parar en Sno-Go a la hora feliz.

Así que esa es la razón por la que mi madre se ofreció a traerme aquí a comprar las botas. No tenía dinero para ir al bar.

George me guiña el ojo con esa cara que parece una manzana asada con pequeños clavos en lugar de ojos. Fijaos si será viejo que conocía a mis abuelos cuando vivían en el pueblo.

–¿Estás segura, Dora? No son de tu estilo habitual.

–Me gustan estas, George, son muy calentitas.

–Lo sé, últimamente los *mushers* europeos las llevan en las carreras de trineos con perros. Pero no me parecías el tipo de persona aficionada al *mushing*.

–No, pero me gustan. Ya sabe, por variar.

–¿Sabe tu madre que cuestan diez dólares?

Me encojo de hombros. Seguro que esperaba que George le diera siete dólares de vuelta. Goodwill es una especie de banco para los vecinos. Te dan crédito por traer tu ropa usada, pero si compras mercancía por un valor mínimo de cinco dólares puedes llevarte la diferencia a tu favor en efectivo.

–Anda, mira –dice golpeteando unas teclas de la caja registradora–. Los artículos de importación están de oferta hoy y solo hoy. Es tu día de suerte, Dora.

Me guiña un ojo y me da ocho dólares de vuelta.

Lo que me gusta de George es lo siguiente: deja que la gente tome sus propias decisiones. No juzga a nadie ni trata de disuadirte de algo que le parezca una nefasta elección. Y cuando llego dos días más tarde con mis zapatillas de deporte

viejas porque prefiero congelarme antes que soportar un día más cómo las niñas ricas del colegio me señalan con el dedo y se ríen diciendo que intento parecerme a ellas, George no dice: «No, no puedes devolver esas botas noruegas pijas y cambiarlas por las botas blancas que tenías que haber elegido desde el primer momento».

–Tienes un crédito de cinco dólares por la devolución, por si quieres llevarte unos calcetines o alguna otra cosa que te guste –es lo único que dice.

No le digo a George que estamos en Goodwill y que encontrar algo que me guste es una posibilidad muy remota. Además, mi madre se acabaría enterando si me llevara dinero en metálico y no se lo diese.

Cuando paso por delante de la Segunda Avenida con mis botas blancas, lo único que me dice el Loco Bailarín es:

–¿Qué te ha salido mal hoy? Cinco, cuatro, diez, treinta y siete.

No deja de bailar. Brazos y piernas revolotean, coches tocan el claxon, él sonrío y saluda con la mano. Repite dos veces más «Cinco, cuatro, diez, treinta y siete», así que los números se me pegan como una canción. Justo cuando me parece que ha terminado, me grita:

–¡Me gustan tus botas!

Buñuelo aparece corriendo detrás de mí y se engancha de mi brazo sin hacer el menor caso al Loco Bailarín.

–Hola, Dora.

–Hola, Buñuelo.

Mueve su trenza y me golpea la cara con el lazo rojo que lleva siempre.

–¿Adónde vas? –me pregunta mirando mis botas, por supuesto sin hacer ningún comentario.

Abro la mano enfundada en la manopla para mostrarle fugazmente el billete de cinco dólares y entiende que voy de camino al Sno-Go para darle el dinero a mi madre.

–A mi hermana le pusieron Bunny por esas botas –dice.

–¿Y a ti por qué te pusieron Buñuelo? –le pregunto.

–Por el plato que uno de los sacerdotes preparó a mi madre cuando estaba embarazada de mí: pollo y buñuelos. Fue la única vez que mi madre probó el pollo. Dice que es parecido a la perdiz blanca, pero no tan tierno.

Nos reímos por el sentido práctico extremo de los padres de Buñuelo, lo cual me hace sentir un calor agradable en mi interior hasta que percibo un tufillo a algo oscuro y humeante, como una tostada carbonizada, que reconozco como el olor de mi familia comparada con la suya. Me pregunto si una persona puede llegar a desprenderse por completo de sus orígenes.

–¿Quieres que te acompañe al Sno-Go? –se ofrece.

–Oh, no hace falta. Ya sé que no soportas todo ese humo.

Se gira y pega su cara a la mía.

–Por favor, no me hagas ir a casa. Bunny y Lily me están volviendo loca con la televisión. Ni siquiera ven los programas, solo esperan a que salgan los anuncios y suben el volumen al máximo.

Es muy propio de Buñuelo actuar como si fuera yo quien le estuviera haciendo un favor al dejarla venir conmigo al bar.

–Bueno, si significa tanto para ti... –respondo.

Lo cierto es que es que casi le tengo cariño al Sno-Go, porque fue allí donde mi padre perdió los nervios y empezó a disparar con un rifle en los lavabos. Y por eso lo mandaron al trullo. No hirió a nadie; sencillamente, llegó borracho y decidió remodelar los lavabos con un rifle. Así que ahora está en la cárcel por «imprudencia temeraria» y yo puedo dormir –más o menos– por las noches, siempre y cuando esté en casa de Buñuelo y su padre cierre la puerta de la calle con pestillo.

**T**odavía son las cuatro de la tarde, pero el Sno-Go está abarrotado. Aunque no se lo he confesado a nadie, me encanta ver salir el humo del tabaco por la puerta y notar cómo se funde con la niebla helada. Cuando entramos, nadie nos reconoce hasta pasado el medio segundo que el aire tarda en asentarse. Entonces nos ven todos. Se oyen unos cuantos silbidos agudos y muchas carcajadas. Los padres de Buñuelo nunca van al bar, pero mi madre va todos los días, sin faltar ni uno, con esas escandalosas hermanas amigas suyas.

–George me ha dado crédito para ti –le digo, una vez que logramos llegar a la mesa donde está sentada con Paula y Annette–. ¿Nos puedes dar un par de dólares a Buñuelo y a mí para tomar un Dairy Queen?

Me arrebató el billete con una sonrisa amplia que le marca los hoyuelos de las mejillas y sé que ya está gastado de antemano.

Pero puse mucho cuidado en preguntarle de modo que Paula pudiera oírme.

–Esperad, vosotras dos, yo os invito –dice en el momento justo, y saca su monedero adornado con abalorios. Paula puede ser muy generosa cuando lleva unas copas encima, lo que me hace pensar que tuvo una niñez normal.

Yo no voy a probar el alcohol jamás y espero y deseo fervientemente no romper nunca esa promesa.

–Gracias, Paula –le digo al tiempo que me da un fajo de billetes arrugados y un beso torpe y de olor penetrante en la mejilla.

Nick está al otro lado del mostrador y nos hace una seña para que nos

acerquemos. Mi madre salió con él una temporada después de que mi padre se fuera. Me gustaba más que los demás. Aunque regente un bar, nunca llegó a casa borracho. Y tiene unos dientes bonitos, cosa que no se ve todos los días.

–¿Queréis un boleto para la Clásica del Hielo, chicas? Podríais ganar miles de dólares.

La Clásica del Hielo se celebra desde hace casi un siglo. Por un boleto de un dólar, hay que adivinar cuándo va a desaparecer el hielo del río, y si aciertas, te llevas un dineral. El año pasado fue una barbaridad, como diez mil dólares o así. Hay un trípode instalado en medio del río helado con un alambre trampa y un reloj que se para en la hora exacta en la que el hielo desaparece. El ganador es el que más se aproxime al minuto. Cuesta pensar que el río se va a descongelar cuando todavía estamos a cuarenta grados bajo cero. Pero cuando por fin llega la primavera, se da más prisa que una banda de atracadores. El sonido parecido a un disparo que hace el hielo al romperse me sigue asustando año tras año.

–Vamos, señoritas, solo cuesta un dólar. Cambiad vuestras vidas para siempre. No perdéis mucho solo por un dólar.

–Eso significa quedarnos sin helado –susurra Buñuelo.

–No, significa quedarnos sin helado con cobertura. Podemos comprar un helado normal si gastamos un dólar cada una.

Buñuelo se queda pensativa. Le encantan los helados de cucurucho con cobertura de cereza.

–Creo que es un fracaso asegurado –dice–. A ver, ¿el minuto exacto? Venga ya.

La voz del Loco Bailarín sigue dándome vueltas en la cabeza. Cinco, cuatro, diez, treinta y siete...

–Danos un boleto, Nick –me oigo decir a mí misma. Recojo la matriz y la cubro. Cuatro de mayo, a las 10.37.

Salimos de nuevo al frío, y si a Buñuelo le ha sorprendido lo que acabo de hacer, no me lo dice. Ni siquiera yo estoy muy segura de lo que he hecho.

–Oye, Buñuelo, cuando el Loco Bailarín te pregunta qué no te ha salido mal hoy, ¿en qué piensas?

–Ahora mismo, diría que no me ha salido mal lo de comprar un helado con cobertura de cereza, pero a ti sí.

# VERANO

*Sol, Sol, ¿dónde vives?  
¿dónde vives en verano?*

*Vivo en mi casa en la cima del mundo,  
en la cima del mundo en verano.*

NANCY WHITE CARLSTROM



## La bailarina asesina de peces

### *Alyce*

Mientras espero que mi padre termine de hacer unos recados de última hora en la ciudad, me siento en el barco a leer informes atrasados de la Policía en el periódico local. Son mejores que los chistes. Como este:

Informe de Salty, 28 de junio, 1970, 12.15 p. m. La policía recibió el aviso de que un hombre estaba pegando a un niño en el 200 del paseo marítimo, pero cuando llegaron los agentes al parecer solo estaban jugando a atrapar semillas de diente de león.

El informe de la Policía te cuenta todo lo que jamás querrías saber sobre este lugar. Este es un ejemplo de que aquí nunca pasa nada, pero todo se convierte en noticia:

29 de junio, 1970, 2.10 a. m. Una mujer denunció la desaparición de tres niños de su casa en la travesía de Klondike. Cuando la policía llegó para comenzar la investigación, el hombre que abrió la puerta dijo que todo había sido un malentendido y que los niños estaban durmiendo en sus camas.

¿Os dais cuenta de lo que quiero decir? Tres niños durmiendo en sus camas es un notición. Este sitio es muy raro.

Nací en esta pequeña ciudad pesquera a la orilla del océano Pacífico, pero la verdad es que no me acuerdo de nada de cuando viví aquí. La mayor parte de mi vida transcurrió en nuestro barco, el *Calamar*, hasta que mis padres se divorciaron y mamá se mudó conmigo a Fairbanks para estar cerca de su hermana, la tía Abigail. Mi prima Selma también nació aquí, pero tampoco se acuerda de nada, como yo.

La tía Abigail la adoptó a los pocos días de nacer y Selma no sabe quiénes son sus padres. Sin embargo, le encanta imaginarse cómo serían, y a veces resulta muy cansino escucharla fantasear sobre sus padres biológicos. Desde que su madre era mitad humana, mitad foca y vivía en el océano, hasta que su padre era un explorador capitán de un petrolero que hacía la ruta entre Rusia y Alaska una

y otra vez. Nada de eso es cierto, pero a ver quién se lo dice a Selma.

–Eh, Alyce, ¿puedes atar más tirante el cabo de proa? Nos estamos alejando demasiado del muelle y necesito descargar todo esto.

Mi tío llega con un carrito lleno de comida. Uy.

–Perdona, tío Gorky, me despisté.

De la comida me ocupo yo.

–Puedo alcanzarla desde aquí –le digo, y asiente en silencio con ese gesto de cabeza acompañado de un leve movimiento de hombros tan típico de los marineros; luego salta a cubierta.

Sin decir más, se pone un par de guantes aislantes y baja de un salto a la bodega del pescado para apartar el hielo. Lo llama «hacer la cama» para los salmones que vamos a pescar.

–Somos el *Calamar* holandés errante de América –le gusta bromear refiriéndose a un crucero para peces muertos. El tío Gorky se ocupa del hielo, acuesta al pescado, por así decirlo, para mantenerlo fresco hasta que lleguemos a la procesadora para venderlos.

Cuando tenía dos años, llamaba a los peces muertos bebés calvos. Parece ser que daba un beso a cada pez antes de que lo metieran en la cama en la bodega, o al menos eso es lo que me cuentan.

Entonces el tío Gorky no pescaba, solo salíamos mis padres y yo. Me han contado que si mi padre intentaba acelerar el proceso y echar un par de salmones en la bodega sin que yo lo viera, me ponía a llorar hasta que bajaba y los recogía para que pudiera darles su beso de buenas noches. Una de los millones de anécdotas, por cierto, que mis padres repiten una y mil veces.

Antes vivíamos en el barco todo el año hasta que cumplí los cinco. Fue entonces cuando mamá nos llevó al interior del estado, donde no hay mar, solo montañas y tundra y ríos largos. Sé que echa de menos estar cerca del océano. El otro día, cuando estábamos en el aeropuerto esperando mi vuelo, se daba toquécitos en los ojos y sorbía por la nariz como si estuviera resfriada al darme mi anorak flotador.

–Echaré de menos aquello –dijo.

*Aquello, no a él.*

–No te olvides de que tienes que tirar del cordón para inflar el anorak –me recordó como si aún tuviera dos años.

–No me digas. Mamá, ya lo sé.

Mis amigas de ballet, Izzy y Sally, habían venido a despedirme al aeropuerto,

y me daba vergüenza que tuvieran que oír a mi madre hablarme así.

–Vamos a la tienda de regalos a comprar chicles –susurró Izzy.

–La verdad es que no entiendo cómo se sigue alterando después de todos estos años –comenté.

Pero cuando volví la vista de nuevo hacia ella, sentada junto a la puerta de embarque con mi saco impermeable y mis botas de goma, sentí una punzada de remordimiento. Mis padres no lograron que lo suyo funcionara, así que mi madre renunció a una vida que amaba y se trasladó a este lugar, donde tendría más «apoyo emocional», como ella dice.

Izzy y Sally nunca han salido de Fairbanks, pero ambas albergan la esperanza de conseguir becas de estudio e ir al Exterior a especializarse en danza. Lo malo es que hay que presentarse a unas pruebas de selección en verano antes del último curso del instituto –o sea, este verano porque las academias preparan todo muy a largo plazo. Cuando te gradúas ya es demasiado tarde. Se suponía que íbamos a ser Las Tres Mosqueteras en versión *Lago de los cisnes*, incluso en la universidad.

Intentan que no se les note, pero me doy cuenta de que se sienten decepcionadas porque me voy a pescar. No me imagino a ninguna de las dos trabajando en un barco, tocando un salmón viscoso, ni siquiera teniendo que pisar una cubierta empapada de sangre con sus delicados pies.

–¿Le preguntaste si podrías venir dentro de un par de semanas, solo para la prueba de selección? –preguntó Izzy mientras levantaba en alto una sudadera que muestra un alce que pone ojitos y lleva pintalabios rojo fuerte. Decía: «Tu presencia en Alaska le da realce». Los turistas compran cualquier cosa.

–Es demasiado caro solo para ir y venir. Además, mi padre me necesita todo el verano; hay mucho trabajo.

–Qué pena que tu madre no pueda sustituirte –dijo Sally al tiempo que miraba a mi madre, que sujetaba mi anorak flotador como si de alguna manera fuera ella quien lo necesitara para mantenerse a flote, incluso en medio de un aeropuerto del interior.

Pero mamá nunca va a volver a pescar y no tengo modo de explicarle a mi padre que yo tampoco quiero ir. Peor que no hacer la prueba de selección sería que me aceptasen, lo cual implicaría asistir a clases profesionales el verano que viene antes del comienzo oficial del curso universitario. Jamás podría pasar un verano entero sin ir a pescar: es la única época del año en la que veo a mi padre.

Izzy y Sally tienen buena intención, pero tienen padres normales que están casados y les gusta ofrecerse para barrer la nieve detrás del escenario de *El Cascanueces*. *El Cascanueces* es mi vida de invierno, donde me dan papeles poco importantes porque las demás se han pasado el verano bailando y están más

en forma. Mi madre también va –normalmente colabora vendiendo entradas–, pero mi padre nunca me ha visto bailar.

Si no fuera a pescar, ¿quién iba a guardar las huevas de salmón y comprobar que la línea donde suele haber sangre tras las agallas del salmón plateado está completamente limpia? Ese ha sido mi trabajo desde que tengo uso de razón. Mi padre dice que ni siquiera el tío Gorky es capaz de cortar las cabezas tan limpiamente como yo, justo antes de empezar la espina. Eso no se lo explico a Sally ni a Izzy. Es otro mundo, otro idioma.

Cuando anunciaron mi vuelo, volvimos arrastrando los pies a la puerta de embarque, donde mamá hizo un último intento de demostrar a mis amigas cuánto sabía de todo lo relacionado con la pesca.

–No te olvides de echar una lata de coca-cola en la lavadora para que se vaya todo el olor a pescado de la ropa –dijo.

–Dice papá que te pasabas la temporada vomitando. ¿Cómo es posible que lo eches de menos? –pregunté.

–Quizá tu padre debería probar a salir de pesca embarazado de seis meses.

**M**uy bueno, mamá.

Embarazada.

De mí.

Siempre tengo la culpa de todo.

Izzy y Sally permanecieron en silencio con sonrisas forzadas, como si estuvieran viendo un baile cuya coreografía habíamos montado mi madre y yo, en el que interpretábamos por turnos el papel de heroína trágica dependiendo de lo fuerte que sonara la canción de cada una. Adora salir de pesca, pero no a mi padre. Yo adoro a mi padre, pero estoy harta de ir de pesca. Sobre todo cuando interfiere con otras cosas que adoro.

–**T**ierra llamando a Alyce –dice papá al tiempo que pasa una pierna sobre la borda y sube a cubierta. Me pilla sentada en la bodega del pescado, flexionando los dedos dentro de mis botas de goma y admirando mi capacidad de estiramiento.

–¿Has guardado la comida?

–Claro. Y también he etiquetado todas las latas.

Las latas se guardan en el suelo de la cocina, y tengo que escribir el contenido

de cada una en la parte superior para que pueda leerse al mirarlas desde arriba. Por lo visto, aprendí a escribir deletreando «estofado de carne curada» y «alubias rojas» en las latas de aluminio. Todo lo que ha ocurrido en este barco ha tenido que ver conmigo o con la vida que llevaban mis padres junto a mí.

–¿Quieres la litera grande? –me pregunta mi padre.

–¿En serio? ¿Me la dejas?

Es una litera estupenda. Papá quería que mamá fuera feliz y, siendo como era un hombre de pocas palabras, había ampliado la litera para su esposa embarazada y pensó que eso sería suficiente. Quizá funcionara durante algún tiempo, de todos modos.

Salgo disparada hacia el castillo de proa y tomo posesión rápidamente antes de que cambie de opinión. Oigo a mi tío mover sacos en cubierta, y sin verlo sé que tiene un cigarrillo colgando de los labios y una taza humeante a mano con no menos de seis bolsitas de té Lipton. El tío Gorky es un exalcohólico en proceso de rehabilitación, así que cuando sale a pescar se conforma con otros vicios.

Mi padre enciende las máquinas y aquí abajo el estruendo se hace ensordecedor, aunque sé que no tardaré mucho en acostumbrarme y pronto no me parecerá más ruidoso que el ronroneo de un gatito. Aspiro el olor del gasoil, el olor de mi infancia, de dormir en el vientre de este barco que siempre ha hecho que mis sueños me mezan. No hay otro sitio donde duerma mejor que aquí, en el *Calamar*. Y ahora además tengo la litera grande, que incluso cuenta con una pequeña estantería empotrada donde puedo poner mis libros favoritos para hacerla más acogedora. ¿Veis cómo se esforzó mi padre?

Hay un clavo que sobresale de la viga de madera, y recuerdo el ramillete de flores secas que mi madre había colgado ahí, aunque se dice que las flores en un barco traen mala suerte. ¿Quizá eso fue lo que pasó? Cuelgo del clavo mis zapatillas de punta y trepo por la escalera para ayudar a soltar amarras.

Papá ya está hablando por la radio de alta frecuencia, el único momento en que de verdad parece que disfruta hablando. La voz sosegada que contesta arrastrando las palabras es, sin duda, la de su colega más antiguo, *Rayo de Sol Sam*. En este mundillo se conoce a la gente por el nombre del barco seguido del de su capitán. *Chatham Frank, Dixie Don, Saloma Ken*.

No me gusta nada que todo el mundo llame a papá *Calamarcito George*. Pero trae mala suerte cambiar el nombre de un barco, así que seguro que ya contaba con ello cuando compró el *Calamar*. También trae mala suerte llevar plátanos a bordo, silbar en el puente de mando y zarpar un viernes, aunque hayamos hecho todo eso en algún momento. Si cambiara el nombre, dice que le pondría *Alyce*, y entonces él sería *Alyce George*, así que no mejoraría mucho la cosa.

Escucho a mi padre y a *Luz del Sol* Sam hablar en su extraño idioma de barco.  
–Ah, sí... –Pausa larga. Pausa interminablemente larga–. Sí, Marty el del Cabo. –Pausa larga, muy larga–. Un pez de diez kilos...  
–Ah... –Pausa larga.  
–¿Fue ahí donde se clavó el arpón en la pierna?  
Es como hablar en clave.

–¿**V**as a bailar para mí? –El tío Gorky me pasa una taza de té.

Me encojo de hombros; adopto el idioma de barco con tanta facilidad como cuando me pongo la ropa de lluvia. Papá está desenrollando cartas náuticas y marcando la ruta, un poco más concentrado que de costumbre, como si fuera la primera vez que nos hacemos a la mar. Sé que ha oído la pregunta del tío Gorky, pero nadie lo diría.

Observo cómo su dedo calloso recorre la carta náutica. Está intentando decidir qué rumbo tomar, el mejor sitio para fondear que ofrezca protección en caso de que el tiempo se complique, pero al mismo tiempo cerca de los caladeros. Nos hemos dado prisa y vamos a salir un día antes de lo previsto para echar los aparejos al agua en cuanto empieza la temporada. Cada minuto invertido en llegar al caladero es dinero perdido. A papá le gusta tener los anzuelos en el agua justo a medianoche del 1 de julio, día en que se abre la veda.

La carta que está consultando está estriada del uso y tiene cinta adhesiva para sujetar los sitios en los que se ha roto con el paso de los años. Algunas de las ensenadas están inundadas de manchas de café o cubiertas de una corteza de sal de los guantes de mi padre, y el papel arrugado por el extremo que agarró demasiado fuerte un día de tormenta. Me fijo en una manchita de sangre seca que marca la Bahía del Crimen, una cala segura y apartada con un nombre horrible. Esa marquita violácea que mancha la carta podría ser sangre de pescado, o sangre de una mano que se enganchó en un anzuelo, o sangre de alguna nariz. Cuanto más viejas son las cartas náuticas, más historia atesoran.

Los nombres de las ensenadas cuentan sus propias historias, y algunas me han provocado pesadillas a lo largo de los años por el simple hecho de saber que estábamos fondeados en lugares llamados Cala del Crimen o Golfo del Muerto, o atravesando con un viento en contra de cincuenta nudos un estrecho con el siniestro nombre de Peligro. Quien haya puesto esos nombres intentaba decirnos algo. Yo prefiero las notas escritas a mano junto a otras bahías y puntos estratégicos con la letra familiar del tío Gorky: «buen fondeadero», «capturamos diez fletanes con un solo sedal», o «bueyes, ¡cientos!».

Está muy mal visto curiosear y leer las cartas náuticas de otros marineros. Son lo más parecido a un periódico para los hombres que no se fían de nadie más que del mar. Si por casualidad subes a otro barco y la carta está abierta encima de la mesa, mejor que no te pillen mirándola directamente. Ha habido hombres arrojados por la borda solo por echar una ojeada.

Mi padre desenrolla otra carta y la extiende para trazar el itinerario de hoy. Garabateada en el margen de una ruta que discurre por un paso muy estrecho, la letra apretada y segura de mi madre me llama la atención: «Regreso por la derecha de la señal roja». Es la regla náutica más básica de todas: pasar a estribor de una boya roja en el regreso.

Se lo señalo a papá y le doy un golpecito en el hombro.

Se tira del bigote, que es lo que hace siempre que sale el tema de mi madre, o, peor aún, siempre que tiene que hablar con ella. Una vez volvió de la cabina telefónica que hay al otro extremo del muelle con mechones enteros arrancados.

Por suerte, el tío Gorky se apresura a intervenir cuando ve ese gesto: papá arrancándose pelos del bigote.

–Ya, conozco a alguien que una vez estuvo a punto de tocar fondo ahí. Creyó que la boya estaba mal puesta.

Una sonrisa se asoma en un extremo de sus labios. Intenta ocultarla alzando su taza y sorbiendo el té haciendo más ruido del que es necesario.

Oh, mamá, pienso. ¿Dejaste constancia gráfica de tu metedura de pata más gorda en materia de navegación en la carta? Para el caso, como si lo hubiera escrito en la lápida de su tumba.

**N**os alejamos despacio de la ciudad a poco más de cuatro nudos. Por la ventana veo el otro puerto, y justo después el muelle del transbordador a estribor.

En cuanto pasamos los baños del puerto, dejo escapar el aire que estaba conteniendo, consciente del que el tío Gorky me está observando con una sonrisa. Es un juego que unos cuantos niños, hijos de marineros, nos inventamos hace mucho tiempo, equivalente a contener la respiración y pedir un deseo cuando cruzas un puente en coche. La verdad es que no sé por qué, pero corre el rumor de que los baños están encantados. Mis padres decían que era una bobada y no quisieron ni oír hablar del asunto.

–Y aunque lo estuvieran, ¿en qué te va a ayudar contener la respiración? –me preguntó mamá cuando se lo conté, y papá se mostró de acuerdo (curiosamente, era una de las pocas cosas en las que estaban totalmente de acuerdo, y los dos se enfadaban por igual cuando les hablaba de ello).

Me imagino que no es muy diferente de todas esas supersticiones en las que creen los marineros. A ver, en serio: si los plátanos a bordo son peligrosos, ¿por qué no pueden estar encantados los baños?

El mercante *Matanuska* está amarrado en el muelle de transbordadores, pero al pasar veo que están montando coches. Probablemente nos adelantará, puesto que la velocidad máxima que alcanza el *Calamar* es de ocho nudos, y un transbordador enorme navega mucho más deprisa. Su estela nos hará balancearnos, así que papá se afana en meter los platos en los cajones y recoger la mesa. Echo una mirada a las gachas secas de otro viaje que hay todavía en el techo, cuando salió todo volando por la estela de un transbordador combinada con mal tiempo. Si hubiera venido mamá, se habría puesto como una furia al ver que nadie se ha molestado en limpiarlo, pero creo que papá y el tío Gorky lo usan como recordatorio para recoger las cosas. O quizá tendría razón y es que son un par de vagos.

Me siento frustrada por no ser capaz de empezar a olvidarme de la danza, aunque parte de mí quiere seguir aferrándose a ella y darle vueltas como a una piedrecita en el bolsillo, mía y solo mía.

Aunque desearía ardientemente poder bailar, en esta parte de Alaska huele mucho mejor gracias al aire mentolado del bosque pluvial Tongass, con sus cedros y abetos enormes y su vegetación exuberante. En el norte parece como si las delgadas píceas estuvieran intentando constantemente llenar de aire sus pulmones mientras sus raíces se ahogan bajo un suelo permanentemente helado. Un mismo estado, dos climas, tan distintos entre sí como mis padres; y, como mis padres, en cada uno de ellos hay una parte de mí.

–Papá, me voy al puente volante.

Alcanzo mi chaleco salvavidas al salir. Quiero practicar esa última secuencia de pasos que aprendimos justo antes de marcharme para que no se me olvide.

En el puente volante los olores son aún más fuertes e intentan sacarme de mi ensimismamiento. Sal y menta y pescado y viento, todo ello mezclado con gasoil. Mis piernas y brazos se relajan, como si estuvieran hechos de musgo. De pequeña me gustaba imaginarme que mis padres me habían encontrado en el bosque, una criatura mágica nacida de una ciénaga mullida y la barba de un anciano. Casi parece posible ahora, mientras hago un par de giros e intento

guardar el equilibrio, sintiendo cómo el barco ejecuta su propia danza.

Y ahí está, el *Pelícano*, mi lancha hinchable azul que ha sido mi mejor amiga todos los veranos de mi vida. Me conoce mejor que nadie, y cuando me meto dentro todo mi cuerpo se relaja y la oigo susurrar lo feliz que está de que haya vuelto. Poco a poco me quedo dormida.

Después de un rato me despierto medio grogui y sin saber muy bien dónde estoy mientras noto cómo late el *Calamar* tras la estela de otro barco. El transbordador *Matanuska* nos está adelantando, y muy cerca hay un grupo de orcas; nunca las había visto tan cerca de un barco tan grande. Y luego veo otra cosa que no debería estar ahí. Aunque gritara, nadie me oiría. Solo cuando ya es demasiado tarde mi voz logra emerger de la garganta, pero entonces ya no sé si quien grita soy yo o las orcas.

## Persiguiendo orcas

### *Hank*

Si no creyera que la gente a la que queremos sigue cuidando de nosotros después de morir, ahora no estaría aquí sentado, abrazado a mis rodillas, rodeado de maletas e intentando no moverme ni estornudar. Jack, de catorce años, está dormido con la cabeza apoyada en un petate de lona que lleva escrita una dirección de Seattle; cualquiera que lo viera podría pensar que ha dormido todos los días de su vida en un carro para equipajes con destino a cualquiera de los otros cuarenta y ocho estados. Mi otro hermano, Sam, tiene dieciséis años, uno menos que yo; pero es inocente y soñador, y tan ingenuo que a veces me da miedo. En este momento no está tan relajado como Jack, probablemente porque sus largas piernas apenas caben en el carro y las lleva encogidas con las rodillas pegadas al mentón. También porque no está demasiado seguro de que viajar de polizón en el transbordador sea una buena idea.

Pero de todos modos eso es lo que estamos haciendo, viajar de polizones en el *Matanuska*. Y antes de que empecéis a preguntaros si estoy bien de la cabeza, os diré que no solo soy el mayor de mis hermanos, sino también el más sensato.

—¿Podremos subir a cubierta a ver orcas? —preguntó Sam, como si necesitara un motivo mejor que el mero hecho de huir de Nathan Hodges, el horrible novio de mi madre.

No quiero hablar mal de mi madre. Me refiero a que creo que esperó una temporada con la esperanza de que en realidad mi padre no estuviese muerto, pero la perdió mucho antes que yo, y desde luego antes que Sam.

En un momento dado me fijé en que se la veía cansada todo el tiempo y me di cuenta de que salía de casa a escondidas todas las noches para ir a acostarse con alguien. Luego, supe que salir a escondidas era mucho mejor que traer al tío ese

a casa. La primera vez que lo vi no me lo podía creer. Nathan Hodges era bajo y achaparrado, paticorto, con brazos de Neanderthal y dedos gordos como salchichas. Agarraba su lata de cerveza con tanta fuerza que solo se veía la «r» de Budweiser. Ya sé, el físico no lo es todo, pero en lugar de palabras farfullaba órdenes que mi madre se apresuraba a cumplir y le daba un cachete en el trasero cuando ella pasaba a su lado. Tampoco ayudó el hecho de que Nathan Hodges sintiera una especie de rencor hacia Jack contra el que ella parecía incapaz de hacer nada. ¿Cómo es posible que una madre decente con un marido que la trata como a una reina pase de repente a meter en casa al primer perro sarnoso que se encuentra por la calle?

–Eres demasiado joven, Hank –respondió la única vez que le pregunté qué demonios estaba haciendo–. Espera a sentir que se hunde la tierra bajo tus pies.

–Ya se está hundiendo bajo mis pies –dije.

–Tu padre era un gran hombre, pero nunca estaba en casa. Tú y tus hermanos lo tenéis en un pedestal porque es lo que hacéis todos los chicos de por aquí. Tenéis esa idea romántica del padre misterioso que se pasa la vida en el mar mientras las madres se quedan en casa y se ocupan de todo. Es fácil convertir en mártir a un tipo que se va y se mata. No soy más que otra viuda de marinero con un puñado de bocas que alimentar.

Tenía la vista fija en su taza de café Hermanos Hills. Como si aquella taza fuera la única que la entendiera. En aquel momento, casi la odié por ser ella la que había sobrevivido. Me da vergüenza confesarlo, pero así es.

–Al menos ahora tengo un hombre que viene a casa todas las noches –dijo como si fuera un globo desinflado que hubiera volado por la sala perdiendo aire poco a poco y se sintiera aliviado de aterrizar por fin.

–Muy bien –repuse–, entonces toda va de maravilla para todos.

**D**espués de aquella conversación procuré evitarla, lo cual no era tan difícil como os podríais imaginar. Fue duro oírle decir que mi padre no era como yo pensaba. Me escoció durante días como una ampolla bajo la piel. Así que no es de extrañar que acabase en el garaje, revolviendo en las cajas viejas de mi padre en busca de una imagen más digna del hombre al que no podía dejar de echar de menos.

Las cajas olían a Old Spice, la loción que mi padre se echaba después de afeitarse. Pensé que quizá hubiera un frasco guardado por alguna parte, debajo de sus viejos recortes de periódicos o de las revistas de pesca con portadas de papel brillante que mostraban hombres barbudos y robustos posando con fletanes

tan grandes como ellos. Papá era un obseso de las noticias y lo guardaba todo. Pero no había ningún frasco.

Había noticias sobre el gobernador del territorio y la comisión a favor de la categoría de estado. Me olvidaba de que cuando nacimos, Alaska todavía era un territorio. Había un titular de 1959, «SOMOS UNO MÁS», y casi me pareció oír la voz de mi padre anunciando con tristeza: «Eso lo va a cambiar todo».

Ojalá pudiera preguntarle a qué se refería y si ahora era distinto. Pero en realidad ahora todo era distinto. No podía echarle la culpa al hecho de habernos convertido en estado, pero si hubiera alguna posibilidad de hacerlo, lo tendría en cuenta.

En ese momento entró Jack y preguntó:

–¿Qué es ese olor?

–Old Spice –respondí. Jack era demasiado joven para recordar a qué olía nuestro padre.

–Da un poco de miedo –dijo mi hermano–. Parece como si hubiera alguien aquí.

–Basta, Jack.

Mi hermano tiene esa extraña cualidad, como un sexto sentido. A veces Sam y yo nos lo tomamos a broma, pero en aquel momento no me hizo ninguna gracia, rodeados de las cosas de mi padre y con su olor inconfundible flotando como un fantasma. Jack me miró levantando una ceja y se encogió de hombros.

Sabe mucho más de lo que cualquier chico de catorce años debería saber sobre la gente. Provoca en mí el efecto funesto de querer saltar y protegerlo todo el tiempo, porque no creo que el mundo sepa muy bien qué hacer con gente como Jack.

–He estado leyendo el periódico y recortando artículos –dijo–. Ya sabes, como hacía papá.

Jack lo capta todo al vuelo. Sabe que Sam y yo echamos de menos ese detalle de nuestro padre, insignificante en apariencia –guardar recortes de periódicos–, así que él también intentó participar de alguna manera.

–Mira esto –dijo al tiempo que me enseñaba un artículo que acababa de recortar. Era de hacía dos meses.

5 de mayo, Fairbanks. El trípode del río Nenana cayó exactamente a las 10.37 horas de ayer, marcando de esa manera el final de la Clásica del Hielo de Nenana y señalando el comienzo de la primavera. Cinco ganadores se repartirán el bote de diez mil dólares. Una de esas cinco personas es una chica nativa de dieciséis años que ha pedido mantener su anonimato. Es la ganadora más joven en la historia de la Clásica del Hielo, que comenzó como una apuesta en 1906 con la finalidad de proporcionar alguna distracción a los mineros como anticipación al deshielo de la primavera.

–Se va a embolsar dos mil dólares, la chica esa –comentó Jack–. Un dineral.

Jack no es una persona envidiosa, pero es evidente que en aquel momento sentía envidia.

–Jack, ¿y qué ibas a hacer con todo ese dinero? –le pregunté.

–Me iría –contestó sin pensárselo dos veces–. Recogería el dinero y me iría en un transbordador.

Justo en aquel momento el viento abrió de golpe la ventana, que golpeó la pared del garaje y nos sobresaltó. Un viento frío empezó a hacer volar todos los periódicos y recibos viejos por el garaje. Parecía el aleteo de cien alas invisibles golpeando los últimos restos de mi padre como si intentaran devolverlo a la vida. Cuando se posó el polvo, el único olor que quedó en el aire fue el de Old Spice, y entonces supe que debía escuchar a Jack.

–Vámonos –dije–. Avisamos a Sam y nos vamos.

–No tendremos que estar escondidos todo el tiempo, si es eso lo que quieres saber –le respondí a Sam cuando me preguntó si podría ver ballenas–. Pero creo que las orcas son difíciles de ver.

Sam recordaba todas y cada una de las historias que nos contó mi padre sobre sus salidas a la mar. En mi interior seguía oyendo la voz de mi madre –«Vosotros creéis que esas historias sobre la pesca son misteriosas y románticas, lo tenéis siempre en un pedestal»–, pero la aparté de mi mente y en su lugar pensé en lo que nos contó papá sobre la pesca con palangre aquella vez que salieron a por bacalao negro. Las líneas con cebo permanecen en el fondo del océano durante varias horas y luego las alzan con una grúa hidráulica; si hay suerte, con un montón de peces. Cuando empezaron a recoger los aparejos, el barco estaba totalmente rodeado de orcas.

–Hermosos animales –dijo papá–. Son tan veloces, tan poderosos... Son capaces de arrancar los cebos de los aparejos. Lo único que quedaba en los anzuelos cuando los recogimos eran los labios de un bacalao negro.

Sam se aferraba a aquellas historias como los labios del bacalao se habían aferrado al anzuelo, y era capaz de recitarlas de memoria, aunque hubieran pasado varios años desde la desaparición de mi padre.

Sam era el poeta, el que mantenía vivo a mi padre a pesar de lo sucedido. Lo sucedido incluía que un *tsunami* había engullido el barco entero. El que golpeó la costa justo después de que el terremoto de Viernes Santo hubiera sacudido el resto del estado; partió las casas por la mitad y las arrastró hacia la bahía de Anchorage. Hubo infinidad de tramos cortados en las carreteras entre Valdez y

Turnagain Arm. Pero a cientos de kilómetros de distancia del epicentro, fue el océano el que causó estragos y se tragó una flota entera de barcos, entre ellos el de mi padre.

Le había rogado que me llevara en ese viaje, en particular a la Bahía de la Masacre. Yo tenía once años. Era su lugar favorito de pesca porque las montañas comenzaban a elevarse a la misma orilla del océano.

–Tienes la sensación de que abrazan tu barco y te mantienen a salvo mientras pescas –había dicho.

Yo no podía concebir que un lugar llamado Bahía de la Masacre pareciera seguro y resguardado como un abrazo. Y tenía razón, ¿verdad?

Jamás lograré desprenderme del calor de la mano de mi padre en mi cabeza, revolviéndome el pelo mientras decía:

–Quédate y sé el hombre de la casa por esta vez. Ya habrá otros viajes.

No me imaginé que ser el hombre de la casa iba a ser tan jodidamente agotador.

**E**star escondido en un carro de equipajes también está resultando agotador, pero como no ganamos un dineral como esa chica de Fairbanks, fue lo único que se me ocurrió para colarnos a bordo. Gracias a Dios, la gente lleva un montón de equipaje cuando se va de Alaska. Solo en este carro hay bolsas de lona, maletas, cajas de salmón congelado, fundas de armas acolchadas... y nosotros. Muevo hacia mi pie izquierdo una caja cubierta de cinta de embalar para intentar que no se me vean las piernas. Las portezuelas del carro se abren y un destello de luz se refleja en los cordones de mis zapatos. Contengo la respiración mientras alguien empuja una jaula hacia dentro, casi encima de mi pie. En su interior, cuatro gallinas color mostaza cacarean ruidosamente. Esto no puede estar sucediendo.

–Se van a sentir muy solas. ¿Seguro que no puedo llevármelas a cubierta? –pregunta una voz de mujer.

Las comisuras de los labios de Sam se contraen y me da miedo que se eche a reír. Jack se estira y suelta un ruidoso bostezo, pero las gallinas montan tal jaleo que nadie lo va a oír con tanto alboroto. Me relajo un poco cuando el empleado se lleva a la mujer. Seguimos oyendo su voz chillona que continúa protestando, y por lo visto las gallinas también: la llaman a coro con un estrépito de cloqueos enloquecidos que, por suerte, ahogan las carcajadas de Sam.

–Cállate, Sam...

El carro empieza a recorrer la rampa.

La cubierta de los coches es una sobrecarga sensorial de gasoil, moho y gases

de los tubos de escape de todos los vehículos. Jack despierta e intenta estirarse, luego mira a su alrededor desorientado. Le llevo un dedo a los labios y deja de moverse. Jack asiente y se queda en silencio. Qué tranquilo es. No como Sam, que ya me está dirigiendo una mirada de «porfavorpodemosaliryadeestechisme». A mi me gustaría esperar a alejarnos lo máximo posible de la ciudad antes de volver a ser visibles. Así habrá menos probabilidad de que nos envíen de vuelta a casa si nos descubren. Si al menos pudiéramos llegar hasta Ketchikan o Price Rupert, en Canadá, sería perfecto. Lo único que encontré en el tarro de mantequilla de cacahuete de mi madre fueron dieciséis dólares, y no soy tonto. Eso es casi como no llevar dinero. Solo quiero estar en otro sitio antes de empezar a preocuparme por todos los detalles. Ya hemos llegado hasta aquí, ¿no?

Un millón de agujas diminutas bullen bajo mi piel hasta los dedos de los pies y me doy cuenta de que Sam me está sacudiendo la pierna, que está profundamente dormida.

–Este olor a gasoil me está dando dolor de cabeza –susurra–. Y enseguida llamarán a la gente de los coches y vendrá a recoger sus equipajes. Tenemos que salir sí o sí.

Tiene razón. Hemos hecho este viaje las suficientes veces como para conocer lo más básico, aunque fuera hace mucho tiempo. Nuestros padres traían tiendas y acampábamos en el solárium. Jack tendría unos dos o tres años; dudo que lo recuerde. Se me hace extraño pensar en todo el equipaje que llevábamos. Papá tenía que ir y venir varias veces para recoger la nevera, los sacos de dormir, la tienda y las bolsas llenas de comida. Esta vez lo único que tenemos son dieciséis dólares y dos abrigos cada uno, que llevamos puestos uno encima de otro. Menos mal que es verano, pero probablemente podamos dormir a cubierto en la primera sala, donde hará más calor.

Sam me aprieta el brazo y le hago un gesto para expresar mi aprobación. Toca moverse.

Salimos sin hacer ruido del carro y nos escabullimos entre los coches aparcados con cuñas en las ruedas delanteras para que no se muevan. Nos tambaleamos de un lado a otro mientras intentamos encontrar una especie de ritmo al balanceo del barco. Se tarda un poco en encontrar el equilibrio en un barco, y aún más con las piernas dormidas.

La mujer de las gallinas está sentada en el hueco de la escalera con la espalda encorvada y la cabeza apoyada en las manos. Está esperando el aviso de que ya se puede bajar. Su pelo gris y encrespado le cae sobre la cara y le da un aspecto de píceas cubiertas de musgo arqueadas por la edad.

–Sus gallinas están bien –dice Jack sin pensar. Ella lo mira con ojos

extraviados, como si mi hermano fuese transparente.

Vamos a proa y nos sentamos cara al viento, aliviados por cambiar las emanaciones de gasoil por la brisa salada, aunque no nos entusiasma demasiado. Sam observa el horizonte en busca de ballenas.

–Tengo hambre –anuncia Jack.

–Lo sé. –Temía la llegada de este momento–. Esperemos un poco más. Podemos recoger las sobras que la gente deje en las bandejas.

Jack arruga la nariz.

–Tenemos que reservar el dinero –le explico–. Ya verás. La gente deja cosas en perfecto estado. A veces ni siquiera las tocan si están mareados o les pasa algo. Todo va a salir bien.

–Yo quiero quedarme a ver ballenas. Id vosotros –dice Sam sin apartar la vista del océano.

–Tenemos que permanecer juntos, Sam –le digo–. Y, si es posible, dar la impresión de que viajamos con nuestros padres. Sentarnos cerca de otras personas para que no parezca que estamos solos.

–No quiero perderme las ballenas –insiste. Dios mío, ¿va a estar tan pesado todo el tiempo?

Pero su voz despierta algo en mi interior: ese sentimiento abandonado tiempo atrás de que mi padre volvería algún día. Para Sam, papá y las ballenas son uno. Me da un poco de envidia que él aún sea capaz de conservarlo.

–De acuerdo. Te traeremos algo de comer. No te muevas de aquí, Sam. Te lo digo en serio.

Así que Jack y yo nos dirigimos al puesto del sobrecargo, dando la impresión a todo el mundo de que somos como cualquier otro pasajero de pago. Quizá algo más mullidos por los abrigo extra que llevamos encima. Oigo un *boing, boing, boing* a mi espalda y me vuelvo para ver a Jack jugando con algo que tiene en la mano.

–¿Qué es eso?

Me pone una goma elástica roja asquerosa delante de la cara. Huele a mierda.

–¿De dónde has sacado eso? –Me tapo la nariz.

–Una de las gallinas la estaba picoteando en la jaula. Conseguí sacarla entre los barrotes.

–Vas a pillar cualquier enfermedad –le advierto.

–Pues yo creo que es un amuleto de la suerte.

Se le ilumina el rostro ante la posibilidad. ¿Recordáis que os dije que yo era el más sensato de la familia? Si sobrevivimos a este viaje, será casi un milagro, y todo por culpa de mis hermanos, que están empezando a ponerme nervioso.

–Voy a dársela a Sam –dice Jack–. Quizá le ayude a atraer a las ballenas.

Muy a mi pesar, sonrío al ver cómo Jack echa a correr hacia el lugar donde dejamos a Sam, que sigue en la cubierta. Ahí están los dos: Sam, que aún alberga la esperanza de que papá vuelva, y Jack, que intenta ayudarlo a encontrar la manera de conseguirlo. Lo que siento por ambos es una mezcla de amor intenso y envidia. Y Jack, incluso después de todo lo que le ha tocado vivir, sigue creyendo en amuletos de la suerte. ¿Yo dejé de creer en todo a la vez o sucedió de forma tan gradual que no me di cuenta?

–Te vas a lavar las manos sí o sí antes de tocar la comida, aunque sean sobras –le digo cuando vuelve.

Esboza una de esas sonrisas tuyas capaces de desarmarte, como si le diera pena que yo no tenga imaginación, pero entra en el lavabo de caballeros.

El comedor parece no haber cambiado desde la última vez que estuvimos allí. La larga fila en el mostrador del bufé, el hombre del gorrito marinero azul que da la vuelta a las hamburguesas de la parrilla y el sonido de la grasa chisporroteando en la freidora. El olor me tienta a gastar nuestro dinero el primer día. Me doy cuenta de que llevamos casi veinticuatro horas sin comer, desde que salimos de casa a escondidas a medianoche y lo último que tomamos fue la cena. La cena, en cuencos para cereales antes de irnos a la cama vestidos. Mamá y Nathan llegaron a casa después de estar en el bar y creí que nunca iban a dejar de discutir. Veía el blanco de los ojos de Jack con la vista clavada en el techo. Entonces me percaté de que Jack apenas duerme por la noche. Por eso me lo encuentro acurrucado en los sitios más inverosímiles, dormido como un tronco a plena luz del día. Deberíamos habernos marchado mucho antes.

Me doy cuenta de que a Jack no le gusta mi plan. Se queda mirando los platos que quedan sobre las mesas con expresión de asco. Esta es la misma persona que hace solo diez minutos estaba jugando con una goma cubierta de mierda de gallina y diciéndome que traía suerte.

–Tengo dinero, Hank, yo pago la comida –dice mientras inspecciono un plátano que ha quedado entero, más marrón que amarillo, pero con piel y todo. Lo meto en la bolsa de plástico que he traído con ese fin. Mis habilidades para planificar son mínimas, pero sí tuve en cuenta unas cuantas cosas. Guardo a toda prisa una bolsa de patatas fritas y un muslo de pollo que parece completamente intacto. Dejo la hamburguesa grasienta y repulsiva ahogándose en ketchup.

–No tienes dinero, Jack. ¿De dónde lo ibas a sacar?

Justo entonces la cajera nos mira con recelo; agarro la manga de Jack y me lo llevo al otro extremo de la cafetería. Si somos discretos, con un poco de suerte tardaremos en llamar la atención, o quizá no la llamemos nunca; casi parecemos normales comparados con algunos de los pasajeros que tienen peor pinta. Nos apartamos de un tipo que lleva un gorrito y va vestido de cuero negro de la

cabeza a los pies. La chica que lo acompaña tiene un cuervo tatuado en una mejilla y parece que va vestida con un saco de dormir. Sus pies descalzos asoman por la cremallera lateral, lo que le da aspecto de sirena mullida.

Jack alcanza un recipiente de queso parmesano del expositor de condimentos y se lo lleva a la boca como un marinero borracho. Por Dios, Jack, ¿eres tú?

De nuevo en cubierta, no encontramos a Sam por ninguna parte. ¿Es posible que nos hayamos ausentado tanto tiempo? Jack no parece preocupado mientras mordisquea el muslo de pollo. Parece haber superado su fobia al plan de la comida. Recorremos la cubierta, de proa a popa, con mis niveles de adrenalina subiendo a cada minuto que pasa. ¿Por qué lo dejé solo ahí afuera? Me fijo en que la señora de las gallinas está casi en el mismo lugar donde estaba Sam cuando nos despedimos. Está aferrada a la barandilla y el viento le da a su pelo forma de cilindro, como si estuviera a punto de ser engullida por un aspirador.

–Mi hermano estaba aquí hace un momento –le digo–, porque quería ver ballenas. ¿Lo ha visto?

Olisquea el aire. Al girarse, se le dispara el pelo hacia el cielo y el viento se apodera de él y lo agita en la dirección opuesta, como si fuera una marioneta que un titiritero invisible estuviera accionando desde arriba. Habría sido cómico si no estuviera tan preocupado por Sam.

–¿Ha visto a mi hermano? –insisto.

Mi cara está a unos centímetros de la suya. No dice nada, así que la agarro por los hombros y le doy una leve sacudida para que se centre. Es como tocar una telaraña. Al principio tengo la impresión de que se va a desintegrar bajo mi mano, pero entonces me tira de las mejillas hacia su cara. Su aliento huele a rancio y a polvo.

–Nadie sabe cómo es ser uno. ¡Nadie!, ¿me oyes?

Cierro los ojos. Noto la presencia de Jack sin necesidad de verlo. Ha rodeado la cintura de la mujer con sus brazos y la aprieta tan fuerte que ella va soltando mis mejillas ardientes poco a poco. Oigo la voz de Jack intentando calmarla:

–Tranquila. Tranquila. No pasa nada.

Si esta es la única persona que ha visto lo que le ha pasado a Sam, tenemos un problema. Dudo que sea capaz de decirnos nada. De pronto soy yo el que está hecho de telarañas finas y endebles y corre peligro de que el viento me deshaga poco a poco.

## Apuntando a las estrellas

### *Ruth*

Después de que Dora ganara la Clásica del Hielo, un montón de chicos de Birch Park empezaron a hacerse ilusiones. Si ella había ganado, entonces quizá también sería posible que otros chicos de nuestra zona tuvieran un golpe de suerte. Todo el mundo quería aferrarse y subirse a los flecos del éxito de Dora. Pero yo no me dejé engañar.

Tenía razón en lo de contener la respiración y mostrarme escéptica cuando algo es demasiado bueno para ser cierto. La abuela encontró la camiseta blanca de Ray y la echó a lavar sin saber de quién era ni lo que significaba. El olor a cedro había desaparecido por completo cuando me enteré de que estaba saliendo con Della May, una de las chicas nuevas que acababan de llegar del Exterior. Yo estaba demasiado avergonzada para volver a mirar a la cara a la señora Stevens, y Ray me hizo saber sin tardanza que quería una novia que se quedara a dormir, no que se limitara a hablar por teléfono por la noche.

Al principio le dije a mi abuela que seguramente tenía la gripe con la esperanza de que así fuese. Pero pronto supe que era imposible —y estoy casi segura de que ella también, pero no dijo nada—, ni siquiera cuando robé una caja entera de galletas saladas y las llevé al instituto para guardarlas en la taquilla.

A veces Ray pasaba a mi lado y se comportaba como si no nos conociéramos. Lo suyo con Della May parecía una canción country del oeste, y ella siempre iba colgada de su brazo, como si tuviera miedo de acabar de pronto en Texas si no fuera atada a Ray a todas horas. Pueden pasarte cosas peores, pensaba yo, pero ¿quién era yo para advertírselo?

Tenía un acento peculiar, y cuando decía su nombre arrastraba la «a» de tal manera que se la podía oír después incluso de que doblaran la esquina donde estaba la fuente estropeada.

Y entonces yo me quedaba mirando la fuente, deseando que tuviera poderes

mágicos y que hiciera manar una poción mágica con la que se pudiera retroceder en el tiempo. Me trasladaría justo a aquel entrenamiento de natación –cuando me dio un azote en el culo con la toalla y me invitó a una fiesta– para poder decir que no. Pero de aquella fuente estropeada no había brotado ni una gota de agua desde que entré en el instituto, así que, evidentemente, pedir que saliera otra cosa sería demasiado.

Ni siquiera ahora tenía planes para el futuro, excepto la determinación de que nunca le contaría a Ray lo que estaba pasando. Tendría que hacerlo todo yo sola –de alguna manera–, porque nunca, nunca jamás iba a poder confiar en nadie.

**P**or suerte, el curso escolar terminó y mi secreto todavía era lo bastante pequeño para lograr ocultárselo a todo el mundo, incluida Selma. Pasé la primera parte del verano durmiendo como una marmota. Casi logré convencerme de que era la Bella Durmiente y de que si permanecía inconsciente durante unos meses quizá al despertar me habría convertido en una persona distinta. Entonces aún no lo sabía, pero en cierto modo eso era lo que iba a ocurrir; lo que pasaba era que no me había percatado de lo lejos que estaba de ser un cuento de hadas.

–¿Estás segura de que vas a comerte todo ese fiambre y un cuenco de cereales y tres tostadas de mantequilla de cacahuete? –me pregunta Lily una mañana–. Estás engordando un poco, Ruth.

–Vaya, qué amable eres –respondo mientras me meto en la boca una porción entera de aquel asqueroso sucedáneo de carne rosada y la fulmino con la mirada.

–Haz lo que quieras. Bunny hizo un comentario el otro día –continúa mi hermana–. Dice que hasta Dora se ha dado cuenta.

Bueno, qué maravilla, ¿no? ¿Dora, cuya vida entera ha estado en el punto de mira de todos, incluso en camisón, ha decidido que puede permitirse opinar sobre mi peso? ¿Acaso cree que nos hemos olvidado todos de aquella escena entre ella y su padre, ahora que ha ganado la Clásica del Hielo?

Noto que empiezo a temblar. Últimamente me caliento por cualquier cosa. Pero esto no es cualquier cosa. ¿Es precisamente Dora Peters la que va hablando de mí? O sea, que ahora que ella tiene dinero y un hogar agradable y acogedor, supongo que soy yo el blanco de las murmuraciones, ¿no? Me la imagino en casa de Buñuelo y Bunny, todos sentados alrededor de la mesa mientras la madre de Buñuelo prepara tortitas de masa fermentada y salchichas de venado; casi huelo desde el tiovivo lo que estarán comiendo en su casa. La verdad es que estos días casi soy capaz de oler la comida que hay en todas partes. Esas chicas nunca me habían dado envidia, pero ahora noto cómo el monstruo asoma su

cabeza verde y fea. Desearía poder ser cualquier otra persona –incluso Dora–, lo que significa que he tocado fondo.

Me dan ganas de saltar y gritar: «¡Lily, gilipollas, estoy embarazada!».

¿Por qué no? La abuela está frente al fregadero, fingiendo que ha perdido el oído y que está más ciega que un murciélago. De repente no ve nada de lo que me ocurre, cuando siempre me vigilaba como un halcón. Qué ironía: cuanto más engordo, más invisible me vuelvo.

Pero la oigo por casualidad mientras habla por teléfono y hace una reserva para un billete de autobús a Canadá a mi nombre.

Comprendía que Lily pudiera no tener ni idea, teniendo en cuenta que ni siquiera entendía la diferencia entre ella y Bunny, pero ¿mi abuela? No era consciente de que el castigo del silencio podía ser mucho peor que la humillación pública. La abuela guarda más de un as en la manga.

Cuando me levanto y me dirijo a la puerta, me detengo, sin estar segura de si me preguntaría adónde iba o de dónde venía. Lo único que se oye en la cocina es el ruidito de los guantes amarillos de fregar de la abuela al frotar un plato con estropajo y jabón. No dice nada. Cuando salgo, hago todo el ruido que puedo al cerrar la puerta de tela metálica, y ni así asoma la cabeza. Ya es oficial: no merezco ni que me reprendan.

Recorro todo el camino hasta Goodwill sin mirar atrás, ni al río, ni a la pequeña iglesia blanca donde se casaron mis padres, ni al Loco Bailarín, que curiosamente permanece en silencio cuando paso a su lado. Es uno de esos días calurosos de verano en que se huele el humo de incendios lejanos, y cuando abro la puerta de Goodwill y suenan las campanitas, estoy cubierta de un sudor pegajoso.

Necesito comprar ropa más grande. La madre de Dora está en Goodwill con unas amigas, y cuando paso por delante de ellas en el pasillo... Bueno, digamos que no fueron a la misma escuela de ignorancia aparente que mi abuela.

–Alguien tiene una hogaza en el horno –comenta una de ellas conteniendo la risa.

No levanto la vista; paso entre ellas despacio empujando mi carrito. Me paro y finjo admirar la ropa interior larga de lana que hay en un perchero. Nunca se tiene suficiente ropa interior larga.

–¿Te acuerdas de aquellos tiempos, Paula? –La mujer habla a gritos, como si Paula estuviera a mil kilómetros y no justo a su lado, con una funda de peluche para la tapa del inodoro que parece hecha de pelo de caniche.

–Y tú me tenías envidia, chica, no intentes negarlo. El padre de Alvin le dejó la ranchera el fin de semana e instaló un colchón en el maletero.

Se ríen tan fuerte que me alejo poco a poco intentando que no me pillen entre

el recuerdo de alguien llamado Alvin y el coche de su padre.

–No te tenía ninguna envidia. La calefacción no funcionaba, así que te podías haber congelado. ¿O ya te has olvidado?

–¿Te acuerdas de que querías llamar al bebé Copito, el Muñeco de Nieve? – interviene la madre de Dora, y estallan en carcajadas todas a un tiempo.

No me imagino hablando tan alegremente de lo que hice con Ray. Y no fue en el maletero de una ranchera en una noche gélida. Fue algo más profundo.

Hasta que dejó de serlo. Para él. Odio la sensación de que sea precisamente eso lo que siempre se dice. Que para el chico no cambia nada. Soy un cliché y una estadística, todo en uno. Y nada lo ilustra con más claridad que esta situación, en Goodwill, completamente sola, buscando ropa en la que probablemente cabrían seis de mis mejores amigas a la vez. Excepto que no tengo seis mejores amigas. En realidad, estoy cada vez más cerca de no tener ninguna.

¿Dejará Ray que Della May entre a escondidas en su cuarto? ¿Contemplará el lago y se irá después a su casa con el pelo impregnado de olor a cedro?

Hundo la cara en una sudadera gris con un balón de baloncesto naranja estampado y respiro el olor de otra persona. De una persona llamada Lucy, según leo en el bordado de la parte delantera. Encima del balón pone «APUNTA A LAS ESTRELLAS» y huele a sudor y a moho. Pero eso es mejor que el cedro. Si vuelvo a oler a cedro, probablemente vomite.

–¿Estás bien, jovencita?

Levanto la vista y me encuentro con la cara del hombre más viejo que he visto en mi vida. Y por primera vez desde que la madre de Ray me miró con sus ojos azules y tristes, tengo la impresión de que alguien de verdad me ve a mí; no mi cara ni mi barriga cada vez más voluminosa, sino la persona en la que me he convertido desde que me quedé sin padres, desde que la abuela me cortó el pelo y desde que comprendí que mi vida jamás volvería a ser como antes.

Una hora después, estoy sentada en la salita trasera de Goodwill con la cara hinchada de tanto llorar. George, el encargado de la cara arrugada, me ha servido una rosquilla y una taza de chocolate Swiss Miss. Entre cliente y cliente viene a ver cómo estoy. No dice nada, solo me da una palmadita en el hombro o me ofrece un pañuelo y vuelve a salir a atender la caja.

–¿Quieres que llame a alguien? –me pregunta por fin después de entrar a verme cuatro o cinco veces. Su voz me envuelve como un baño caliente y tengo miedo de empezar a llorar otra vez, justo cuando había logrado serenarme—. ¿Y esa amiga tuya de los ojos marrones enormes?

–¿Se acuerda de nosotras?

Selma y yo entramos en Goodwill a veces al salir de clase, pero lo cierto es

que nunca prestamos atención a George. Ahora me parece una descortesía, después de lo bien que se ha portado conmigo.

—No he visto unos ojos como los de esa chica desde los tiempos en que salía a cazar focas —asegura. Los suyos son como diminutas pepitas de manzana y, sin embargo, perciben cómo me siento.

Hago un gesto de asentimiento, pero no quiero llamar a Selma. A quien, por cierto, le encantaría saber que George dice que tiene ojos de foca. Da la casualidad de que estábamos discutiendo sobre eso, aunque sin enfadarnos. Selma se puso pesada diciendo que su madre biológica probablemente era una *selkie*, una de esas criaturas mitad humana, mitad foca que pueden desprenderse de la piel y caminar sobre el océano las noches de luna llena. Es obvio que no puede ser cierto, pero a Selma le encanta fantasear sobre cualquier cosa que dote a su historia de un toque de misterio. La realidad es que no llegó a conocer a sus padres y a Abigail, su madre adoptiva, no le gusta hablar del asunto. Quizá no sepa quiénes son los padres biológicos de Selma, pero tampoco se muestra muy comunicativa con los detalles.

Es una de las cosas que Selma y yo tenemos en común: no saber qué pasó con nuestras madres. Pero estoy harta de las historias fantasiosas y absurdas de Selma. Estaban bien cuando teníamos diez años, pero ahora demuestran inmadurez.

Pero, sobre todo, estos días tengo la sensibilidad a flor de piel. Así que es mejor mantener a todo el mundo al margen.

—No, gracias —le respondo a George—. Prefiero no llamar a nadie.

Tampoco me imagino saliendo de esta salita. Quiero quedarme aquí cien años, o hasta que coma tantas rosquillas que no quepa por la puerta.

Pero, por supuesto, regreso una hora después al día gris de junio con una bolsa llena de ropa que no me ha costado nada, porque George se ha negado a dejarme pagar. Llevo puesta la sudadera del balón y de alguna manera espero evolucionar hasta convertirme en esa «Lucy» y dejar atrás a Ruth. Quienquiera que fuese, no era menuda, así que al menos tenemos algo en común.

**A**l llegar a la pequeña iglesia blanca, me detengo y me siento en los escalones para contemplar el meandro del río. Aún trae bastante agua tras el deshielo de primavera. Tengo a mi izquierda una estatua de la Virgen María con las manos cruzadas sobre su túnica azul. ¿Cómo conseguiste hacer creer a todo el mundo que seguías siendo virgen?, pregunto; pero, por supuesto, no contesta. Me fijo en que está mirando hacia la izquierda, como para eludir preguntas como esta que le

puedan hacer chicas como yo.

Mis padres se casaron en esta iglesia, pero nunca fuimos a misa hasta que vinimos a vivir con la abuela. Mis padres se declaraban «católicos no practicantes» y, cuando era pequeña, pensé que quería decir que no practicaban deporte a diferencia de otros católicos.

No tiene ningún sentido.

Tengo un recuerdo lejano de mis padres hablando entre susurros cuando creían que ya me había dormido. Nuestra casa era tan pequeña que yo dormía en su cuarto, en una cama improvisada que hizo mi padre con colchonetas de cámping y gruesas mantas de lana. Me gustaba oírlos hablar en su idioma secreto de adultos que me arrullaba cada noche hasta que me dormía. Pero a medida que he ido creciendo, las palabras que parecían desconocidas, como de otro idioma, se han hecho más reconocibles. Ahora puedo ensartarlas y colgármelas al cuello como un recuerdo de familia que casi llega a ahogarme. Palabras como *reglas*, *asfixiante*, *serio*, *culpa* y *pecado*.

«Gracias por librarme de todo eso», susurraba mamá, y ahora sé que se refería a mi abuela. Mi padre la libró de ella, pero no queda nadie que nos libre a Lily y a mí. Pienso en el bebé que crece en mi interior. Si no puedo librarme a mí misma, ¿cómo voy a librar a nadie?

Sé que seguramente la abuela lo ha organizado todo para entregar al bebé en adopción. ¿Me odiará mi hijo por ello?

Estoy tan absorta en mis pensamientos que no me doy cuenta de que ha llegado Buñuelo y se ha sentado a mi lado en los escalones. Me gusta Buñuelo, pero ya no andamos juntas ni vamos a pasear ni nos sentamos en el tiovivo de Birch Park, como hacen ella y Dora. Tampoco solemos sentarnos juntas en los escalones de ninguna iglesia. La miro de reojo, porque estoy segura de que también sabe lo que me está pasando, pero ella se encoge de hombros y vuelve la vista al río.

Resulta sorprendentemente agradable. Siento que me voy relajando, y al poco tiempo ya no le dirijo miradas furtivas, sino que la miro directamente. Lleva el pelo recogido en una larga trenza negra con un lazo rojo. Me asombra lo familiar que me resulta ese lazo. Supongo que cuando caminas detrás de una persona durante tantos años, hay cosas que ves, pero sin fijarte en ellas.

También me choca lo poco que le pega el nombre de Buñuelo. Quizá porque nunca la había mirado con atención. Es guapa y esbelta, con una maravillosa piel aceitunada y ojos rasgados. Su pelo negro brilla al sol de la tarde como si estuviera engrasado.

De pronto siento el deseo de contárselo todo. Pero lo único que acierto a decir es:

–Dentro de poco me van a enviar lejos.

–¿En serio? ¿Por qué?

–¿No es obvio? –digo–. Soy una vergüenza para mi familia.

–A mí ni se me ocurriría decir tal cosa –responde–. ¿No tienes una tía o alguna otra persona que quiera criar a tu bebé?

Dice «tu bebé» como si no fuera un secreto horrible, sino algo natural. Quizá incluso algo tierno.

–¿La gente hace eso?

–En mi tierra, los bebés son una bendición para todo el pueblo. Los quiere todo el mundo.

–Ahora ya sé por qué Lily quiere ser atabascana –comento.

Buñuelo se echa a reír.

–Creo que todo sería más fácil para Lily si lo fuera.

–¿En serio? ¿Aunque la gente hable de ti?

Pero esto quizá Buñuelo no lo sepa. Desvió la mirada, avergonzada de haber hablado tanto.

–¿Esa gente que habla es la misma que te enviaría lejos por esa tontería? –pregunta al tiempo que señala mi tripa.

No le falta razón, así que guardo silencio. Durante unos minutos parece como si estuviéramos en orillas opuestas del mismo río.

Un rato después, casi como si me leyese el pensamiento, Buñuelo me pregunta en voz baja:

–¿Te acuerdas de la riada?

La riada, pienso. Por supuesto que me acuerdo. Fue hace años, pero aún me parece oír el ruido del río, demasiado cerca, demasiado rápido. La lancha que nos recogió a la puerta de la casa de mi abuela, el sonido del motor. El olor del gasoil. Recuerdo que vi pasar flotando una cría de alce muerta. Por mucho que lo intentes, no puedes dejar de ver algo una vez que lo has visto. Tenía los ojos de color marrón oscuro y unas pestañas larguísimas, como Selma.

Hace menos de una hora, George había dicho que los ojos de Selma le recordaban a los de las focas, y ahora yo los estoy comparando con los de un alce. Me reiría si de repente no empezara a echarla de menos.

Selma, que se había mostrado tan estoica cuando nos pincharon con aquellas agujas enormes durante la riada. Me había impresionado. Quise que fuera mi amiga porque nunca había conocido a nadie como ella. Pero no le cuento nada de esto a Buñuelo cuando me pregunta si me acuerdo de la riada.

–Más o menos –respondo.

Buñuelo sonrío. Pero veo que ya ha vuelto al tiempo presente. Y cuando habla de nuevo, oigo en su voz el sonido del río.

No es decente por parte de un río salirse de su cauce. Es como cuando un amigo te da la espalda; al pensarlo veo la cara de Ray. Me paso la mano por la tripa y pienso lo poco que sabía sobre cosas como bebés y riadas, y en todas las demás maneras en que el mundo puede volverse indecente cuando menos te lo esperas.

–Mi padre nos subió a todas en la lancha –continúa Buñuelo–. Nos llevaron al instituto, como a todo el mundo, pero no cabíamos en una sola lancha. Así que mi madre se quedó. Le dije adiós con la mano y observé cómo se iba haciendo cada vez más pequeña, como un planeta diminuto que de repente se encontrara a más de un millón de kilómetros de distancia.

Nunca había oído a Buñuelo decir tantas cosas seguidas.

–Ante nosotros flotaban todo tipo de cosas: bidones de combustible, botas de goma, neumáticos viejos. Había una nevera con las puertas abiertas por la que se derramaba ketchup y mostaza y tarros de encurtidos, justo al lado de la biblioteca, cuando la biblioteca estaba en aquella vieja cabaña de la Primera Avenida, ¿te acuerdas?

Sí, pero estoy pensando en aquella nevera con todos sus secretos derramándose a la vista de todo el mundo, como las prostitutas que se dejaban ver fugazmente una manzana más allá. Solíamos ir a la biblioteca hecha de troncos de la Primera Avenida, y, como la riada, a veces las prostitutas se salían de su cauce y se paseaban más hacia el sur, y captábamos una visión breve de unas medias de rejilla, o el destello de una boa de plumas que asomaba por debajo de un anorak.

–Después pasamos por delante de una combinación de seda roja que se había enganchado en una valla.

Un momento. Eso también lo recuerdo.

–Nos reímos –intervengo–. Nos reímos todas. Y mi abuela se enfadó tanto que creí que nos iba a dar una bofetada.

–¿En serio? ¿Lo recuerdas?

Asiento mientras me pregunto de quién sería la combinación y qué le habría pasado a su dueña. ¿Sería de una de las prostitutas de la Segunda Avenida? Cuando éramos pequeñas no nos parecían personas de verdad, sino una parte más del escenario. Las niñas nos quedábamos en la biblioteca de la Primera Avenida, con nuestros libros de cuentos hablando en voz baja, y las prostitutas y los borrachos se quedaban en la Segunda Avenida, como una película se pega a la pantalla: cada uno en su sitio.

Ahora, sentada en los escalones de la pequeña iglesia blanca, lo veo con total claridad. Si rompes las reglas –aunque sea una sola vez–, puede haber riadas o terremotos, o quizá algo peor.

–Me pareció preciosa –dice Buñuelo–. Se la señalé a mi padre y se le dibujó una gran sonrisa. «Tu madre parecería un hermoso salmón con ella puesta», dijo. A mi padre le encanta el salmón.

Sonríe como si el recuerdo fuera un bastón de menta y estuviera lamiendo y saboreando cada átomo. Luego continúa:

–Nos dejó en el instituto y después regresó a recoger a mi madre. La Guardia Nacional le dijo que era demasiado peligroso, que no volviera, porque había llegado la corriente. Él no quiso escuchar.

–Pero tu madre estaba a salvo. Ya la habían rescatado, ¿no? –Sé que estaba bien porque sigue viva, pero de todos modos siento que el corazón se me acelera con la historia de Buñuelo.

Niega con la cabeza. Sus pupilas marrones se han convertido en dos charcas negras de agua cenagosa como si estuvieran viendo a su madre ahogarse una y otra vez.

–Estaba atrapada en el sótano y mi padre tuvo que nadar hasta ella para sacarla de allí. Estaba inconsciente y él empezó a presionarle el pecho y a insuflarle aire en la nariz sin parar. Nos contó que por fin expulsó el agua por la boca, se puso tan contento que quería volver a ahogarla a besos.

–¿Tanto la quiere? –pregunto sin pararme a pensar.

–Sí –dice Buñuelo sin más–. Desenganchó la combinación roja de la valla cuando la llevaba al instituto, pero a mi madre le horrorizó.

Me fijo con más atención en el lazo rojo de su pelo. La verdad es que no me imagino a la madre de Buñuelo –es achaparrada y regordeta como una hogaza de pan– llevando nada parecido a aquella combinación. Pero no se lo digo.

–Me quedé con ella. Por la manera en que dijo que parecería un hermoso salmón con ella puesta. Nunca se lo había contado a nadie –afirma.

–¿La cortaste? –pregunto, conteniendo las ganas de extender la mano y tocar el lazo.

–Hice un montón de tiras. Tengo una caja de puros llena de esas cintas. Me gusta pensar que traen suerte. Ya sabes, como recordatorio de lo que el amor puede llegar a hacer.

–¿Y si tu padre hubiera muerto? ¿O tu madre? –pregunto.

–La habría guardado igual –responde–, porque a veces tienes que aferrarte a lo que puedas.

Buñuelo se quita la cinta del pelo y me la ofrece.

–Para ti, Lucy –dice sonriendo, y señala el nombre bordado en mi sudadera–. Esta es extralarga, así que puedes cortarla y darle la mitad a tu bebé.

Sostengo la cinta gastada en la mano y tengo tanto miedo de echarme a llorar que no digo nada.

–Funciona –afirma–. Te lo prometo.

Y luego se pone en pie y se aleja con un leve gesto de adiós con la mano.

¿Cómo funciona?, me pregunto. Pero cuando vuelvo a mirar a Buñuelo, ya no es más que un puntito lejano, como un planeta que se encontrara a más de un millón de kilómetros de distancia.

## El campamento de pesca

*Dora*

Ganar la Clásica del Hielo fue al mismo tiempo lo mejor y lo peor que le puede ocurrir a una chica como yo. Entre sueño y sueño con todo lo que podría comprar con ese dinero –botas nuevas, calcetines de lana gruesa y helados con cobertura de cereza cuando quisiera– me asaltaba un temor angustioso y desmedido de que aquello suscitaría un repentino interés entre mis padres y amigos.

Me recordó a un poema que leímos en clase de inglés titulado «Si descuartizaran mi cuerpo». Trataba de lo que encontrarían en el interior del cuerpo de la autora si alguien se atreviera a hacer semejante cosa. Algunas cosas eran absurdas, como un Chevrolet Suburban plateado en punto muerto y con las llaves puestas dentro de la caja torácica. Pero nuestra profesora nos explicó que tenía un sentido metafórico, y más o menos lo entendí al leer la parte en que decía que si la descuartizaran también encontrarían a una niña con un guardapolvo color magenta que repetía una y otra vez «Me canso de andar». Un guardapolvo es un delantal, básicamente.

Un verso decía que si la descuartizaran descubrirían que una mujer llamada Rita con un vestido negro muy sugerente y un collar de turquesas había estado bailando el chachachá allí dentro todo el tiempo. Tuve pesadillas en las que me descuartizaban para que la gente pudiera encontrar mi dinero y emborracharse con él. No parecía una metáfora, parecía real.

Llamaron del periódico un montón de veces para hacerme una entrevista. El padre de Buñuelo dijo «Nada de entrevistas» con ese tono amable pero firme que emplea siempre. Mi madre y sus amigas venían a verme más a menudo; el padre de Buñuelo se sentaba en el porche y charlaba con ellas, y cuando mamá

preguntaba por mí, le decía:

–Le va muy bien.

No hay nada que temer de Annette y Paula –ni de mi madre, en este caso– exceptuando lo que les gusta beber y cómo se niegan a ver las cosas malas que están ocurriendo en sus propias casas. Les daría el dinero íntegro del premio si pensara que eso podría cambiar las cosas, pero no soy tan boba.

Además, según las normas de la Clásica del Hielo, el dinero se ingresa directamente en la cuenta bancaria del ganador, así que nadie puede tocarlo. Ni siquiera estoy segura de cómo tocarlo yo.

–¿Tú sabes cómo funciona una cuenta bancaria? –le pregunto a Buñuelo.

–Creo que lo único que tienes que hacer es llevar al banco el número de cuenta y el carné del instituto y decirles lo que quieres –dice, pero sé que ella tampoco lo sabe. Su madre envuelve los billetes en papel de aluminio y los guarda en el congelador por si acaso hay un incendio.

Me imagino a una cajera muy guapa peinada con un montón de laca mirando mi foto, sonriendo y diciendo «¿Cuánto dinero quiere retirar, Dora Peters?». Parece demasiado fácil, como una película o la vida de otra persona. El padre de Buñuelo dijo que iba a venir conmigo y podríamos meterlo todo en una cuenta donde no pudiera tocarlo hasta cumplir dieciocho años.

Pienso en ello, pero hay una parte de mí que dice que sería agradable disponer de un poco de dinero. De momento, me da cierta sensación de seguridad.

Después de casi un mes, el periódico deja de darme la lata y luego mi madre y mis amigas dejan de visitarme, así que me imaginé que quizá todo el mundo se habría olvidado de mi premio, lo cual demuestra cómo se puede ablandar una persona si vive con una familia como la de Buñuelo.

**T**ambién me distrajo del tema ver a Ruth Lawrence montar en el autobús una noche, completamente sola. Llevaba una maletita marrón y un abrigo rojo muy raído, y desde la ventana del piso de arriba de la casa de Buñuelo la vi sentada en el tiovivo, esperando al autobús. No fue la maleta ni el hecho evidente de que se iba de viaje o se estaba escapando de casa lo que me impresionó, sino que Buñuelo estaba sentada a su lado. ¿Desde cuándo iban juntas?

Sentí mareo al verlas, como si fuera yo quien estuviera dando vueltas y más vueltas, porque eso era lo que debía haber estado haciendo. En Birch Park había unas normas, y esas normas no incluían que Ruth y Buñuelo se sentaran juntas, hablando como dos amigas y ocultándome secretos como la hoja de papel azul que Ruth le dio a Buñuelo. Confieso que me alegré al ver a Ruth subir a aquel

autobús con matrícula de Yukón y unos frenos que chirriaban tan fuerte que cualquiera se habría imaginado que alguien saldría de casa de las Lawrence a ver qué pasaba, o a decir adiós. Una cortina se movió levemente en la ventana de la cocina, pero eso fue todo. ¿Ni siquiera Lily?

Ya en el autobús, Ruth se puso a mirar por la ventanilla con la vista al frente como si su mayor deseo fuera que el bus arrancara y se la llevara muy lejos.

Después de que el bus se marchara, el padre de Buñuelo salió y se sentó en el ti vivo junto a ella; su silueta voluminosa parecía fuera de lugar en aquel sitio donde solo solían ir niños. Sentí deseos de saber qué decían y cómo era posible que Buñuelo fuera amiga de Ruth y por qué nunca me lo había dicho. El padre de Buñuelo la abrazó, como si la marcha de Ruth Lawrence pudiera ponerlos tristes o tuviera algo que ver con ellos.

Me impactó como un meteorito: en realidad no soy parte de esta familia por muy amables que sean conmigo. Es posible que algún día me manden de vuelta a mi casa.

La mañana siguiente observé a Buñuelo mientras se hacía la trenza. Esperé a ver si me decía qué estaban haciendo ella y Ruth en el ti vivo y qué le había dado Ruth; tenía que haber un buen motivo. Sacó una cinta roja de su caja de puros y entonces vi la notita azul, encajada entre el montón de cintas, como si estuviera custodiada por un pelotón de serpientes rojas deshilachadas. Pero Buñuelo cerró la caja sin decir una palabra.

–Ruth Lawrence se está poniendo fondona –dije.

Buñuelo se ató el lazo al extremo de la trenza sin decir nada.

Por lo general soy una persona imperturbable, como un estanque muy, muy tranquilo, sin una sola onda. Son muchos años de práctica a mis espaldas. Pero como ya os dije, vivir con la familia de Buñuelo me ha ablandado en muchos sentidos. He empezado a bajar la guardia, segura de que nadie va a darme una paliza que me haga ver las estrellas. Ya no son las cosas importantes las que me desarman, sino algo tan simple como que Buñuelo me oculte una tontería de secreto que tenga que ver con Ruth Lawrence. Me siento como si mi mejor amiga hubiera hecho saltar una piedra sobre la superficie cristalina de mi alma.

Si me descuartizarais ahora, encontraríais un montón de olas de envidia rompiendo contra mi esternón.

No me miró al pasar el dedo por el falso indio de su caja de puros.

–Su padre y el mío eran muy buenos amigos –dijo–. Trabajaron juntos por los derechos de los nativos para intentar proteger nuestra tierra y nuestro patrimonio.

Me quedé mirando el ridículo tocado y las largas trenzas negras del indio de la caja de puros. En mi vida he visto a un indio con ese aspecto. Y tampoco había pensado nunca que Ruth y Lily alguna vez tuvieron padres; siempre han vivido

con su abuela.

–Su padre murió en un accidente aéreo –continuó Buñuelo–. Mi padre me dijo que intentara entender cómo se sentían.

Sé cómo me sentiría yo si mi padre muriese en un accidente aéreo: de maravilla. Pero no se lo dije. No dije nada, porque el hecho de que Buñuelo y Ruth tuvieran algo en común me había dejado sin habla.

**E**n verano pasamos cada vez más tiempo fuera de casa, dando vueltas en el tiovivo y hablando del dinero que había ganado, que parecía del Monopoly. Nos inventamos un juego en el que teníamos que imaginarnos todas las cosas que podría comprar con él.

–Podrías comprarte unas botas en los grandes almacenes Sears Roebuck el invierno que viene –sugirió Buñuelo.

–Y calcetines que no estén desgastados por la puntera porque alguien los ha usado antes que yo –añadí.

–Sí –asiente con tristeza, como si nunca se le hubiera pasado tal cosa por la cabeza.

–Y tú, ¿qué comprarías? –le pregunté.

–Quizá un fueraborda nuevo para mi padre. Necesita un motor más potente; el viejo no hizo más que estropearse el verano pasado en el campamento de pesca –respondió–. O una cocina nueva para mi madre.

Pero yo tenía demasiadas cosas en mi lista como para pensar en los demás: botas, calcetines, grandes candados de metal en todas las puertas, y si hubiera una manera de comprar a la familia de Buñuelo para que fuera siempre mía y nunca tuviera que marcharme, gustaría con mucho gusto todo el dinero en eso.

**C**uando la periodista llegó en una camioneta con puertas con paneles marrones, Buñuelo y yo no le hicimos mucho caso. La verdad es que yo no esperaba que siguieran teniendo interés en la Clásica del Hielo; el verano estaba ya bastante avanzado.

Me di cuenta al instante de que era la madre de Selma, porque Selma iba sentada en el asiento del copiloto. Su madre se bajó del coche y se acercó a donde dábamos vueltas perezosamente, pero Selma se quedó sentada, echando el aliento en el cristal de la ventanilla y dibujando garabatos. Se hizo evidente al instante que Selma era adoptada, tal como ella siempre pregona.

Selma no está gorda, pero es rellenita y tiene los tobillos anchos y la cara redonda, mientras que su madre es esbelta y angulosa como si la hubieran dibujado los alumnos de la clase de recuperación de geometría. Nos tendió la mano, que parecía un abanico de ramitas al final de una rama larga y delgada, y le dijo a Buñuelo:

–¡Hola! Soy Abigail Flowers, y tú debes de ser Dora.

Por lo visto, Buñuelo tiene aspecto de haber ganado un montón de dinero y yo no.

Buñuelo sonrió y me señaló con la cabeza.

–Ah –dijo la mujer–. Perdón. Hola, Dora, soy Abigail.

Estreché las yemas de sus dedos huesudos.

–Bueno, ¿ya te apetece más hablar de la Clásica del Hielo? A la gente le sigue interesando conocer tu versión. Sería una maravillosa historia de las que «infunden felicidad». Un cambio agradable después de leer tantas malas noticias, ¿sabes?

Abrió su cuaderno de reportera, tan delgado como ella, y pasó la lengua por la punta del lápiz.

No, no sabía. ¿Un cambio después de leer tantas malas noticias en general, o solo tantas malas noticias sobre nosotros? Me seguía dando vergüenza pensar en cómo el periódico había hablado de mí como la primera chica «nativa» en ganar el bote. ¿Por qué no habían dicho la más joven y ya? ¿Y ahora querían que yo fuera la imagen conmovedora de una historia que «infundiera felicidad»? Me habría reído si le hubiera encontrado algo de gracia.

Miré a Selma, sentada en el coche, y me pregunté cómo sería vivir en una casa donde te preguntan cómo te sientes y en qué estás pensando. ¿Quizá por eso Selma no para de parlotear sobre su vida?

Me alegré de que siguiera en el coche, pero entonces caí en la cuenta de que el único motivo de que no se hubiera bajado era que Ruth era la única razón de que Selma viniera a esta zona. Si Buñuelo sabía adónde se había ido Ruth, nunca lo había dicho. Lily dijo que Ruth había ido a ver a su familia de Canadá, pero eso es un montón de mierda. Todo el mundo sabía lo que le pasaba a Ruth, excepto quizá su propia hermana, porque si su abuela hubiera dicho que Ruth se había ido a vivir a la Luna, Lily y probablemente Bunny también se lo hubieran creído.

Cuando la madre de Selma me pidió que le describiera cómo me había sentido al ganar la Clásica del Hielo, lo que sentí fue que no era asunto de su incumbencia. Si me hubiera descuartizado, se habría sorprendido al ver que no había billetes colgando de mis clavículas y aleteando entre mis costillas.

Al final, no dije nada, porque la entrevista fue interrumpida por una furgoneta blanca que entró a toda velocidad en el aparcamiento entre chirridos de frenos y

una nube de polvo que se esparció en todas direcciones. Tenía la defensa torcida formando un ángulo –como la media sonrisa de un borracho–, e incluso antes de que se abriera la puerta supe quién iba a dejarse caer de aquella furgoneta. Y así lo hizo, todavía vestido con el mono naranja del Centro Penitenciario de Fairbanks. Sabía que algún día saldría de la cárcel y, por supuesto, tenía que ser en aquel momento, porque, al fin y al cabo, así es mi vida.

Buñuelo puso cara de terror. Abigail Flowers, de sorpresa. Desde dentro del coche con los cristales empañados, Selma solo puso cara de susto.

–¡Dora, ven aquí! –gritó al detenerse a escasos metros de nosotras y mirando el cuaderno que la madre de Selma tenía en la mano.

Vi un leve gesto en la cara de la mujer, como si lo hubiera reconocido. Lo más probable es que fuera la misma reportera que cubrió la noticia del tiroteo de mi padre en el Sno-Go. Tampoco es que en Fairbanks vivan millones de periodistas. Ella debía de saberlo todo sobre todo el mundo. ¿A eso se refería cuando habló de escribir una historia de las que «infunden felicidad»? Sí, si le damos un giro: la chica cuyo padre se lio a tiros en el Sno-Go resultó ser la ganadora de la Clásica del Hielo.

–Señor Peters –dijo, y en ese mismo instante supe que había ido demasiado lejos. Pretendía ser cortés, pero sus labios dibujaron un mohín al pronunciar la palabra «señor» como si se estuviera burlando de él–. No querrá violar la libertad condicional en su primera hora fuera de la cárcel, ¿no?

–¡Apártese de mi hija! –gritó.

Pero en vez de alejarse, como haría cualquier persona sensata, la mujer se volvió para situarse entre mi padre y yo, y también Buñuelo, como si su cuerpo huesudo pudiera protegernos a las dos.

Los ojos aterrorizados de Selma no parpadeaban mientras contemplaba la escena desde el interior del coche.

–No me obligue a llamar a la Policía –advirtió Abigail.

–No, no se preocupe –dije, intentando hacerme a un lado. Cualquiera pensaría que una periodista por lo menos conocería las reglas. Si llamaba a la Policía, las cosas se pondrían para mí peor de lo que estaban.

–Bien, Dora, ¿qué creías? ¿Qué te ibas a quedar todo ese dinero para ti sola? –me espetó mi padre.

Por el rabillo del ojo vi salir de casa al padre de Buñuelo. Se dirigió derecho hacia mi padre con la mano tendida para saludarlo, como si de verdad se alegrara de verlo.

–Bienvenido a casa, Tumbo; vamos a hablar tranquilamente al café.

–Si esa puta que tengo por hija se cree que va a acaparar todo ese dinero...

El padre de Buñuelo hizo una mueca de desagrado al escuchar la palabra

«puta», pero le puso una mano en el hombro a mi padre como si fueran colegas de toda la vida y le dijo:

–Vamos a hablar del asunto con los hermanos.

Todo el mundo en esta ciudad se refiere al café Hermanos Hills como «los hermanos». Pero estoy segura de que mi padre habría preferido algo más fuerte. Debía de tener sed atrasada si de verdad acababa de salir de la cárcel.

A su espalda, el padre de Buñuelo nos indicó con un gesto de la mano que entráramos en la casa. No hizo falta que me lo repitiera dos veces.

**S**alimos para el campamento de pesca de la familia de Buñuelo aquella misma noche, en cuanto volvió su padre. Nadie le pregunta dónde está mi padre ni qué ha pasado; cargamos todo en la ranchera y emprendemos el viaje en medio de la noche, bajo una luz brillante de color fuego, dejando atrás las Montañas Blancas para dirigirnos al enorme río Yukón.

Nadie dice una palabra sobre mi padre, la furgoneta blanca o las preguntas que me hizo la madre de Selma. Nos alejamos cada vez más rumbo al norte por aquella carretera de un solo carril que sube y baja como una montaña rusa bajo la cual el suelo se ha congelado y derretido –como todos los años–, cuarteando el asfalto que necesita ser reparado cada verano.

Respiro más tranquila con cada mojón de la carretera que nos indica que nos vamos alejando kilómetro a kilómetro. Para la mayoría de la gente, esos números simplemente marcan la ubicación de alguna cabaña, o de alguna mina de oro, o el lugar donde un día cazaron un alce. Pero para mí significan que la distancia entre mi padre y yo es cada vez mayor.

Después de un viaje de cuatro horas hasta la orilla del Yukón, trasladamos todo el equipaje al barco que el padre de Buñuelo deja allí cada otoño; retiramos la lona que lo cubre, ya no tan blanca, y la sacudimos para librarla de la suciedad que se ha acumulado a lo largo de todo el año. Un montón de barcos ya han abandonado sus amarres de invierno para dirigirse río arriba, como hacen los salmones.

En ambas direcciones del Yukón, los molinos de pesca jalonan el río como si fueran atracciones de feria en miniatura, con enormes palas cóncavas hechas de malla de alambre que giran con la corriente. Buñuelo me ha contado que no hay nada más excitante que meter la mano en la jaula y sacar un salmón sujetándolo por la boca.

El padre de Buñuelo está manipulando el motor y su madre nos reparte pan de marinerito untado con mantequilla de cacahuete. Son las dos de la madrugada,

pero estamos despiertas y espabiladas, saltando entre las rocas bajo el sol de medianoche, entusiasmadas con la idea de botar el barco. Recuerdo que Buñuelo me contó una vez que su padre necesitaba un motor más potente para este barco y espero que logre llevarnos río arriba, sobre todo con una persona más a bordo.

Buñuelo me mira como si me leyera el pensamiento.

–Mi padre es capaz de lograr que este chisme funcione tan solo con cinta de embalar y grasa de oso, no te preocupes –asegura.

Buñuelo y Bunny se sientan encima de los bidones de gasoil de veinte litros, pero como soy la invitada me ceden el sitio para que me instale encima de la carga; bolsas de basura llenas de mantas y abrigos y cosas más irregulares como ollas, cazuelas y una sartén de hierro forjado. Se ríen cuando de repente exclamo «¡Ay!», y palpo debajo de donde estoy sentada para sacar el hacha de cortar leña.

Alzo la vista hacia los halcones peregrinos que anidan en lo alto de los acantilados cuando arrancamos río arriba. El recuerdo de mi padre se desvanece poco a poco, entra y sale de mi mente como los puntitos negros que nos sobrevuelan. Debemos navegar muchas horas hasta llegar a la parte alta del río y me las paso durmiendo; más horas de las que he dormido de un tirón desde hace años.

Cuando el motor se apaga me despierto a tiempo de ver a Buñuelo pisando con cuidado la parte menos honda del río con sus botas de goma para acercar el barco y amarrarlo a una píceca rojiza. La madre de Buñuelo gana la orilla inmediatamente; parece una ardilla de cola poblada cuando recoge ramitas y madera caída para encender una fogata.

Bunny está intentando descargar las bolsas de basura sobre las que he estado durmiendo; tira de ellas y me empuja. Caemos rodando y empezamos a pelearnos en la cubierta de la embarcación hasta que Buñuelo se pone a balancearla de un lado a otro y amenaza con tirarnos al agua. En ese momento, la vida parece fácil y relajada, riéndome con Bunny tan lejos de Fairbanks.

De repente todo el mundo se afana en realizar distintas tareas: barrer caca de ratón y de conejo de la plataforma de madera donde vamos a montar la tienda, cortar leña y montar la tienda sobre postes de madera, armar los secaderos de pescado y poner la cafetera al fuego llena de «hermanos». Cada uno debe cumplir una función, incluso yo.

Mis padres jamás se molestaron en almacenar salmón para el invierno. El padre de Buñuelo siempre fue generoso y traía pescado a todo el mundo en Birch Park, así que cada vez que el tema salía a colación, mi madre se encogía de hombros y decía: «¿Para qué trabajar tanto?». Pero no parece trabajo.

Parece formar parte de una familia.

## No preguntes, no cuentes nada

*Alyce*

El día que nos adelantó el transbordador, yo fui la única persona que vio al muchacho caer por la borda entre el grupo de orcas. El barco no hizo ademán de virar; nadie pareció percatarse en cubierta. Yo nunca había echado al mar al *Pelícano* sola, pero la adrenalina es un buen estimulante.

Como también la pura suerte. Papá estaba ocupado hablando por la radio – tarea que requiere toda su concentración– y el tío Gorky estaba en la sala de máquinas; por eso ninguno de los dos me vio forcejeando con los cabos del *Pelícano* para desamarrarlo del puente volante, bajarlo a cubierta y echarlo al agua. No había tiempo para pensar, para hablar ni para pedir permiso. Cuando por fin me vieron, yo ya estaba remando en mi lancha neumática en dirección a las ballenas. No tengo ni idea de lo que pudieron pensar. Lo que sí sé es lo que pensaba yo: por favor, por favor, por favor, que no sea demasiado tarde.

Y entonces apareció en la superficie un chico de mi edad, aunque desde aquel ángulo era difícil asegurarlo. Estaba flotando bocabajo y logré alcanzar una manga empapada de su abrigo de cuadros. No llevaba chaleco salvavidas, así que me chocó que se mantuviera a flote, sobre todo porque estaba inconsciente. ¿O estaría muerto? Quizá sí era demasiado tarde. Fue entonces cuando empecé a arrepentirme de no haber llevado conmigo por lo menos al tío Gorky.

Tiré de él, pero pesaba tanto que no podía subir su cuerpo a la lancha, y me empezó a invadir el pánico por momentos.

–Venga, idiota –murmuré, como si los insultos logran lo imposible, y de pronto no solo el brazo, sino el resto de su cuerpo se volvieron sorprendentemente ligeros. Me caí de espaldas en el *Pelícano* y el chico aterrizó a mi lado como si hubiera subido sin ayuda.

Pero no se movía. Un fuerte gruñido y una especie de chasquido cerca de la lancha llamaron mi atención. Me volví y vi el morro negro y brillante de una

ballena, tan cerca que hasta pude olerle el aliento.

–¿Fuiste tú quien me ayudó? –susurré.

Bajo mi mano, el tacto de su morro frío y suave parecía de mantequilla. Me quedé tan fascinada que casi llegué a olvidarme del cuerpo inconsciente que tenía al lado hasta que la orca dio un empujoncito al costado del *Pelícano* y me hizo virar para colocarme de frente al *Calamar*, que ya se dirigía hacia nosotros. En efecto, en ese momento me di cuenta de que el chico, con el pelo húmedo pegado al cráneo, tendría mi edad. Sus rasgos estaban marcados como los de un dios romano de los mares y mostraban una expresión de placidez, no de haber estado pugnando por salir del agua. Había oído un montón de historias horripilantes sobre cuerpos que devuelve el mar, pero este no era en absoluto así. No estaba pálido ni desvaído, ni mutilado ni cubierto de sangre. Y no volveré a repetir esto, porque me impactó –tanto su aspecto como pensarlo, cuando aún era presa del pánico, remando y tan cerca de una orca–, pero aquel chico era guapo.

Sumergí los remos en el agua y la orca volvió a empujar el costado del *Pelícano* con la fuerza suficiente como para dejarme oír el roce de su morro liso contra la goma de la lancha, y a continuación la enorme ballena desapareció bajo la superficie. Logré ver la mancha clara en el lomo –la silla de montar– y me pregunté cómo sería cabalgar sobre ella, aunque sabía que pensarlo era perder un tiempo precioso. Me puse a remar con fuerza.

Mi adrenalina seguía fluyendo, pero mi padre estaba visiblemente alterado cuando él y mi tío subieron al chico inconsciente a la cubierta del *Calamar*. Amarró el *Pelícano* a la popa con un nudo tan flojo que tuve que hacerlo de nuevo para que no se fuese a la deriva.

Observé cómo mi padre presionaba el pecho del chico y le hacía el boca a boca, y durante todo el tiempo no fui capaz de dejar de pensar cómo la orca pareció ayudarme empujando el cuerpo del chico para sacarlo del agua e impulsarlo hacia la lancha. Al verlo tendido sobre la cubierta, me pregunté si al final moriría. Tenía las piernas largas flexionadas bajo el cuerpo; estaba descalzo, a excepción de un calcetín rojo en el pie izquierdo. No llevaba zapatos.

Por fin comenzó a tener arcadas y a expulsar y a escupir algas y agua salada hasta que pareció que todo el océano había anegado la cubierta. El nudo que se me había formado en la garganta por miedo a que estuviera muerto se desató al verlo atragantarse y respirar a boqueadas. Y después ambos empezamos a respirar con normalidad. Pasados unos minutos, el tío Gorky lo llevó a la litera grande, donde lleva dos días.

Mi tío insiste en que lo dejemos dormir.

–Déjalo tranquilo, Alyce –dice.

Pero yo quiero estar allí cuando abra los ojos. No puedo apartar de mi mente

la imagen de aquella orca que me miraba fijamente con su enorme ojo negro como si quisiera decirme algo. Pero no es el tipo de cosa que le contaría al tío Gorky: «La orca y yo hicimos un trato y necesito mirar a este chico a los ojos cuando despierte. Es una especie de promesa».

Sí, ya, claro. Con mi padre y mi tío tengo ese tipo de conversaciones todo el tiempo.

**P**ero cuando por fin despierta, es evidente que no se muestra feliz ni agradecido ni nada de lo que yo había supuesto. Si acaso, desilusionado. Me da vergüenza estar tan cerca de su cara, con la barbilla apoyada en el borde de la litera.

—¿Dónde están las orcas? —es su única pregunta, pero su voz suena como si todavía estuviera bajo el agua y me doy cuenta de que le escuece la garganta al hablar. Cuando tose emite exactamente el mismo sonido que las orcas aquel día que me despertaron cuando estaba en el puente volante. ¿Quizá en realidad no quería que lo rescatasen? Ha levantado un muro entre él y nosotros que parece inexpugnable. Hacerle preguntas parece de mala educación. Por ahora lo único que me permite es ayudarlo a incorporarse para que pueda beber agua a pequeños sorbos. Huelo el mar en su pelo, pero después vuelve a tumbarse y cierra los ojos. Está claro que quiere que lo dejemos en paz.

Después mi padre le lleva una taza de té y me siento en la trampilla del castillo de proa a escuchar a escondidas pese a la mirada reprobatoria del tío Gorky. Papá derrama un poco de té al bajar la escalerilla, y lo oigo decir «Mierda» en ese tono que tanto me hace reír porque carece totalmente de emoción, ¿qué más da? Me recuerda a mamá cuando se queja de que papá actúa con indiferencia, como si fuera algo malo. Si me tumbo bocabajo, puedo mirar el interior del castillo de proa y verlos de refilón. Papá incorpora la cabeza del chico y le lleva la taza a los labios mientras dice «Cuidado, puedes quemarte», como si el riesgo de nadar en pleno océano no fuera nada comparado con la peligrosísima actividad de beber té caliente en un barco.

—¿Quieres hablar? —le pregunta.

El chico hace un gesto negativo.

—Ya me parecía.

Veo que esta conversación no va a llevarnos a ninguna parte.

—Me llamo George —dice, y acto seguido se levanta para dirigirse de nuevo a la escalera.

—Sam —dice el chico—. Me llamo Sam.

Veo que mi padre se vuelve hacia él y hace un gesto de aprobación con la

cabeza. Luego hace una pausa y decide que conviene mencionar una cosa más.

–He contactado con Marine Highway, la compañía de transbordadores, y dicen que no falta nadie en la lista de pasajeros.

Sam se queda mirando mis zapatillas de ballet, colgadas del clavo, y noto que me estoy poniendo colorada.

–Tú descansa tranquilo –dice mi padre–. Si no tienes prisa en que te llevemos de vuelta, sería perfecto terminar la temporada del salmón real. Queda semana y media y no puedo permitirme no aprovecharla. ¿Te parece bien?

Sam asiente en silencio.

No sabía que mi padre había llamado al transbordador, y no puedo evitar preguntarles a él y al tío Gorky por qué no se molestan en averiguar algo más cuando les dicen que Sam no figura en el registro de pasajeros. Sé que iba en ese barco; yo lo vi.

Papá se explaya un poco más de lo habitual cuando me responde con decisión que él no mete la nariz donde no le importa. Empiezo a entender a mi madre cuando dice que papá actúa con indiferencia. ¿Rescatamos a un chico en pleno océano y va a seguir pescando como si nada?

–¿Aún no has aprendido la ley del mar, Alyce? –me pregunta el tío Gorky–. No preguntes, no cuentes nada.

–Pero tiene mi edad –protesto.

–No importa. Si alguien intentara desentrañar los secretos de este océano, no habría límite de edad. Y si me lo preguntas, te diré que sería como abrir la caja de Pandora. Si alguna vez se hunde este barco, ¿crees que esas zapatillas de ballet que tienes ahí colgadas no serían un misterio para alguien?

Mi tío siempre sabe cómo hacerme callar. No quiero hablar de mis zapatillas.

Pero desde que Sam está a bordo del *Calamar* apenas me he vuelto a acordar del ballet. Unos días después, por fin sube a cubierta a echar una ojeada. Está tan pálido y tan delgado que no creo que papá quiera asignarle ninguna tarea. Pero me pregunta con calma cómo funcionan las cosas en un barco. Me siento como si estuviera leyendo un inventario de aparejos.

–Esta es la encimera donde se limpia el pescado –le explico mientras rebano el cuello de un salmón real, lo cual provoca en Sam una mueca de desagrado. La verdad es que estoy tratando de impresionarlo–. Lo siento. Solo impresiona la primera vez. ¿O ya has salido a pescar más veces?

Hace un gesto negativo.

–Mi padre sí salía –dice.

Pero entonces vuelve a alzarse entre nosotros ese muro inexpugnable. Vale, no hagas preguntas sobre su padre, me digo.

–¿Vas a contarme por lo menos qué hacías en el transbordador? –continúo,

procurando que no parezca que estoy fisgoneando.

Suspira.

–Mis hermanos y yo íbamos de polizones.

–¿En serio? –Ahora soy yo quien está impresionada.

–Por favor, no se lo cuentes a tu padre –me ruega–. Creo que si los descubren podrían detener a mi hermano mayor.

–Pero deberíamos avisarles de que te encuentras bien, ¿no te parece?

–Me imagino que es probable que Hank haya visto que tú me rescatabas y sabrá que estoy bien. Estará ideando la manera de ponerse en contacto conmigo sin que las autoridades se enteren. Y probablemente estará furioso.

–¿No estará simplemente preocupado?

–No, Hank no. Ahora actúa como si fuera nuestro padre, y yo siempre la estoy liando. Le encanta lo de estar al mando.

No me mira a los ojos y continúa:

–Estoy seguro de que sabe que estoy bien; solo estará intentando encontrar la manera de ponerse en contacto conmigo.

Parece una posibilidad remota, pero tengo más preguntas.

–¿Y por qué os escapasteis?

–¿Y por qué eres tan entrometida?

–Simple curiosidad –digo con la sensación de haber recibido una bofetada–. Fui yo quien te salvó, ¿recuerdas?

–Gracias –farfulla, aunque no suena a auténtico agradecimiento.

Podría decirle que no vi a nadie en la cubierta del transbordador y que dudo que su hermano sepa que está bien. Pero si cree que soy una entrometida, allá él. Me lo guardaré para mí.

Poco a poco, Sam comienza a ocuparse de tareas sencillas como pasarle al tío Gorky el pescado para que lo meta en la bodega o limpiar la cubierta con la manguera al final del día. Papá le enseña cómo funciona la pesca con caña y le explica que las campanitas del extremo superior avisan si un pez grande ha mordido el anzuelo. Yo ni me acuerdo de cuándo aprendí todo eso. Quizá nunca, porque nací en el barco, así que todo eso formaba parte de ser persona, como aprender a hablar, andar o respirar.

El momento en que papá empezó a ver a Sam como otro par de manos para trabajar fue probablemente el día que se levantó un viento tremendo sin que nadie lo esperase y Sam corrió al estabilizador de cubierta, desató la cadena y tiró el lastre por la borda como si llevara toda la vida haciéndolo. Los

estabilizadores son unos lastres muy pesados atados a una cadena y cuesta mucho volver a izarlos. Papá evita utilizarlos hasta que el mar está tan picado que el barco empieza a girar sobre sí mismo como un juguete diminuto en una enorme bañera. Observo a papá mirando a Sam y empiezo a considerar que algún día será capaz de izar su propio peso, a pesar de lo flaco que está.

Los días comienzan a sucederse sin que apenas se note cuándo termina uno y cuándo empieza el siguiente, y Sam y yo tomamos por costumbre sentarnos en el puente volante al final de cada día. A veces hasta se olvida de levantar el muro inexpugnable y consigo enterarme de alguna cosa más sobre él. Tiene dieciséis años y le gusta la poesía. Su hermano pequeño se llama Jack y tiene catorce, además de lo que Sam llama «un sexto sentido».

—A veces resulta extraño —dice—, parece que percibe cosas que no siente nadie más.

Me doy cuenta de que se acuerda mucho de sus hermanos, pero no he vuelto a hacerle ninguna pregunta directa desde que me llamó entrometida, y sigo fiel a la promesa de no contar nada a mi padre.

Al final también le cuento cómo el *Pelícano* le salvó la vida. Toca el costado de goma de la lancha hinchable y agradezco que no se eche a reír cuando le digo que fue su salvadora. Pero ya no veo al *Pelícano* igual que antes. A simple vista no es más que una lancha vieja y desgastada, sobre todo ahora que Sam está sentado a su lado. Miro los parches de cinta de embalar y la goma decolorada, que ya es casi blanca en algunas zonas por efecto del sol o del océano o del paso del tiempo.

—¿Había alguien más contigo? —me pregunta—. Aparte de las ballenas, quiero decir.

Pienso en la manera en que me miró la orca, en su forma de guiñarme el ojo, como si entre nosotras existiera alguna complicidad. Pero aún no sé cuánto puedo contarle a este chico que está comenzando a provocarme flojera de piernas. Me digo que se debe simplemente al balanceo del barco, pero estoy segura de que el tío Gorky no opinaría lo mismo. He visto cómo nos mira, como si fuésemos un rompecabezas que hay que completar. No sé de qué forma completar a Sam, porque si es un rompecabezas, faltan varias piezas que no parece tener prisa por proporcionarnos.

—No, solo las ballenas —respondo, y parece desilusionado. Más o menos es la verdad, pero no toda la verdad. Me temo que debo de parecer boba, y no quiero que deje de hablarme.

Cuando bajamos de nuevo a cubierta, hacemos un alto en la proa, donde las voces de mi padre y del tío Gorky se filtran por el ojo de buey. Deben de haberse olvidado de que está abierto, porque están hablando de Sam.

–¿Se lo vas a decir? –pregunta mi tío.

–No sé qué sentido tendría ahora –responde papá.

–Al menos deberías decirle que sabes quién es.

–Y luego, ¿qué? ¿Obligarlo a volver cuando es evidente que estaban huyendo de algo?

–¿Y sus hermanos?

–Lo que yo supongo es que iban todos en ese transbordador, probablemente como polizones. Ahora ya no estarán a bordo aunque hayan conseguido llegar a Seattle.

–Se lo debes a Martin.

No tengo ni idea de quién es Martin, pero Sam sí. Sus mejillas palidecen. Vuela al puente de mando y lo sigo pisándole los talones.

–¿Conoce a mi padre? –pregunta, lo que provoca que mi padre y mi tío se sobresalten y derramen el té–. Mi padre se llama Martin. ¿Lo conoce?

Papá deja su taza encima de la mesa y se pone en pie.

–Sam, conocí a tu padre. Y sé que murió en el *tsunami*.

–¡No! –grita Sam–. ¡No está muerto! ¡No está muerto! Está nadando con las orcas.

Parece un niño pequeño, no un chico de dieciséis años, y sentiría vergüenza ajena si no hubiera visto cómo la orca le ayudó y si no hubiera sentido lo que sentí al tocar aquel morro negro y frío. En el momento en que Sam pronuncia esas palabras absurdas lo entiendo todo. Su manera de mirarme cuando recuperó el conocimiento, su desilusión por haber sido rescatado. Sam se deja caer al suelo, como cuando se ha perdido toda esperanza y nunca, nunca se podrá recuperar.

Papá y el tío Gorky desvían la mirada hacia las manchas de grasa incrustadas en el suelo de la cocina y hacia el mar silencioso al otro lado del ojo de buey; hacia todas partes excepto hacia Sam. No sé cuánto tiempo piensan dejarlo así –quizá para siempre–, pero no puedo soportarlo.

Me siento en el suelo y lo envuelvo en un abrazo mientras hunde la cara en mi hombro y me empapa de mocos y lágrimas.

–Quizá debería buscar a mis hermanos –le dice finalmente a mi padre, como si su recuerdo fuera un salvavidas naranja, algo tangible a lo que aferrarse en

medio de una tempestad.

Sin apartar la vista del océano, papá se limita a asentir con un gesto.

–Los encontraremos –dice.

Más tarde, Sam y yo estamos en el castillo de proa, y aunque está oscuro como la boca de un lobo, me doy cuenta de que no está dormido. He dejado que se quede con la litera grande, porque parecería una necedad pedirle que me la devuelva, así que ocupo la hamaca que era mi cama cuando era mucho más pequeña; es como dormir en un saco momia con los brazos pegados a los costados.

–¿Sam? –susurro.

–¿Mmm?

–¿Te acuerdas de cuando me preguntaste por las ballenas? Bueno... –hago una pausa–, estoy casi segura de que la orca me ayudó a salvarte.

Apenas lo oigo respirar.

–Eso pensé yo también al principio –dice–, como si me dijera que me desprendiera de los zapatos y me fuera nadando con ella. Sentí como si me estuviera protegiendo.

–Quizá lo hizo –asiento mientras pienso en el morro suave y liso de la orca y en su ojo tan grande y redondo como una bola de chicle gigante.

–No creo –responde el chico, como si de pronto tuviera cien años más–. Pero gracias por no reírte de mí.

–No llevabas zapatos –insisto como si eso demostrara algo, pero ya ha cerrado la puerta a esa idea. No contesta y lo oigo darse la vuelta en la litera grande, algo casi imposible en mi reducida hamaca.

Me quedo dormida y sueño que soy un cangrejo ermitaño que vive constreñido en el dedo de una bota marrón en el fondo del océano azul intenso.

## Que alguien se fije en ti

### *Hank*

¿Os acordáis de cuando mi madre dijo: «Espera a que el mundo se hunda bajo tus pies»? Pues resulta que el mundo tiene muchos fondos.

Durante los dos días siguientes, Jack y yo conseguimos movernos por el *Matanuska* sin Sam, pero seguimos buscándolo por todas partes. Cuando los minutos se convierten en horas, la certeza de que Sam ya no se encuentra a bordo escuece en el pecho y hiere mi corazón y mis pulmones hasta que se me hace difícil respirar hondo. Encontramos su anorak en uno de los botes salvavidas, en un costado del transbordador, agitándose al viento como un ala marrón separada de su cuerpo. Ahora Jack duerme con él todas las noches, con la cara hundida en la pana áspera, como si en ella se encontraran todas las respuestas. Aspira el olor de Sam, creyendo como solo Jack puede creer que nuestro hermano va a aparecer, que está vivo en alguna parte.

La única persona que quizá pudo haber visto adónde fue Sam abandonó el barco dos paradas atrás, en un pequeño puerto del sureste, bajo una lluvia torrencial. La mujer de las gallinas bajó renqueando la rampa de metal, flanqueada por dos trabajadores del transbordador vestidos de naranja, y el pelo al viento de la señora les golpeaba en la cara hasta que la lluvia consiguió dominarlo y se le quedó pegado al cráneo. Parecía un pajarillo herido cuando contemplaba cómo cargaban la jaula de sus preciadas gallinas en una vieja camioneta Toyota. Me di cuenta de que prefería que sus gallinas viajaran en la cabina, a resguardo del mal tiempo. Una pareja joven se bajó del vehículo y la abrazó sin fijarse en que la mujer llevaba una bolsa de basura a modo de impermeable.

Quizá el hombre que la recogió fuera su hijo; estrechó la mano de la tripulación que estaba al cargo de los coches como si fueran viejos amigos, pero al escucharlos hablar en voz baja me enteré de que la mujer figuraba en una lista

de personas desaparecidas. Lo oí por casualidad mientras Jack y yo estábamos escondidos en un bote salvavidas cercano; utilizamos los mullidos chalecos naranjas a modo de almohadas. Se suponía que debía estar en un centro para enfermos mentales, pero de alguna manera se las ingenió para escaparse sin que nadie se diese cuenta. A Jack se le partió el corazón al escuchar que nadie se había dado cuenta. Y se disgustó mucho cuando le advertí que deberíamos mantenernos a distancia para que no nos relacionaran con una persona desaparecida. Pero mientras la mujer se montaba en el camión azul, le susurré:

–¿Qué vio? ¿De verdad se cayó por la borda?

La portezuela se cerró de un golpe y, en aquel instante, cualquier atisbo de esperanza de saber qué había pasado en realidad se escapó como se escurre el agua al retorcer una bayeta.

Desde entonces, la situación entre Jack y yo se hizo más tensa.

–He soñado con Sam –me dice.

Yo finjo no haberlo oído.

–Era un sueño con mucha acción –continúa–, con un barco y unas ballenas.

Sigo sin decir nada.

–Olía a té y a flores –prosigue.

–Las flores traen mala suerte en un barco.

–Pues olía muy bien, como a lilas.

No respondo.

–Quizá deberíamos pensar en volver, por si acaso Sam nos está buscando – sugiere en tono vacilante.

Su optimismo inagotable me crispa los nervios. Antes me producía ternura, pero ahora me trae a la memoria todo lo que hemos perdido y apenas me siento capaz de soportarlo.

–Ha desaparecido, Jack, así que quítatelo de la cabeza.

Se envuelve en las mangas vacías del anorak marrón de Sam, como si este lo estuviera abrazando, y no dice nada. He perdido un hermano, y el otro se está deshaciendo ante mis propios ojos. Aunque tenga miedo de perderlo también a él, me da la impresión de que no puedo evitarlo. No sé cómo idear otro plan sin saber dónde está Sam. Y sin un plan B, me atengo al original, lo cual sé que provoca frustración en Jack.

Además, cree que no me he dado cuenta de su pequeña relación particular con el vigilante nocturno. Pero los he visto. Cuando el vigilante hace la ronda, su llavero grande y pesado tintinea contra sus pantalones azules, y noto que el cuerpo de Jack se tensa como el de un gato. Se miran a los ojos y me pregunto qué le pasa a mi hermano. Una parte de mí desearía sacar la bandera blanca y rendirse, renunciar a ser «el hombre de la familia», porque se me ha dado fatal.

Pero incluso hacerlo consumiría energía, y solo me queda la necesaria para seguir moviéndome cada dos horas, cambiando de sitio cada vez que me asalta el recuerdo de Sam.

Hemos dormido como patatas fritas bajo las estufas del solárium, en los botes salvavidas utilizando los chalecos como almohadas, debajo de la escalera cerca de la cubierta de los coches y ahora en la pequeña zona de juego con el inmenso Lego de plástico, que se ha quedado solo porque son las tres de la mañana. Parece que ha habido padres que dejaron a sus hijos allí y se fueron al bar. Por lo menos es lo que se deduce de los anuncios que se oyen por los altavoces al menos un par de veces al día: «Los padres de una niña de cuatro años vestida con una cazadora vaquera de Mickey Mouse, por favor, diríjense a recogerla al área de juegos del segundo nivel».

Por ahora somos los únicos que estamos aquí, durmiendo encima de unas gruesas colchonetas azules, bajo un letrero que dice «NO DEJEN A SUS HIJOS SIN VIGILANCIA EN EL ÁREA DE JUEGOS».

El vigilante nocturno lleva un contador en la mano al que ya me he acostumbrado. Seguro que tiene que accionarlo cuando termina de inspeccionar una zona del barco –como si fuera una especie de registro–, así que he oído sus chasquidos desde casi todas las partes del barco. Noto que Jack se relaja, como si el marcador lo reconfortara. Parece preocuparle que quizá, como ocurrió con la mujer de las gallinas, nadie se haya dado cuenta de que nos hemos ido. Ni siquiera la gente de la que intentamos escapar. Imagino que oye los pasos del vigilante y después *clic, clic*, alguien se ha fijado en nosotros, dos chicos solos; *clic, clic*, alguien nos ve; *clic*, a alguien le preocupa; *clic*, alguien enciende la luz. *Clic, clic*.

**D**esperto solo en la zona de juegos y mi primer pensamiento es que Jack se ha hecho un Sam. *Chas*. Ha desaparecido.

Cuando lo encuentro en la cantina jugando a las cartas con el vigilante nocturno, me siento tan aliviado que soy incapaz de decir nada. Las fichas del tablero están hechas de dientes de morsa, exactamente igual que las que tenía mi padre. Si mi padre no hubiera desaparecido, quizá Sam también seguiría a nuestro lado.

Es demasiado difícil no perder de vista a tus hermanos si tienen tantas ideas propias. Son como globos de helio. Llega un momento en el que no te queda más remedio que soltar la cuerda y decir «Hala, vete; adiós, buen viaje», que tiene que ser mucho más fácil que estar preocupándose todo el tiempo de si estás

tensando demasiado la cuerda y al final el maldito globo acabará estallando. ¿Sería eso lo que ocurrió con Sam?

Tomo asiento al otro lado del tablero. Jack evita mirarme a los ojos.

–¿Ya has aprendido a contar tus puntos? –le pregunto, y trato de aparentar naturalidad, aunque mi corazón sigue en el área de juegos, latiendo como el de un conejillo aterrorizado; al no obtener respuesta, añado dirigiéndome al vigilante–: Nunca ha sido capaz de pillar el tranquillo a los puntos.

–Lleva la cuenta bastante bien –responde el hombre.

Tiene la cara surcada de pliegues como un mapa; lleva tantos años trabajando con barcos y al aire libre que se ha arrugado en los lugares más previsibles.

Sonríe y me tiende una mano ancha y curtida para que se la estreche.

–Soy Phil –se presenta.

Después vuelve a concentrarse en el juego.

Jack sujeta las cartas delante de la cara como si fuera a hacer un truco y desaparecer. ¿Cuánto tiempo lleva escapándose a escondidas para jugar a las cartas con Phil?

–Entonces, ¿se acabó la aventura? –pregunto–. ¿Nos hemos metido en un lío?

Estoy tan cansado que si Jack quiere que nos entreguemos, terminaría con este asunto de una vez para poder tumbarme a dormir aquí mismo, en esta cabina. Lo único que quiero es acurrucarme entre patatas fritas diseminadas, envoltorios vacíos y olor a botas de goma, y pasar mil años dormido.

Phil echa una carta, mueve una ficha y no me mira.

–Hace años fui práctico del puerto de una pequeña ciudad pesquera –dice, afable–. Una noche, en los lavabos del puerto, encontré a una niña recién nacida. No tendría más de dos días, como mucho. Aún llevaba el pequeño cordón umbilical arrugado y colgando del ombligo; ni siquiera se le había desprendido. Estaba prácticamente azul, desnuda, tirada en el lavabo de acero inoxidable.

Jack me mira y alza una ceja, pero me pregunto adónde quiere ir a parar con esa historia tan extraña.

–La envolví en toallas de papel y mi anorak, que no abrigaba demasiado, pero estaba muy fría y tuve miedo de que no sobreviviera; imagino que fue como tener un piloto automático. Quizá estaba demasiado impactado. No es lo que uno espera encontrarse. Te toca –le indica a Jack, como si fuera la típica conversación trivial que se mantiene durante una partida de cartas.

–¿Qué pasó? –pregunto con un hilo de voz, temiendo que responda que la niña murió.

–Para abreviar, era dura como una roca y espabiló enseguida, en cuanto conseguí que entrara en calor. Por supuesto, el caso salió en las noticias e

intentaron dar con las personas que la habían abandonado, pero no hubo suerte. Terminó yéndose al norte con una buena familia. Ahora tendrá más o menos tu edad. –Me señala con un gesto de cabeza–. Quizá algo más joven. Sobrevivió al hecho de que fuera yo quien la encontrara, que no sabía nada de bebés, a la manta áspera de lana que finalmente encontré para calentarla, y a haber sido abandonada. Fue una niña milagro.

Mira el reloj.

–Tengo que continuar con la ronda –dice a Jack–, así que si te parece interrumpimos la partida hasta dentro de un rato. Nada de hacer trampas mientras esté fuera.

–¿Sigue en contacto con ella? –pregunta mi hermano, y el hombre vuelve a sentarse.

–Le perdí la pista –responde con una nota de tristeza en su voz–. Por su propio bien –añade–, por si no quiere que nadie le recuerde lo peor que le pasó en la vida.

–Quizá fue usted lo mejor que le pudo pasar –comenta Jack, incapaz de no ser fiel a sí mismo. Pero su optimismo me hiere el corazón, pues vuelve a recordarme que hemos perdido a Sam.

–¿Y qué va a pasar con nosotros? –no puedo evitar preguntar. Estoy ya muy cansado de correr y escondernos y cargar con la responsabilidad. Me dan ganas de hacerme un ovillo y quedarme dormido en este mismo banco hasta que la policía nos lleve de vuelta a casa. Porque seguramente eso será lo que termine ocurriendo, aunque me oiga a mí mismo decir–: No podemos volver a casa.

Mi voz suena plana y sin expresión, como un neumático gastado hasta la llanta.

–Es curioso –dice Phil como si hablara consigo mismo–. Acepté este trabajo porque cada vez que pasaba por delante de los lavabos del puerto tenía miedo de lo que pudiera encontrar. Salió bien; quiero decir que pudo haber sido mucho peor. Si la niña hubiera estado muerta, no sé qué habría hecho. Pero seguía poniéndome muy nervioso; no quería llevarme más sorpresas en el trabajo.

–Por lo menos nosotros estamos vestidos –interviene Jack, lo cual provoca en Phil una carcajada tan sincera y ruidosa que estoy seguro de que va a despertar a todo el barco.

–Sí, lo vuestro es algo mejor, pero me pregunto si tendré un imán para atraer a niños perdidos.

Observo las arrugas del rostro de Phil. Quizá los pliegues sean un mapa de verdad.

–Vosotros dos tenéis que decidir qué queréis hacer y después decirme cómo puedo ayudaros dentro de los límites de la ley –dice el hombre mientras se seca

las lágrimas que han provocado la risa.

Luego se levanta de nuevo para continuar su ronda, pero antes de irse deja encima de la mesa una servilleta de papel marrón en la que reconozco la letra de Jack. Pone en mayúsculas: «¿PUEDE AYUDARNOS? NECESITAMOS VOLVER PARA ENCONTRAR A MI HERMANO. POR FAVOR, NO NOS DESCUVRA. ESTAMOS DESESPERADOS».

Ahora soy yo el que se ríe, inclinándome hacia adelante y luego hacia atrás hasta dolerme el estómago. Jack se me queda mirando. Pero no puedo evitarlo. Cuando por fin logro serenarme, le digo:

–¿«POR FAVOR, NO NOS DESCUVRA»? Jack, deberías haberte aplicado más en ortografía.

**R**esulta que Phil es un tipo estupendo que no nos va a llevar al camarote del capitán, lo cual me sorprende. De hecho, estoy más resignado ahora que Phil sabe nuestro secreto y hasta dejo que Jack escoja los nombres falsos que hemos decidido utilizar. Cuando dice que yo me llamaré Oscar y él Frank, me pregunto si hice mal. Sobre todo porque cada vez que dice «Oscar» se pone a tararear la canción de las salchichas Oscar Mayer. Creí que nunca más iba a ser capaz de reír, ni como Hank ni como Oscar ni como nadie, y es asombroso lo mucho que ayuda la risa. Aunque sin Sam, sé que la oscuridad siempre está al acecho.

No le confieso a Jack que me alegro de que haya revelado nuestra presencia, pero siento que me he quitado un enorme peso de encima al saber que Phil nos va a ayudar. Dice que una amiga suya conoce a una familia de Fairbanks dispuesta a acogernos hasta que cumpla dieciocho años.

Pero Phil también me advierte de que si intento largarme por mi cuenta y nos vuelven a pillar, podrían separarnos. Seguramente al estado no le importará que yo viva solo, pero Jack es lo suficientemente joven para hacer un gesto de extrañeza.

–Entendido, Phil. Se lo prometo, no volveremos a escaparnos.

Fue suficiente para asustarme y atenerme a las normas. Bueno, más o menos. Teníamos que seguir utilizando nombres falsos, porque ni muerto iba a permitir que Jack volviera a acercarse a Nathan Hodges. Y me dio la impresión de que Phil también sabía que no eran nuestros verdaderos nombres.

En Prince Rupert, nos presenta a Isabelle, la versión canadiense de los servicios sociales. Lleva una falda de lana plisada y botines de lluvia con dibujos de conejos y capullos de adelfilla, como si estuviera decidida a mimetizarse con el paisaje. Phil baja la rampa con nosotros y le da un abrazo que no parece solo

profesional, al menos a mí. La mujer se vuelve hacia nosotros y nos estrecha la mano con mucha más formalidad. Es la primera vez que veo a una mujer con los labios pintados, y esta los lleva tan exagerados que le dan cierto aspecto de payaso. Me doy cuenta de que Jack está pugnando por contener la risa.

–Hola, Frank y Oscar –dicen los labios rosa chillón.

Tardo unos instantes en recordar que ahora somos Frank y Oscar. Abre la puerta de un Datsun amarillo oxidado que se supone que va a llevarnos hasta Fairbanks. Tengo mis dudas de que ese coche sea capaz de hacer semejante viaje, pero ¿qué otra alternativa nos queda?

Justo antes de que nos montemos, Phil nos pone las manos en los hombros y nos atrae hacia él para darnos un abrazo.

–Os ayudará, chicos, os lo prometo. Además es mi novia, así que haced el favor de no darle problemas. Nos ha ahorrado un montón de papeleo y se la está jugando por nosotros, así que portaos bien.

Después se inclina y acerca su cara a la de Jack para mirarlo a los ojos:

–Espero que encontréis a vuestro hermano –dice al tiempo que desliza una servilleta de papel marrón en la mano de Jack–. Y si por casualidad coincidís en los mismos lares y la encontráis, saludadla de mi parte.

Le decimos adiós con la mano desde el asiento trasero del Datsun, y mi hermano desdobra la servilleta para ver que hay escrita una sola palabra. Con letras grandes garabateadas con un rotulador negro, pone «SELMA».

## El efecto bola de nieve

### *Ruth*

Por fin oí a mi abuela hablar con alguien la misma noche que salí de casa con mi maleta y mi billete de autobús rumbo a Canadá. Esta vez fue ella la que estiró a tope el cable rojo del teléfono para poder hablar desde su cuarto; a través de la puerta me pareció oír un llanto ahogado. La verdad es que no pude enterarme de mucho. Solo de las palabras:

–Lo sé, hermana, lo siento. No sabía qué otra cosa podía hacer.

¿Mi abuela diciendo «lo siento»? ¿Y desde cuándo tenía una hermana?

Justo antes de salir de casa a esperar al autobús, lo único que me dijo fue que no tenía por qué preocuparme, que ya lo había organizado todo y que no estaría sola. Escruté su rostro, intentando descifrar si me estaba castigando o si de verdad creía que me estaba ayudando. Sinceramente, no estoy segura, pero su expresión transmitía una dulzura que jamás había visto en ella. Me dio unas palmaditas en el hombro.

–Pórtate bien –me dijo, y a continuación añadió en tono misterioso–: Intenta comprenderlo.

Pero sobre todo lo que intenté fue no pensar en nada mientras el autobús se internaba cada vez más en el Yukón canadiense. Al final iba a acabar yendo al lugar que se tragó a mi padre. Parecía vasto y vacío, a excepción de los árboles y las montañas y los enormes espacios abiertos. Dudé si alguna vez llegaría a entender algo. Después de varios días de viaje por una carretera llena de baches que no hizo ningún favor a mi vejiga, nos detuvimos ante la verja del convento y leí el acogedor letrero que decía «NUESTRA SEÑORA DEL PERPETUO DOLOR». ¿En serio, abuela? Esta vez te has superado a ti misma, pensé.

De eso ya han pasado tres semanas, pero parece una eternidad.

Tengo la tripa tan oronda que puedo poner encima la cesta blanca de mimbre de la ropa y hacer ver que es un enorme montón de ropa recién lavada. En este

momento, en lugar de un bebé, podría estar embarazada de cuatro sábanas bajas, dos paños de cocina y un almohadón. Ojalá.

Mi trabajo en el convento consiste en retirar del tendedero la colada seca de las hermanas. Digo *colada*, pero lo único que hay siempre son sábanas y toallas y a veces ropa mía, porque las monjas lavan ellas mismas su ropa personal y dudo que tengan ropa de verdad, pero no lo sé seguro. Vivir con la abuela ha sido un buen adiestramiento para no hacer demasiadas preguntas, ni siquiera cuando te mandan a un convento de otro país y la persona de edad más cercana a la tuya te lleva unos setecientos años.

De todos modos, estoy haciendo una lista de preguntas, por si acaso alguien me dice de repente: «Bueno, Ruth, ¿hay algo que quieras saber antes de que tu vida se siga hundiendo en este agujero negro?». Sin seguir ningún orden en particular: ¿Alguna vez vienen aquí otras chicas en mi situación? ¿Será amable la familia que adopte a mi bebé? ¿Qué me pasará después? ¿Dios me odia?

Hay días en que tacho la última porque supongo que la respuesta será obvia, pero la hermana Bernadette me dijo una vez que Dios solo actúa desde un entorno de amor. Y luego desapareció a toda prisa como si le hubiera entrado algo en el ojo.

No he recibido noticias de nadie desde que llegué. La verdad es que tampoco lo esperaba, pero hace que me siente un millón de veces más sola y añade alguna pregunta más a mi lista: ¿Sienten alguna curiosidad por saber dónde estoy? ¿Se preguntarán Selma y Lily cómo me encuentro? ¿Conservará Buñuelo mi nota?

La parte buena es que resulta incluso agradable que nadie pueda verme, ahora que abulto como una casa. No me puedo creer que aún me falten unos meses; ¿cuánto más voy a engordar?

Las monjas son amables, excepto la hermana Agnes; me doy cuenta de que no le hace ninguna gracia verme aquí. Tiene una cara como una patata con brotes, pero es su carácter lo que impresiona. La abuela la definiría como «sin porche de entrada»; percibes inmediatamente lo que piensa, como si entraras directamente en una sala llena de cosas; deja traslucir sus sentimientos con toda claridad. Lo habría sabido incluso aunque no la hubiera oído hablar con la hermana Bernadette sin que me vieran. No sabían que estaba en la despensa, contigua a la cocina, donde era obvio que discutían.

–La verdad es que creía que la madre superiora ya no iba a consentirle ninguna tontería más –decía la hermana Agnes.

–Pero hermana Agnes... ¿Cómo puedes guardarle tanto rencor después de todo este tiempo?

–Es como una enfermedad que se transmite de generación en generación.

–A la madre abadesa no le gustaría nada esa valoración, hermana.

–La madre abadesa hizo lo que pudo con Marguerite, y está claro que no le causó efecto.

–¡Oh, hermana Agnes, basta ya!

–Una vez lo entiendo, pero ¿tres? ¿Cuándo va a ponerse firme de una vez?

Me quedé tan desconcertada que no paré de darle vueltas en la cabeza al nombre de Marguerite. Si las hermanas no hubieran abierto la puerta de la despensa en aquel preciso instante, me habría enterado de todo enseguida, pero me pillaron sentada encima de un gran saco de arroz con una caja de galletitas saladas en la mano, perdida de migas, así que de pronto me encontré con un problema más acuciante que resolver (me entra muchísima hambre entre horas). Por lo visto, encontrarme allí contribuyó únicamente a dar la razón a la hermana Agnes en algún aspecto, porque miró a la hermana Bernadette con cara de «te lo dije».

La hermana Agnes y la hermana Bernadette son tan viejas que bien podrían pasar por fantasmas. Pero discuten como hermanas. Nunca había pensado que las monjas pudieran ser tan humanas: tienen piques entre ellas, riñen, se ponen mala cara y se van enfadadísimas después de una discusión como enormes murciélagos alados. Es ese insospechado despliegue de humanidad lo que hace que me sienta mejor entre ellas, porque son personas como las demás. Oírlas cuando discuten también me hace echar de menos a Lily como nunca me habría imaginado.

Intento encontrar sentido a la extraña conversación que oí desde la despensa, pero cada día que pasa tengo otros asuntos más acuciantes en que pensar. Como mi vejiga, que ahora debe de tener el tamaño de una nuez. Me despierto casi cada hora y recorro con andares de pato el pasillo largo en el que resuenan mis pasos hasta el cuarto de baño. De sus paredes cuelgan las catorce estaciones del Vía Crucis, así que las recorro todas hasta que por fin llego; en el pasillo aún flota un penetrante olor a incienso que sube por los conductos de ventilación y se mezcla con el olor dulzón a miel de la cera fundida de las velas. Quizá solo esté soñando y esto no sea real. Solo una pesadilla en la que estoy atrapada dentro de mi *Biblia ilustrada para niños*. Pero es un largo trecho con la vejiga llena, y desde luego es real.

Ahí está Jesús, cargando con su cruz a mi lado. Estamos en situaciones parecidas –Él y yo–, pero todos sabemos lo que le espera al final de ese largo camino, y a mí no me extrañaría nada que mi abuela me hubiera enviado aquí con el único propósito de que me lleve el susto de mi vida. Incluso cuando

vuelvo a acostarme, se hace difícil olvidar las imágenes de la corona de espinas y los clavos atravesándole las manos y los pies mientras los soldados romanos echan a suertes su ropa como buitres.

A los católicos se nos da muy bien eso de tener a Jesús clavado en un madero en vez de centrarnos en el momento feliz en el que resucitó de entre los muertos y nos liberó del mal y el pecado. Es como eso de que la abuela no quiera que nos sintamos bien con nosotras mismas. Como si eso aún fuera motivo de preocupación. No estoy segura de si habrá alguna liberación de algún tipo una vez que termine mi estancia aquí. Al contrario que Jesús, que ascendió a los cielos, me siento como si acabara de precipitarme por un abismo.

Las monjas hacen un montón de cosas para ganarse la vida. Hacen jabón y bálsamos y tienen colmenas que producen miel y gallinas que ponen huevos. La hermana Josephine lo lleva todo a la tienda del pueblo una vez a la semana, y reúno el valor para preguntarle si puedo ir con ella. La hermana Bernadette frunce el ceño, como si no le pareciera buena idea, pero le digo que ya he recogido toda la colada y qué daño puede hacerme asomarme un día al mundo. Echa una mirada rápida a mi barriga como si pensara que la vida de una persona puede cambiar radicalmente en un solo día, pero desvía la mirada, como si no fuera apropiado que las monjas pensarán esas cosas. Se ruboriza ligeramente cuando contesta:

–De acuerdo, pero solo por esta vez.

La hermana Josephine tiene más o menos la mitad de años que la hermana Agnes, pero eso no quiere decir que sea joven. También es la monja más alta que he visto en mi vida; medirá por lo menos un metro ochenta, o quizá más. Tiene un bigotillo sobre el labio y unos cuantos pelos tiesos en la barbilla que distraen mi atención cuando la miro. Conduce la camioneta demasiado rápido y toma los desvíos a tal velocidad que me manda volando al otro lado de la cabina. Pero es en los baches donde me gustaría que frenara un poco. Me sujeto la barriga con una mano y con la otra me aferro al tablero de mandos como a un salvavidas, hasta que me mira y dice «Ay, Dios», como si se hubiera olvidado de mi presencia.

–A veces se me va un poco el pie –añade a modo de disculpa mientras reduce la velocidad, aunque solo un poquito–. Me crié en una granja y empecé a conducir a los diez años, así que salir a la carretera cada semana para mí es casi una fiesta.

Es mucho más habladora que las otras hermanas, y noto que he perdido

práctica en cómo mantener una conversación.

–La madre superiora siempre acierta al suponer lo que necesita cada una de nosotras y cuáles son las habilidades con las que podemos servir mejor a la comunidad –continúa–. Me entregó las llaves de esta vieja gloria en cuanto hice mi profesión final.

–¿Qué quiere decir profesión final? –le pregunto.

–Ah, es el último, último, último paso, cuando tomas los votos perpetuos. Primero tienes que pasar un período de prueba de seis meses, luego pasas a ser novicia durante dos años si parece que puedes adaptarte a la vida religiosa, y después haces los votos temporales durante no menos de tres años. Y luego profesas, que son los votos perpetuos. Así que comprometerse a llevar esta vida no es una decisión espontánea.

Me entran ganas de decirle que debería haber un proceso similar para quedarse embarazada, pero sonaría fatal, así que sigo en silencio. Y entonces me sorprende al decir:

–Me imaginaba que tu abuela te habría comentado todo esto.

Me quedo más aturdida que cuando volábamos sobre los baches.

–¿Conoce a mi abuela?

Su toca me recuerda a los pliegues blancos del cuello de un pavo cuando vuelve el rostro hacia mí.

–Pues claro. Se crio aquí, en Nuestra Señora, desde que tenía tres años. Me tomó bajo su protección y me enseñó todos los entresijos de esta vida. Era una chica muy divertida y parlanchina; nada parecido a lo que uno espera encontrar en un convento. ¿En serio nunca te ha hablado de nosotras?

Niego con la cabeza, demasiado impresionada para articular palabra.

–Mmm, me pregunto...

Pero al final no me dice qué se pregunta y yo sigo tan impresionada con eso de que mi abuela era divertida y parlanchina que no me entero de que hemos entrado en el aparcamiento de una cabaña de troncos que resulta ser la tienda y la oficina de correos, todo en uno. La hermana Josephine ya está bajándose de un salto. Abro la puerta justo cuando una mujer está saliendo de un Datsun amarillo aparcado junto a nosotras, y el choque de las dos puertas de metal es tan estrepitoso que todo el mundo se vuelve a mirar, incluidos dos chicos que tendrán mi edad. Parecen inflados, y me doy cuenta de que llevan dos chaquetones puestos cada uno y de que están tan arrugados, como si llevaran varias semanas durmiendo en el asiento trasero de la ranchera.

La mujer del Datsun está comprobando los daños de su puerta y la hermana Josephine se ha acercado para inspeccionar la mía.

–Bueno, menos mal que tenemos unos coches viejos y oxidados –comenta la

hermana con desenfado. La mujer del Datsun de repente me recuerda a un colorido muestrario de pinturas con sus botas de flores y sus labios pintados, en contraste con la hermana Josephine con su hábito y chaqueta negros. Si la mujer pensaba echarle la culpa de haber abollado su puerta, desde luego cambió de idea. ¿Quién va a ponerse a discutir con una monja de un metro ochenta? Se encoge de hombros y acompaña a los chicos al interior de la tienda, pero el mayor se vuelve y me mira perplejo.

–Bueno –dice la hermana Josephine–, tantas ganas que tenías de venir al pueblo ¿y ahora te vas a esconder en la camioneta?

Tiene un brillo pícaro en los ojos.

–¿Me contará más cosas de mi abuela antes de que volvamos al convento?

–Ayúdame a llevar los jabones y los bálsamos y luego ya veremos –responde.

La tienda es uno de esos sitios que quedan un poco alejados, pero que tiene un poco de todo. El «desayuno especial» consiste en una jarra de café y bolas de nieve Hostess (bollos rellenos de chocolate con cobertura de malvavisco y virutas de coco). Hay una pared entera cubierta de anzuelos y expositores metálicos giratorios con postales de alces o límpidos lagos entre montañas. Las latas de guisantes y de macedonia de frutas cubiertas de polvo podrían tener unos diez años, es difícil de precisar. Hay otro pasillo con barajas, medias y velas votivas mezcladas con prácticamente todo tipo de cosas que nadie necesita. También es el pasillo donde las monjas venden sus jabones y sus bálsamos. A mí me parece que está bastante bien surtido, pero la hermana Josephine dice que los apretemos y coloquemos todos los que quepan. La etiqueta dice «JABÓN PERPETUO DOLOR», y me pregunto si las monjas deberían pensar en cambiar el nombre.

–Aquí está mi loción especial de leche y miel –dice mientras levanta una frágil pirámide con unos cuantos frascos.

Echo una mirada a la mujer del Datsun, que sale del lavabo un poco más arreglada. Está recién peinada y con los labios muchísimo más rojos que cuando me miró con el ceño fruncido por haberle abollado la puerta. Los chicos han optado por el desayuno especial, y el mayor revuelve el café con una pajita de plástico roja y me lanza miradas furtivas. Me cierro la chaqueta para taparme la barriga y finjo estar muy atareada. Pero oigo todo lo que dicen.

–¿Cuánto queda para Fairbanks? –pregunta el más joven con la boca llena de bola de nieve.

La palabra «Fairbanks» me sienta como una patada en el estómago que mi

bebé decide darme en ese preciso instante.

–Chissssst –le digo, y me froto el vientre.

–Una semana por lo menos –contesta la mujer mientras se sirve café en una taza de poliestireno.

–Bueno, ya llevamos dos semanas de viaje –comenta el mayor–. Una más no está tan mal.

–No tardaríamos tanto si asfaltaran la carretera –dice la mujer–, pero en la parte de Alaska no quieren gastar dinero en eso y en la de Canadá tampoco. Así que se queda como está.

–Bueno, yo también sé conducir, si necesita un descanso –sugiere el chico.

–Gracias, Oscar. Ya veremos.

No tiene cara de Oscar. Suena a nombre pasado de moda. Y necesita un buen corte de pelo. Lo observo apartarse los mechones de la frente cada dos por tres. Tiene el pelo sucio y es evidente que lleva una temporada sin ducharse; se mueve con lentitud, como si acarreará el mundo sobre los hombros. Pero hay algo tierno en su aspecto desaliñado. Si se lavara el pelo, lo tendría casi del mismo color que Ray. Sacudo la cabeza al pensar en Ray y en lo rápidamente que he decidido que este desconocido me produce ternura.

¿Acaso los chicos no son todos iguales? Solo llevo más o menos un mes en el convento, pero parece una eternidad y ya casi he olvidado cómo habla y cómo actúa la gente de mi edad. Pero bueno, quizá nunca lo supe. Si hubiera sido más espabilada no estaría aquí.

Observo cómo Oscar mira a su hermano pequeño, que tiene la cara más redonda y el pelo y la piel más oscuros, pero su misma nariz afilada y puntiaguda y el mismo aspecto sucio y desastrado. El pequeño está relamiéndose los labios manchados de bola de nieve, que están rosas y achocolatados salpicados de pizcas de coco. Oscar le pasa una servilleta, pero al mismo tiempo le sonrío con dulzura de hermano; no tiene nada de sonrisa afectada o fingida. Me recuerda cuando George me dio una rosquilla aquel día en Goodwill y cómo los desconocidos han sido más amables conmigo que mi propia familia. De pronto me siento la persona más sola del mundo. Sin aviso previo, sé que tengo que salir de aquí. Dejo todos los jabones en un montón y salgo corriendo de la tienda; la campanilla de la puerta tintinea como para anunciar a todo el mundo que me he sentido completamente desarmada por un leve gesto de amabilidad.

En la camioneta lloro sin parar. La hermana Josephine sale y me trae una caja de pañuelos de papel y un paquete abultado envuelto en papel marrón que tiene mi nombre escrito. El chico llamado Oscar ha salido y nos observa cuando arrancamos. Me hundo más en mi asiento, pero las lágrimas no dejan de fluir.

La hermana Josephine no regresa directamente a Nuestra Señora del Perpetuo Dolor. Enfila una carretera apartada y polvorienta y la recorre entre baches hasta llegar al río. Apaga el motor y nos quedamos sentadas contemplando el fluir del agua turbia. Me sorbo los mocos y me pregunto cómo conocerá ese lugar secreto cuando, como si me leyera el pensamiento, dice:

–Tu abuela y yo veníamos siempre aquí.

Señala más allá de los árboles y entre la hojarasca veo la silueta de ladrillos del convento. No sé si se refiere a que venían cruzando el río desde la otra orilla. Sería bastante arriesgado, y me pregunto qué más me queda por saber de cómo fue mi abuela en otro tiempo.

El hábito y la toca de la hermana Josephine crean la impresión de que esté siempre mirando por una ventana con el visillo corrido y la vista al frente, por lo que no le puedo ver la cara. Me doy cuenta de que no está contemplando el río; está mirando al pasado.

–Yo tenía diecinueve años. Tu abuela tendría dieciséis. Yo estaba intentando decidir si tenía vocación y ella estaba intentando desesperadamente salir de aquí. La hermana Agnes me advirtió de que era una mala influencia, pero Marguerite era tan divertida y carismática que era difícil no querer estar siempre a su lado.

Yo jamás habría utilizado ninguna de esas palabras para describir a mi abuela.

–Llevaba aquí toda la vida. Su madre había muerto y su padre no podía hacerse cargo de ella. O quizá no quería, sencillamente. Solo tenía tres años cuando se la entregó a la abadesa. Creo que tu abuela nunca superó ese sentimiento de verse abandonada, aunque la abadesa se encariñó con ella como no te puedes imaginar.

Pienso en cuando la abuela se hizo cargo de Lily y de mí después de la muerte de papá. Nunca había pensado lo duro que debió de ser para alguien de su edad verse de repente con una niña de cinco años y otra recién nacida.

La hermana Josephine gira su cuello blanco para mirarme con una amplia sonrisa.

–Ah, la abadesa quería a tu abuela como si fuera su propia hija; siempre la llamaba «mi preciado regalo de Dios» –dice con una risita contenida–. La hermana Agnes, como me imagino que te habrás percatado, nunca entendió esa relación. Somos humanas, pero la gente cree que no sentimos emociones normales una vez que profesamos. Celos, enfado, pena. Cuando tu abuela se marchó en plena noche sin decir adiós, ni siquiera la abadesa fue capaz de ocultar que se le había roto el corazón.

Paradójicamente, la abuela me recuerda más a la hermana Agnes que a la abadesa.

–Pero debió de seguir en contacto con ella –comento–. Si no, ¿qué hago yo aquí?

–Siguió, claro que siguió. Pero casi siempre cuando necesitaba algo. Creo que eso es en parte lo que molesta tanto a la hermana Agnes. Cuando tu madre enfermó –después de la muerte de tu padre–, tu abuela preguntó a la madre superiora si había sitio para no tener que meterla en una institución. Todo aquello la trastornó.

De pronto, la hermana Josephine parece darse cuenta de que ha hablado demasiado y sus mejillas se ven más sonrosadas bajo la toca blanca.

–Oh, Ruth, cuánto sentí lo de tu padre.

–Estoy empezando a olvidarlo. Y a mi madre.

–A veces pasa, ¿verdad? Parece que tu familia sufre una especie de efecto bola de nieve –dice con tristeza.

–Bueno, es una manera de llamarlo –digo a la vez que saco un pañuelo y me sueno la nariz–. Quiero decir, en vez de una maldición; efecto bola de nieve casi parece algo bonito.

Pienso en la bola de nieve rosada que se estaba comiendo aquel chico en la tienda y cómo lo miraba su hermano. ¿Cuál es su historia? Sé que más me valdría pensar en mi propia familia, pero nuestra historia siempre será cansina, vieja, y estará mal escrita. Si tuviera la energía necesaria, intentaría reescribirla. Quizá sea Lily quien lo haga.

Pero aunque esté siguiendo los pasos de mi abuela y de mi madre, una parte de mí sigue creyendo que merezco algo mejor. Daría cualquier cosa para que alguien me mirase como Oscar miró a su hermano, todo manchado de bola de nieve rosa Hostess. Estoy a punto de contarle a la hermana Josephine allí mismo, a la orilla del río, por qué me vine abajo en la tienda, pero parece una tontería. ¿Cómo encontrar palabras para describir tanto vacío?

–¿No vas a abrir tu paquete? Es el primer envío que recibes –me pregunta.

Miro la letra sinuosa y me doy cuenta de que es de Selma. Qué cielo Selma, escribirme cuando ni siquiera me despedí de ella. Lo abro despacio y cae un gorro de lana, tejido a mano de forma desigual. Es naranja, por supuesto, y exageradamente grande.

*Querida Ruth:*

*Tu abuela vino a verme el otro día y me dio tu dirección; dijo que te alegrarías de recibir noticias de casa. Qué amable, ¿verdad? Sigo sin calcular bien las medidas, pero de todos modos he hecho esto para tu bebé. Espero que llegue a tiempo para que pueda llevarlo con él (o ella) a su*

*nueva familia. Yo creo que el naranja es adecuado tanto si es niño como si es niña, ¿no te parece? Ya sé que no le valdrá hasta que sea mayor, pero me pareció que sería bonito que tuviera algo que guardara relación con su primera familia. La familia no tiene por qué ser de sangre (te estoy viendo hacer un gesto de fastidio, no creas que no).*

*Pienso que lo que estás haciendo exige mucha valentía. Ya sé que estás disgustada conmigo, y sé que sientes que no siempre es fácil pensar lo mejor de los demás, pero yo voy a seguir en mis trece y continuaré sin darte la razón. Sí es fácil. Yo pienso lo mejor de ti y creo que tu bebé también lo hará cuando tenga edad suficiente para comprender. Espero que no duela mucho y que vuelvas pronto a casa.*

*Con cariño,  
Selma*

## La maldita nota azul

### *Dora*

**D**urante las dos últimas semanas, el trabajo en el campamento de pesca ha sido un no parar. No hacen más que llegar parientes en sus barcos de cascotes anchos; los mayores tienen las manos grandes y callosas después de por lo menos cien años limpiando pescado. Ahora el campamento está abarrotado de primos salvajes que se revuelcan en el fango y tías sin un montón de dientes a las que les resulta casi imposible masticar pescado seco, así que se pasan el día entero chupándolo. No sé cómo lo consiguen, pero nunca falta de nada, ni siquiera sitios donde dormir.

La madre de Buñuelo hace la misma broma todos los días –«hay que seguir trabajando hasta que se ponga el sol»– y todos se ríen por compromiso.

Pero, en realidad, aquí nadie espera que los niños trabajen todo el tiempo y los mayores nunca nos presionan ni nos riñen, así que nadie dice que tenemos que quedarnos a ayudar en lugar de ir al pueblo. Hay tanta gente en el campamento que nunca falta quien atice el fuego o ayude a la madre de Buñuelo, así que tampoco es que nos echen de menos. El padre de Buñuelo tiene que volver a comprar unas piezas para el motor, y Buñuelo, Bunny y yo vamos con él.

–Dice la tía que podéis dar un paseo en los coches de tres ruedas, por lo menos hasta que se queden sin combustible –nos comenta. Quizá solo quiere que lo dejemos tranquilo un rato, pero a nosotras nos parece genial.

En cuanto vemos los cochecitos, no volvemos a pensar en el campamento. Recorremos la calle principal del pueblo una y otra vez con el viento revolviéndonos el pelo y llenándonos de polvo sin otro objetivo más que el de hacer ruido e ir lo más deprisa posible.

Cuando intento alcanzar a Buñuelo, lo único que veo es la cinta roja ondeando como una bandera. El barro de las ruedas me salpica y me lanza piedrecitas si me acerco demasiado; tengo que frenar y entonces soy yo la que salpica a

Bunny, que está detrás de mí y grita como si la hubieran alcanzado con una escopeta de balines. Recorremos la calle de un extremo a otro hasta que lo único que se distingue en nuestras caras salpicadas de barro es el blanco de los ojos.

–Demonio de chavales –protesta un cura cuando lo rociamos a él también.

–Quiero volver al barco –dice Bunny a su hermana cuando por fin conseguimos acercar nuestros vehículos lo suficiente como para poder hablar. Buñuelo se ha apartado de la calle principal y nos ha llevado a las afueras del pueblo, cerca de la ciénaga. El viento aquí es más cortante, sin edificios que nos protejan. Los carrizos combados por el viento me recuerdan a las tías encorvadas con sus *kuspuks* que nos estarán esperando en el campamento.

Buñuelo se baja de un salto de su coche y se acerca despacio hacia las tres casas revestidas de tablones blancos que se alzan apartadas de las demás. Una tiene los marcos de las ventanas y de las puertas azules, otra muestra un perro grande y musculoso a la entrada y otra una cortina que parece moverse sola a cada instante tras un cristal roto. Avanza con paso firme río arriba por el borde de la ciénaga. La sigo, deseando que esté atenta por si hay perros sueltos. Los perros de los pueblos siempre atacan por sorpresa desde detrás de las casetas o de las pilas de leña cuando menos te lo esperas. La noche que llegamos se celebró un funeral. Willard Hunter, de tres años de edad, entró en el recinto donde su familia guarda los perros y le arrancaron la cara antes de que nadie se diese cuenta de que el niño había salido de la casa. Los perros y los ahogamientos son las dos cosas con las que Buñuelo y Bunny tienen que tener más cuidado. Me ajusto las correas de mi chaleco salvavidas. Bunny también lleva uno, pero me fijo en que Buñuelo ha dejado el suyo en el barco.

–¿Qué estás buscando? –pregunta Bunny cuando Buñuelo la alcanza y le da la mano.

Pero Buñuelo no parece oír a su hermana mientras se acerca a la casa de las ventanas azules. En el jardín hay una estatua de una mujer con un bebé en brazos, envuelto en una sábana vieja, o quizá un mantel. La estatua está cubierta de excrementos de ave. Parece como si Buñuelo estuviera tratando de decidir si subir los escalones o no, cuando aparece el cura al que salpicamos de barro.

–No me puedo creer que hayáis venido a disculparos –dice.

Nos miramos las botas y los vaqueros cubiertos de barro. Pero, ante nuestra sorpresa, el hombre se echa a reír.

–Tranquilas, no ha habido daños. No creeréis que sois las primeras que me hacéis algo así, ¿verdad?

Echo una mirada de reojo a Buñuelo, pero sigue con la vista clavada en sus botas.

–¿Puedo invitaros a un té? ¿O quizá a un refresco? –pregunta el cura.

Buñuelo se encoge de hombros y me sorprende que el hombre entienda que eso significa que sí. ¿Por qué fue allí Buñuelo? ¿De qué puede querer hablar con un cura? Bunny no aparta la vista de la mujer con el niño en brazos, así que la agarro del brazo para conducirla hacia los escalones de entrada mientras el hombre sujeta la puerta de tela metálica para dejarnos pasar.

–Soy el padre Connery –se presenta al tiempo que se quita las botas para ponerse unas zapatillas grises.

Nos indica que dejemos las nuestras en el zaguán de la entrada, típico de las viviendas de Alaska, para entrar en calor y lo seguimos a la cocina. Buñuelo intenta ocultar el agujero que se le ha hecho en un calcetín cuando traspasamos el umbral.

–¿Té o un refresco? –pregunta el hombre mientras saca cosas y más cosas de las alacenas blancas: un plato, galletas, pan de marinero y queso. Buñuelo lanza a su hermana una mirada de advertencia que significa «compórtate», lo cual provoca al instante que Bunny se ponga de morros.

El padre Connery nos mira y sonrío.

–¿Me tenéis miedo?

Buñuelo empuja a Bunny hacia la mesa donde el hombre ha servido la merienda y me acerco tras ellas. Las tres intentamos apretujarnos en la misma silla.

–Hay sitio de sobra –dice mientras nos indica que nos situemos al otro lado de la mesa.

Me siento en una silla vacía, pero Bunny se queda en la de Buñuelo, con una nalga en el asiento y otra en el aire. El hombre se sienta y sirve el té. A las tres nos apetecería mucho más tomarnos un refresco, pero ninguna se atreve a decirlo. Debe de estar acostumbrado a que los niños de este pueblo no hablen, aun así intenta mantener una conversación.

–Entonces, ¿veníais buscando a alguien en especial?

Bunny está echando un terrón de azúcar tras otro en su taza hasta que su hermana extiende el brazo y la agarra de la muñeca. A veces Bunny llega a ser muy imprevisible si le parece que Buñuelo está en plan mandona y, como no podía ser de otra manera, pregunta de sopetón:

–¿Por qué la mujer del jardín no quiere al bebé que tiene en brazos?

Buñuelo y yo intercambiamos una mirada.

–¿Qué te hace pensar que no quiere al bebé? –pregunta el cura, que parece divertido con la ocurrencia. Se nota que está intentando contener una sonrisa. Buñuelo no suelta la muñeca de su hermana.

Esta se encoge de hombros y responde:

–Su cara, supongo. Es como cuando atrapamos a un salmón avejentado

después de desovar con el molinillo de pesca y nadie quiere tocarlo.

Estoy casi segura de que Bunny está haciendo una comparación sacrílega.

–Bueno, creo que es la primera vez que alguien me dice algo así –dice el padre Connery–. Quizá la escultura no le hace justicia. ¿Sabes quién es esa mujer?

–¿Una mujer blanca? –sugiere Bunny, como si no se le ocurriese nada mejor.

Hago un gesto de fastidio con los ojos. ¿Habría dicho eso si Lily estuviera aquí? Probablemente sí.

Pero el padre Connery debe de encontrarla encantadora.

–Sí, es una mujer blanca. Vivió hace mucho tiempo.

–Es la madre de Dios –tercia Buñuelo. No es que le guste mucho hablar en presencia de desconocidos. Bunny y yo la miramos extrañadas.

–Sí, en cierto modo –asiente el padre Connery–. Es María Santísima.

–¿Dios es un bebé?! –exclama Bunny, incrédula.

–Es una larga historia –murmura su hermana, y me mira como si de alguna manera pudiera ayudarle a cambiar de tema.

Las dos hemos oído a Lily intentar hacérselo entender, pero está claro que sin éxito. Lily decía que Jesús era el niño y que su padre era Dios. Y como era Dios, pudo poner a Jesús dentro de María, así que ella no tuvo que hacer nada desagradable (que es como lo define Lily), y Bunny estaba segura de que era la zona que tenía que ver con las partes íntimas de los hombres. Como se lo suelte al cura, juro que la mato.

–¿Puedo tomar un refresco? –intervengo.

–¡Sí, por supuesto! –contesta el padre Connery, y se pone en pie de un salto para traérmelo.

Buñuelo clava las uñas en la muñeca de su hermana como advertencia definitiva. Me mira como diciendo que quizá lo mejor sería ir pensando en marcharnos, pero justo en ese momento se abre la puerta y entran dos señoras mayores. Llevan vestidos largos y negros y unas cruces colgadas del cuello. Tienen la cara colorada y pequeñas gotas de sudor en la frente, posiblemente porque llevan una especie de caperuzas negras que parecen toallas en lo alto de la cabeza.

Nos sonrían y saludan, como si cada vez que entraran en esta casa encontraran a niños comiéndose sus galletas y bebiéndose su té.

–Debéis de ser del campamento de pesca que hay río arriba –dice la más baja.

Buñuelo asiente con la cabeza sin levantar la vista. De repente parece interesadísima en el dibujo azul de la taza de porcelana.

–Bueno, yo soy la hermana Mary Pat y esta es la hermana Mary Louise. Bienvenidas.

La mujer que habla está muy delgada y llena de arrugas, pero tiene una mirada afable y chispeante, como si sus ojos fueran bayas maduras. La otra, que se limita a asentir con la cabeza y a coger una galleta, es más rechoncha y con menos arrugas, y tiene unas gafas con unos cristales tan gruesos que apenas se distinguen sus ojos. Me pregunto si todas las monjas se llaman Mary Esto, Mary Lo Otro.

–Tenemos que irnos ya –dice Buñuelo–. Deben de estar esperándonos en el barco.

Tira del hombro de Bunny justo cuando esta alcanza mi refresco, con lo cual se derrama y deja la mesa perdida. Las tres miramos aquel desastre con horror, pero a los demás no parece importarles nada.

–Tranquilas, ¿qué prisa tenéis? –dice el padre Connery–. ¿Hay algo que queráis preguntar?

Pero Buñuelo ya está decidida a que nos larguemos de allí. Forcejea con sus botas tratando de ponérselas a toda prisa y Bunny y yo intentamos ponernos también las nuestras, tarea aún más complicada porque Bunny está haciendo malabares con la lata de refresco en la mano, que ha dejado un rastro pegajoso hasta la puerta.

–Gracias por el té –farfulla Buñuelo.

Y nos vamos. Buñuelo arrastra con firmeza a su hermana por un brazo y nos guía hasta dejar atrás la estatua, y baja hasta la ciénaga donde dejamos los cochecitos.

Vuelvo la cabeza y veo al padre Connery y a las dos monjas observándonos desde la puerta. Levanto la mano para decirles adiós justo en el momento en el que sale otra persona de la casa. Una mujer con vaqueros y una coleta negra. ¿De dónde ha salido?

Buñuelo enciende su cochecito y se vuelve para asegurarse de que Bunny está subiendo al suyo cuando se fija en la mujer en lo alto de los escalones. Intercambian una larga mirada, a continuación hace girar la llave y el motor renquea y vuelve a apagarse. Se baja sin tan siquiera mirarme y se dirige de nuevo a la casa. La mujer parece percibir algo y se mueve como un ciervo salvaje, dubitativa pero avanzando, como olisqueando la presencia de Buñuelo. Yo también me bajo del coche y la sigo desconcertada.

–Mi padre me dijo que quizá la encontraría aquí –dice mi amiga cuando por fin se encuentran frente a frente–. Tengo un mensaje de Ruth.

Sus palabras nos sorprenden tanto a mí como a la mujer, que mira a Buñuelo sin saber si debería creerla.

–Me pidió que le entregara esto.

Buñuelo le tiende un papel azul que acaba de sacar del bolsillo, el mismo que

vi que Ruth le entregaba la noche que se fue en el autobús. La mujer lo mira largamente, pero su mirada parece descentrada.

–¿Qué es? –pregunta por fin. Su voz suena como copos de algodón revoloteando en el aire.

–Es de Ruth.

–¿De Ruth? –se extraña la mujer–. Pero si Ruth solo tiene cinco años.

Mi mente intenta entender lo que está pasando. Por lo menos Buñuelo me podía haber dicho algo. Me doy cuenta de que Bunny está tan sorprendida como yo.

–¿La has visto bailar? –pregunta ahora la mujer–. Cuando su padre vuelva a casa, Ruth va a bailar para él. Estamos esperando a que el avión aterrice.

–Puedo guardarlo yo, cariño –dice una de las Marys. Se ha apresurado a bajar en picado sin hacer un ruido con su hábito a modo de alas. Alarga el brazo para recoger el papel azul, pero Buñuelo no lo suelta.

–Prometí entregárselo únicamente a la madre de Ruth –afirma.

¿La madre de Ruth?

–No te preocupes, cariño. Podemos solucionar todo esto.

La monja ha rodeado con los brazos a la mujer de la mirada perdida, que intenta fijarla desesperadamente. El esfuerzo parece doloroso.

–Por favor –susurra Buñuelo–. Se lo prometí.

Y entonces una lágrima surca la mejilla sucia y seca de mi amiga. Me recuerda al río que deberíamos estar remontando en este momento rumbo al campamento de pesca, donde todo parece tener sentido y huele a risas y a humo, y donde Buñuelo dejará de estar triste por una promesa que le hizo a Ruth, con quien de todos modos apenas tiene amistad. Mi estupor por ver aquella lágrima se convierte en ira.

–Vámonos, Bunny, regresemos al barco –digo al tiempo que la agarro del brazo.

Pero Bunny también está pendiente de la mujer.

–Si usted es la madre de Ruth, entonces también es la madre de Lily –dice–. ¿Se acuerda de Lily?

La mujer mira a Bunny como si estuviera viendo un fantasma.

–¿Lily?

Y entonces, sin previo aviso, deja escapar un chillido penetrante, como si acabara de meter el dedo en un enchufe. Tiro del brazo de Bunny al mismo tiempo que las monjas sujetan a la mujer para intentar que se calme. Buñuelo me mete el papel en la mano y dice:

–Vete, lleva a Bunny al barco.

Mientras habla tiene la cabeza echada hacia atrás, porque la mujer le está

tirando de la trenza y el padre Connery baja corriendo los escalones para ayudarlo.

Justo cuando tengo la impresión de que nada puede ponerse peor, Bunny empieza a dar patadas en la espinilla a la mujer y a gritarle que suelte a su hermana.

–¡Llévate a Bunny de aquí! –grita Buñuelo

Arrastro a Bunny, que no deja de revolverse hacia los cochecitos de tres ruedas, y las paso canutas para sujetarla mientras lo enciendo. Tengo que dejar allí el suyo, porque no me fío de que me siga.

Cuando me vuelvo a mirar, veo al padre Connery y a las monjas arrastrar a la mujer escalones arriba para hacerla entrar en la casita blanca. Buñuelo viene corriendo hacia el cochecito, así que por lo menos veo que está a salvo. Una parte de mí desea que se haya llevado un arañazo. ¿Desde cuándo le hace promesas a Ruth?

–Ahí viene, Bunny –digo; la niña deja de chillar y de intentar liberarse como un pez que ha mordido un anzuelo, y añado–: No has ayudado mucho.

Pero no tiene sentido echarle la bronca en ese momento; el coche hace demasiado ruido. Me aseguro de que Bunny se agarra a mi cintura con fuerza y arranco a toda velocidad rumbo al lugar donde está amarrado el esquife y donde nos está esperando su padre.

–Buñuelo viene ahí detrás –indico al hombre casi sin aliento mientras sube al barco a Bunny, que empieza a llorar de nuevo. Dejo que intente explicarle lo que acaba de ocurrir, pero resulta todavía menos inteligible que la realidad.

–Ni siquiera se acuerda de Lily –gime la niña, como si eso fuera lo más importante. Tiene la cara llena de churretes de polvo y lágrimas y un rasguño que acaba de hacerse en el brazo.

Su padre está totalmente desconcertado, así que le digo:

–Ya se lo explicará Buñuelo cuando llegue.

Pero Buñuelo no aparece.

**B**unny y yo estamos ahora sentadas detrás de su padre, que conduce el coche de tres ruedas siguiendo el rastro reciente que hemos trazado hace solo unos minutos. Siento una opresión en el pecho, y cada minuto que pasa sin que Buñuelo aparezca se me hace más difícil respirar. Lo vemos a lo lejos: el coche, vuelto del revés y extrañamente fuera de lugar. Mi mente se niega a creerlo. ¿Quizá sea solo una roca, o a lo mejor un oso revolcándose? La rueda delantera gira en el aire. Algo va mal, terriblemente mal. Bunny guarda un

desacostumbrado silencio mientras su padre acelera el vehículo y nuestros corazones laten tan fuerte que casi podemos oírlos sobre el rugido del motor.

La trenza de Buñuelo asoma por debajo de la estructura metálica del cochecito. Tiene los brazos y las piernas pegados al suelo, los ojos cerrados, y no se mueve.

–¡Buñuelo! –grita Bunny, pero su padre dice:

–Quédate ahí, Bunny.

Salta del vehículo incluso antes de detenernos del todo. Estoy paralizada por el miedo mientras lo observo inclinarse sobre Buñuelo; el manillar del cochecito emerge de su pecho como si fuera una planta extraña. Por segunda vez en menos de media hora, me quedo sola con una Bunny fuera de control. Pero esta vez la dejo llorar, porque no tengo fuerzas para moverme.

Aparecen otros vehículos de la nada. El pueblo cuenta con su propia versión del teléfono: mensajes silenciosos surcan el aire y flotan sobre las casas durante una crisis, y todas las personas físicamente capaces acuden a ayudar.

Los motores rivalizan con los gemidos de Bunny mientras comienza a llegar cada vez más gente. Todos se posicionan para levantar el coche y liberar a Buñuelo con un solo movimiento rápido; se mueven al unísono como si lo hubieran hecho cien veces. Quiero pensar que no es así.

Aunque mi amiga ya no esté aprisionada por el peso del vehículo, nadie se atreve a moverla. Su padre se arrodilla a su lado y le susurra al oído; me recuerda a la noche que se sentó junto a ella en el tióvivo y lo sola que me hizo sentirme. ¿Fue hace solo unos minutos cuando deseé que la madre de Ruth la hubiera arañado? Quiero borrar ese deseo junto con todos los demás pensamientos mezquinos y egoístas con tal de que se incorpore.

Alguien menciona un avión y evacuación médica, pero ahora la mayoría de los presentes guardan un silencio sepulcral. Hasta Bunny ha dejado de llorar. Se supone que los niños nunca deben estorbar, pero ahora parece aún más importante que Bunny y yo nos quedemos al fondo y pasemos desapercibidas. Observamos cómo su padre sujeta la cabeza y el cuello de Buñuelo para mantenerlos en posición estable mientras todos los demás van de acá para allá hablando por la radio, yendo y viniendo del pueblo o trayendo mantas, agua y botiquines.

Llega el padre Connery a bordo del cochecito de Bunny que habíamos dejado cerca de su casa. Durante un minuto imagino a Bunny abalanzándose sobre él como lo había hecho con aquella mujer, pero está demasiado absorta observando a los sanitarios, que trasladan cuidadosamente a su hermana a una camilla para meterla en un avión.

Aparece como por arte de magia. Aterriza en la estrecha franja de gravilla

haciendo rebotar sus ruedas de goma sobre el suelo como balones de baloncesto y llenando el aire de polvo, con lo cual es imposible ver nada. Ninguna de nosotras ha viajado nunca en avión, y yo espero que Buñuelo se despierte para que luego nos describa qué se siente.

Los adultos suelen pasar de los niños, así que no nos sorprende que nadie nos preste atención, pero desearía poder al menos acercarme a Buñuelo. Ojalá pudiera hablar con ella. Quizá despertaría si escuchara mi voz, pero el miedo a estorbar es más fuerte y me quedo donde estoy, incapaz de moverme y apoyada en el hombro de Bunny para darnos ánimos.

El padre Connery está hablando en voz baja con el padre de Buñuelo. Parece que ya se conocían. El cura habla con las manos entrelazadas; el padre de Buñuelo asiente varias veces, después el padre Connery lo abraza y el hombre sube también al avión. Rueda sobre la grava como un ganso gordo y después se eleva trabajosamente en el aire, dejándonos solas a Bunny y a mí.

Ella es la primera en sobreponerse.

–Tenemos que avisar a mamá –susurra.

Su madre está en el campamento, probablemente viendo el avión tambaleante sin saber que en él viajan su hija y su marido. Me la imagino levantando la vista al oír el motor, protegiendo sus ojos del sol con el *ulu* que acaba de afilar, dispuesta a filetear otra remesa de salmones y colgar los lomos a secar.

Tendremos que recoger todo lo del campamento enseguida para poder irnos a casa con Buñuelo. El salmón que hay ahora no será suficiente para que dure todo el año, pero si Buñuelo no despierta, este invierno el salmón será lo de menos.

## Si debes echar humo, ahúma el salmón

*Alyce*

La temporada del salmón real está a punto de terminar y papá dice que ha oído un rumor sobre los hermanos de Sam. Se bajaron del transbordador, pero no sabe muy bien cómo ni dónde. Ahora se pasa el tiempo pendiente de la radio, intentando averiguarlo sin comprometer a Sam. Es una estrategia arriesgada y noto que el chico está muy nervioso. Cada vez que la estática emite un chasquido o interferencia por los altavoces, da un respingo.

He perdido por completo la noción del tiempo, que es lo que suele pasar en un barco. Te olvidas de todo y de todos los que no están a bordo, mientras te balanceas en este pequeño espacio de apenas quince metros. Y eso en la parte más ancha. A veces todavía ensayo cómo explicarle a papá que tengo que volar pronto a Fairbanks para hacer la prueba de selección de danza, pero solo mentalmente.

La sensación de apremio en el barco es ahora frenética. Papá y el tío Gorky, centrados en ayudar a Sam; Sam, intrigado y preocupado por sus hermanos. Sé que yo también debería estar interesada en que los encuentre y de hecho lo estoy, pero si papá y mi tío son capaces de involucrarse así para ayudarlo, ¿por qué no ven que hay otras cosas en mi vida aparte de este barco?

En este momento, Sam lleva una vieja sudadera gris de papá y unos pantalones verdes de agua más viejos todavía, cuyos bajos ha tenido que doblar tres veces hacia arriba para no pisárselos. Tiene la cara cubierta de sangre por acercarse demasiado cuando retira la zona ensangrentada de las agallas. Es un problema de todos los principiantes, pero no se lo digo. Me he dado cuenta de que durante toda la semana pasada, más que mirar a Sam me he empapado de él. Intento que no se me note.

Sonríe y noto una sensación en el estómago. Debe de habernos alcanzado la estela de otro barco, me digo a mí misma mientras intento no mirar con demasiado descaro la mota marrón que tiene en un labio y que en este momento está a punto de fusionarse con las otras manchas marrones rojizas de sangre de pescado que tiene por toda la cara.

–Bueno, muy bien. He acabado con mis diez salmones de aquí. Quizá deberíamos volver a lanzar los aparejos –sugiero.

Ya hemos entrado en ese tipo de charla burlona que enseguida se produce en los barcos. Sam ha aprendido rápido casi todas las tareas, pero sigue tardando el doble que yo en limpiar pescado. Es la primera vez que convivo en un barco con alguien que tiene menos experiencia que yo, y es como verme a mí misma cuando solo me dejaban limpiar los salmones rosados: unos peces malolientes y asquerosos de carne rosa que no reportan mucho dinero. También sueltan una baba grisácea por todas partes que antes me parecía guay, pero ahora no.

Sam me recuerda lo que era sentir curiosidad sobre la pesca en lugar de aburrimiento. Pero entonces veo a mi padre contemplándonos con mirada inquisitiva desde el umbral del puente de mando. No estoy segura de si estará pensando en el pescado o en el hecho de que su hija esté riéndose junto a las líneas con un chico al que sacó del océano. Prefiero creer que está pensando en el pescado.

–Ya termino yo ese, Sam. Trae, dame el cuchillo.

Si no se limpia inmediatamente, el pescado se pone tieso como una tabla y lo pagan peor. Pero algo me dice que la expresión de mi padre ahora mismo tiene muy poco que ver con el salmón.

Sam vuelve a recoger los aparejos accionando la hidráulica que iza las líneas como si llevara años haciéndolo. Iza las cuatro líneas de arrastre de popa, atrapa cada anzuelo en el aire y lo sujeta a la baranda de popa formando una pequeña línea recta. Los cebos ondean en los anzuelos (calamares de goma de distintos colores y tamaños) para atraer a los peces.

–Cuando era pequeña les ponía nombres –le explico–, pero me volví perezosa y después de una temporada los llamaba a todos *Manchita*.

Sam sonríe. ¿Desde cuándo unos dientes torcidos me hacen sentir así?

Cuando vuelve a preparar los aparejos, alza cada uno de los cebos y dice:

–¿Nombre?

Le digo el primero que se me ocurre –*Petey, Rosita, Gordito, Soldado*–, pero a él le gusta ponerles nombres de poetas.

–¿Cuándo se ha visto un cebo llamado *Emily Dickinson*? –pregunto, y él replica:

–¿Cuándo se ha visto que se ponga nombre a los cebos?

Sam tiene la fuerza suficiente para capturar salmones, así que papá nos deja hacer todo el trabajo a nosotros solos si no estamos demasiado hechos polvo. El tío Gorky se sigue ocupando de meterlos en hielo en la bodega y nos ayuda a limpiar si se nos acumula el trabajo. Sé que papá prefiere sentarse en el puente de mando a comer cacahuets y a hablar por la radio con *Rayo de Sol* Sam. Cada cierto tiempo tira las cáscaras por la ventanilla y flotan junto a nosotros, cabecean sobre las olas como para recordarnos, o al menos para recordarme a mí, que en este barco hay más gente aparte de Sam y yo.

–Oye... ¿y esas zapatillas de ballet? –pregunta Sam al tiempo que deja caer sobre cubierta un salmón color plata con una brillante tonalidad rojiza; el sol arranca destellos a sus escamas plateadas y negras, que reflejan el anzuelo desprendido como luces de discoteca.

El pez coletea y golpea las tablas del arcón varias veces, hasta que le clavo un cuchillo en las branquias y se forma un charco de sangre sobre la alfombrilla negra.

No respondo. He perdido la costumbre de hablar de mí misma en este barco.

Agarro al pez por la cola y lo coloco de costado para que suelte toda la sangre.

–Precioso, ¿verdad? –comenta Sam mientras señala la alfombrilla sangrienta con su guante naranja. Las vetas de rojo que corren sobre el fondo de goma negra me recuerdan al fajín de un esmoquin o a una puesta de sol llamativa. Iba a limpiarla con agua para que la sangre no nos salpicara al echar más pescado, pero la expresión de su rostro me detiene—. ¿Tú qué ves?

–¿Sangre? –me limito a decir.

De repente, las palabras *esmoquin* y *puesta de sol* me parecen demasiado ridículas, como si estuviera hablando de una cita para un baile de graduación y no de un pez.

–Parecen las plumas de la cola de una enorme ave tropical –sugiere; todo un poeta.

Paso la manguera y la sangre forma un charco en una esquina que se filtra por la rejilla y va a dar al océano. Sam me mira a los ojos y dice:

–Debes de echar de menos bailar si has colgado tus zapatillas sobre la litera.

Cambio el peso del cuerpo de un pie a otro. Después de pasar horas de pie en una cubierta de cemento con el agua mojándome constantemente las botas de goma, se me quedan los pies como cubos de hielo.

–Seguro que lo haces de maravilla... –comienza con prudencia, consciente de que es un tema delicado—. Que serías una buena bailarina, quiero decir.

–Podría llegar a serlo –reconozco al tiempo que desvío la mirada–. Las pruebas de selección se celebran a primeros de agosto, y si quiero ingresar en una academia superior de danza, tendrían que admitirme este verano. Hay muy pocas oportunidades de conseguir llegar a ser bailarina. Pero es justo en plena temporada de pesca, así que no va a poder ser. De todos modos –me apresuro a añadir–, tampoco es que me importe mucho.

Esta quizá sea la mentira más gorda que he contado en mi vida, y no se la traga.

–¿Tu padre tiene idea de todo esto?

Me temo que voy a echarme a llorar. Y la verdad es que parecería que lloro por una bobada. ¿Es que nadie entiende que siento que el mero hecho de pedírselo va a ser una decepción para él? ¿Por qué me parece tan natural a mí y tan absurdo a Sally, a Izzy, a Selma... y ahora también a Sam? Pero lo cierto es que Sam no lo dice. No dice nada.

Por el contrario, me atrae hacia él y por un momento creo que me va a besar.

–Tienes sangre en la nariz –dice, y me la frota con un dedo enfundado en un guante naranja–. Uy, me parece que te la he dejado peor.

–Bueno, también tú estás bastante manchado de sangre. Espera, deja que te ayude.

Sin previo aviso levanto la manguera y le riego toda la cara. Grita, alcanza la otra manguera y comienza una batalla de agua encarnizada. Por el rabillo del ojo, veo que papá mueve la cabeza y cierra la puerta del puente de mando para que los daños no pasen de la cubierta de popa. Sin embargo, detecto un gesto sombrío en su cara justo cuando se inclina para entrar. ¿Cuánto habrá oído de la conversación?

Más tarde fondeamos en la Cala de las Langostas y papá dice que podemos sacar el *Pelícano* y remar un rato hasta la hora de la cena. Se supone que esta noche va a arreciar el viento, así que recogemos los aparejos antes de lo habitual y entramos para resguardarnos, pero de momento nada hace presagiar que el pronóstico se vaya a cumplir. Sam pregunta si puede remar, así que me recuesto, saco la mano por la borda y observo cómo el agua se riza al avanzar.

–Este es mi sitio favorito –le confieso–. En esa cresta cacé mi primer ciervo. Desde lo alto se ven todas las islas casi al alcance de la mano. Cuando muera, quiero que esparzan mis cenizas aquí.

–Eres la bailarina más rara que he visto en mi vida.

Observo cómo rema en la lancha que lo salvó. Lleva una sudadera de mi tío

que dice: «SI DEBES ECHAR HUMO, AHÚMA UN SALMÓN». Se me hace raro ver a este chico vestido con ropa de un familiar mío, es como si lo hubiéramos creado de la nada. O como si lo estuviéramos convirtiendo en algo porque nos lo hemos encontrado y es nuestro. Mío, ya que lo encontré yo. Aparto ese pensamiento de mi mente porque quizá sea muy injusto hacer eso con una persona.

–¿Estás bien? –le pregunto.

Se encoge de hombros, otro gesto que ha aprendido de mi padre y mi tío. Quizá vaya con la ropa.

–A mí puedes contármelo –digo, pero suena un poco apremiante.

Me mira y sus labios dibujan una media sonrisa. Nunca antes me había dado cuenta de lo mucho que me gusta que alguien se fije en mí y que me sonría. Aunque sea a medias.

–Una vieja costumbre... –dice, y de pronto se calla.

Espero. Está esforzándose por encontrar las palabras, que a estas alturas sé que no es nada habitual en él.

–Desde que mi padre desapareció, pienso que sería una falta de lealtad no pensar en él a todas horas... –Hace largas pausas entre frase y frase. Contengo la respiración mientras espero que concluya–. Pero lo asumo, se ha ido para siempre.

–Lo siento –es lo único que se me ocurre decir.

–No es eso. Es que... Supuse que Hank se pondría furioso, pero me parece que ha pasado mucho tiempo sin que intente encontrarme. Quizá no vio cómo me rescatabas. ¿Y si cree que estoy muerto?

–Ya.

Debería decir algo, pero ¿qué? ¿Qué esperaba que estuviera pensando? ¿Que nunca se había divertido tanto en su vida como limpiando pescado y oliendo porquería de salmón rosado y estando conmigo? ¿Por quién lo había tomado, por un cachorro perdido? «¿Papá, puedo quedarme con él?»

–Bueno, mi padre podría volver a llamar al transbordador –intento no evidenciar mi desilusión al enterarme de que no estaba pensando en mí.

–¿Estás celosa? –pregunta. Pero suena a afirmación.

–Por supuesto que no.

–¿En serio? Pues lo parece. ¿Un poquito, quizá?

Lo salpico con agua desde el costado de la lancha, intentando ocultar lo que está viendo con toda claridad.

–Cuidado –dice–, probablemente esta sea la última ropa seca que me van a prestar.

Es totalmente cierto, así que paro.

–Háblame de tus hermanos –le pido.

¿Por qué sigo mintiendo? Entiendo que piense en sus hermanos, pero cada vez que parece que hay un acercamiento entre nosotros, da un paso atrás. ¿Qué tiene de malo desear que diga que está encantado de que lo salvara y que nunca ha sido más feliz y luego desear que se calle y me bese?

–Creo que deberías decirle a tu padre que quieres dedicarte a la danza –dice–. Es evidente lo mucho que te quiere; lo único que desearía sería verte feliz.

No sé si me enfado con él de repente porque me siento avergonzada por lo evidente de mis sentimientos, o si me entristece que vaya a irse pronto. O quizá desearía que mi padre me ayudara a conseguir lo que quiero de la misma manera que está intentando ayudar a Sam.

–¿Llevas en este barco menos de dos semanas y ya crees que nos conoces? –le suelto.

Se queda estupefacto. Yo también me sorprendo del modo brusco en que mis palabras han surgido de mi boca, como un latigazo. Yo no soy así.

Pero no me he metido en sus cosas; no le he preguntado de qué huía, ni siquiera qué estaba haciendo en el costado del transbordador. ¿Y ahora pretende decirme lo que tengo que hacer, como si conociera a mi padre mejor que yo?

–Me hablas como si fuera idiota –dice.

–Idiota es un poco fuerte; quizá peques de ser demasiado optimista sobre lo fácil que es hablar con mi padre.

Intento calmarme para no parecer mezquina. ¿Cómo ha desembocado la conversación en semejante desastre?

–Bueno, deberías conocer a mi hermano Jack algún día –dice mientras hace virar al *Pelícano* hacia la costa y lo dirige hacia donde está fondeado el *Calamar*–. A su lado parezco pesimista.

También le he tocado la fibra sensible.

–Mi vida es algo... complicada –murmuro.

–Ya. Yo no sé lo que es eso. La mía siempre ha sido un camino de rosas.

Sumerge los remos con fuerza mientras las nubes se acercan y las olas de un mar cada vez más picado golpean el *Pelícano*.

**E**stamos subiendo a bordo del *Calamar* cuando oigo la voz del operador marítimo por la radio.

–Buque de transporte *Matanuska* llamando a barco pesquero *Calamar*, ¿me recibe?

Mi padre contesta:

–Aquí WAJ8485, *Calamar*, canal diez.

–Roger, canal diez.

Cambia del canal dieciséis, el de emergencias de guardacostas, al diez. Me imagino que la mitad de la flota estará sintonizando también el canal diez. Es la versión marinera de los culebrones que se emiten durante el día, escuchar a escondidas las llamadas de los demás por la emisora marítima.

La cara de Sam ha adquirido un tono gris ceniciento, ya ha olvidado nuestra pequeña discusión.

Amarro el cabo del *Pelícano* a la popa del *Calamar* y nos quedamos frente a la puerta del puente de mando. Creo que papá no nos ha oído llegar.

–Es sobre esos chicos por los que preguntó. Se entregaron –comunica una voz áspera desde el interior de la radio–. En Prince Rupert.

–¿Los mandan de vuelta hacia aquí? –pregunta mi padre.

–No, tuvieron que ser entregados a las autoridades y el caso permanece en privado; parece ser que fue cosa de un problema familiar.

–¿Hace cuánto?

–Sobre una semana y media.

Sam lleva ese mismo tiempo con nosotros y me doy cuenta de que también él está haciendo el mismo cálculo mental.

–¿Alguna idea de adónde los han llevado?

–Parece ser que ha intervenido una trabajadora social y los están trasladando a Fairbanks. Estábamos revisando el registro de llamadas y vimos que usted se había interesado.

Sam contiene la respiración.

Espero que mi padre diga algo sobre Sam, pero lo único que hace es ladear un poco la cabeza y dice que pensó que eran unos chicos que conocía, pero que estaba equivocado.

–Gracias por el aviso. WAJ8485, *Calamar*, corto.

Sam tiene una cara que parece que le va a hacer falta el cubo. Pero cuando mi padre vuelve a colgar el micrófono en su soporte, afirma con rotundidad:

–Hank jamás se habría entregado. Jamás.

La palabra «Fairbanks» resuena en mi mente una y otra vez, como si rebotara contra las paredes del puente de mando. ¿Los han enviado a mi ciudad natal?

Sam abre la puerta del puente de mando.

–No les ha hablado de mí –dice a mi padre.

–No me corresponde a mí revelar ese secreto –responde mi padre, nada sorprendido por nuestra presencia–. Antes tendría que consultártelo.

Mi padre mira por la ventana. Mi madre lo dejó porque decía que era incapaz de preocuparse por nadie, solo por barcos y motores y matar bichos. Pero estaba equivocada. Me imagino que reconstruir un motor es cien veces más fácil que

tomar decisiones que afectan a la vida de otras personas. Y entonces lo veo claro: papá está haciendo esto por Sam porque sabe que Sam me importa. Lo está haciendo por mí.

–¿Quieres viajar al norte a buscar a tus hermanos? –pregunta por fin.

Sam asiente en silencio.

–Bueno, pues mañana mismo iremos a la ciudad. Has trabajado lo suficiente como para ganarte un billete de avión.

Se produce otra pausa interminablemente larga durante la cual pienso en la marcha de Sam. Cuando papá empieza a hablar de nuevo, apenas soy capaz de asimilar sus palabras.

–Alyce tiene que volver a Fairbanks de todos modos, si va a presentarse a esas pruebas. Podéis ir en el mismo vuelo.

–¿Papá?

Pero sigue mirando por la ventana en vez de mirarme a mí. Me acerco y apoyo la cabeza en su hombro. Su impermeable verde está mojado, resbaladizo y maloliente, como el morro de una orca. Huele a sal y a viento y a más amor del que probablemente me merezca. Me acaricia la cabeza y, como si estuviera hablando al océano, dice:

–Solo tenías que habérmelo pedido.

–Pero ¿cómo vas a pescar sin mí? –susurro.

El tío Gorky tose ruidosamente desde el banco de trabajo.

–Oye, que yo no soy inútil total –protesta.

Resulta demasiado para mi padre, sobre todo cuando lo abrazo tan fuerte que casi no lo dejo respirar.

## Algo que desearía

### *Hank*

Recuerdo que mi padre decía que a veces te ves involucrado en la vida de otra persona solo por haber presenciado algo de lo que se suponía que tú no deberías participar. Pienso en la mujer de las gallinas y en que quizá haya sido la única persona que vio lo que le pasó a Sam. Eso la vinculó a nosotros de un modo extraño, aunque no fuera capaz de decirnos nada.

Tal vez haya pasado lo mismo con la chica embarazada que salió corriendo de la tienda; me estaba mirando y de pronto se vino abajo. ¿Me he visto involucrado en su historia?

Isabelle está inspeccionando la abolladura de su querido Datsun.

–A veces los embarazos hacen que se tengan las emociones a flor de piel – comenta–. No es que lo sepa por experiencia propia, pero eso dicen.

Se inclina y desprende con la llave un poco de pintura verde de la puerta amarilla.

–Creo que no podemos viajar con la puerta así. –Intenta cerrarla, pero cuelga un poco combada, sin que encaje la cerradura–. Bueno, al menos todavía estamos en Canadá. Aquí sale más barato el arreglo. No os importa, ¿verdad? ¿Un día más?

Apenas oigo lo que dice Isabelle. Estoy demasiado absorto pensando en esa chica. Nunca había visto a una chica de mi edad embarazada. Al menos parecía muy joven cuando echó a correr hacia la puerta con la coleta rubia ondeando. En el suelo, justo donde estaba aparcada la camioneta, está la cinta roja que vi que llevaba en el pelo cuando salió.

La recojo y la guardo en el bolsillo. Isabelle no para de hablar.

–Quizá en esta parte del mundo empiezan a tener hijos más jóvenes.

No parece propio de una trabajadora social. ¿No se supone que deben ocuparse de cosas como madres adolescentes?

Jack levanta una ceja, pero sonríe al mismo tiempo. Empieza a gustarle Isabelle, se le nota. Desliza en mi mano algo pesado y rectangular y luego se deja caer en el asiento trasero del coche. «JABÓN PERPETUO DOLOR», dice la etiqueta. Huele a flores.

–Voy a buscar el número de un mecánico –dice Isabelle, y se dirige a la cabina telefónica situada en una de las paredes exteriores de la tienda.

La cabina tiene toda la pinta de desplomarse de un momento a otro; mejor será que Isabelle se d  prisa. Me apoyo en la ventanilla abierta y le susurro a Jack:

– Me est s diciendo que debería lavarme con esto para levantar el ánimo?

–Esto es lo que la monja y esa chica estaban colocando en la tienda. Tra an cajas con estos jabones. Lee la parte de atrás: «Nuestra Señora del Perpetuo Dolor es una orden de monjas católicas cuyo principal objetivo es vivir una vida sencilla de adoración y dedicación a Dios a través de la oración, la castidad y el retiro. Esperamos que disfruten de nuestros jabones». Creía que las monjas no podían quedarse embarazadas –añade Jack, y le doy un coscorr n con el jabón en la cabeza.

–La chica no es monja, Jack.

–Ah,  entonces es una jabonera?

Se aparta hasta quedar fuera de mi alcance por si tampoco me gusta el comentario.

No quiero seguir hablando de ese tema. Pero si Isabelle decide quedarse un día más, quizá pueda por lo menos llevarle la cinta y comprobar si está bien.

–Nuestra Señora del Perpetuo Dolor es la abadía que queda en la carretera que sale de la ciudad hacia el este –explica el hombre que atiende el mostrador cuando entro en la tienda a preguntar–. Pero si te interesan sus productos, tienes que comprarlos aquí. Viven en clausura. Nada de visitas.

–Ah, vale. Era solo por curiosidad –respondo con aparente despreocupación.

El hombre me inspecciona bajo sus pobladas cejas.

–Pero hay un pequeño lugar de acampada junto al río con una vista de la abadía que solo conoce la gente del pueblo. No estar s tramando ninguna gamberrada ni causar problemas a las monjas,  no?

–No, no, por supuesto que no. Solo tenía interés en ver cómo es una abadía.

–Bueno, pues puedes verla a través de los árboles a este lado del río, y además te dir  que también puedes oír las campanas y escuchar cantar a las monjas, es una maravilla. –Dibuja un pequeño mapa en el reverso de una caja de cerillas–. No hagas que me arrepienta de haberte dado esto.

–No, se lo prometo. Muchas gracias.

**P**asamos la noche en el Datsun justo delante del taller de chapa y pintura. Isabelle es una experta en el arte de dormir erguida en el asiento del conductor. Ha dormido así desde que salimos de Prince Rupert; desde entonces hemos recorrido algo más de dos mil kilómetros. Jack y yo abatimos el asiento de atrás y nos acurrucamos juntos bajo una manta apolillada; Isabelle dice que podría salvarnos la vida en caso de apuros.

A la mañana siguiente, un tipo con un mono cubierto de grasa golpea la ventanilla tempranísimo y grita como si hubiera tomado demasiado café.

–¡Venga, arriba, dormilones! Vamos a arreglar el coche.

Veo que Jack no se traga mi excusa de que quiero dar un paseo tranquilo y solo por el bosque. Yo tampoco me la tragaría. Me lanza una mirada equivalente a un detector de mentiras que estoy seguro de que no pasaría con éxito. Pero se limita a decir:

–Habrá un montón de mosquitos por ahí; disfruta del paseo.

Ayuda a Isabelle a sacar el tablero de juego que le dio Phil y se disponen a pasar la mañana jugando a las cartas en un reservado del restaurante Fiebre del Oro.

La carretera apartada está mucho más lejos de lo que parece en la caja de cerillas, y cuando por fin llego estoy agotado y cubierto de sudor y me pregunto quién me mandaría a mí meterme por allí. También estoy acribillado de picaduras de bichos. Está totalmente desierto, así que me quito la ropa y sumerjo mi cuerpo acalorado y pegajoso en el río antes de que me alcancen los mosquitos y justo cuando las campanas de la abadía empiezan a repicar.

Llevo la cinta bien apretada en el puño, y nado hacia el centro del río, desde donde apenas puedo distinguir la silueta del edificio de ladrillo a través de los árboles. El único problema es que el río es mucho menos profundo al otro lado, así que pronto estaré caminando sobre rocas escarpadas con el agua por las rodillas y rezando para que el sitio sea en realidad tan recóndito como me aseguró el hombre. En la orilla opuesta me da la bienvenida inmediatamente una nube de mosquitos, encantados de encontrar tanta piel desnuda.

Me guío por el sonido de las campanas del convento y subo la pendiente con cuidado de mantenerme oculto entre las píceas y la maleza. Estoy seguro de que es lo más disparatado que he hecho en mi vida. Le he dicho al hombre de la tienda que no tenía intención de causar problemas; espero que andar desnudo por las inmediaciones de la abadía no cuente como tal.

A solo unos metros de donde me encuentro oculto entre los árboles hay un tendedero con sábanas y toallas que ondean al viento. Estoy asustado y pensando en atar la cinta al tendedero y largarme de ahí cuando la chica embarazada se

acerca con una cesta blanca sobre el vientre.

Quita las pinzas de madera e intenta agarrar las esquinas de una sábana blanca que aletea en el tendedero como un ganso gigante. Casi no puedo creer lo que está ocurriendo cuando escucho mi propia voz:

–Eeeeeh... Hola.

Se vuelve y se queda totalmente enredada en la sábana.

–¿Quién anda ahí? –exclama, y a continuación, casi como si lo hubiera pensado mejor, añade–: Tengo un cuchillo. No te acerques.

Estoy completamente seguro de que no tiene ningún cuchillo.

–No voy a acercarme –digo.

–Sal del bosque. ¡Ahora! –grita.

–No creo que en realidad quieras que lo haga.

–Voy a llamar a la madre superiora.

Retrocede despacio hacia el convento.

–Saldré si me lanzas la sábana.

–¿Eres una especie de perverso? –pregunta mientras sigue intentando liberarse de la sábana.

Está claro que esto no es un buen comienzo.

–No, es que estaba bañándome en el río y... eeh..., bueno, dejé la ropa en la otra orilla.

–¿Sabes qué? Olvídate de la madre superiora. Voy a llamar a la hermana Agnes y lo vas a lamentar de verdad.

–Vale, no llames a nadie. Ya salgo. –No sé quién es la hermana Agnes, pero si da más miedo que una madre superiora, no puede ser bueno–. Y deseo de corazón que lo que has dicho del cuchillo sea una broma.

Este es definitivamente el momento más embarazoso de toda mi vida, pienso mientras me las apañó para recoger un ramillete de campanillas silvestres y taparme con ellas mientras me asomo tímidamente entre los árboles.

–¿Me puedes tirar esa sábana? –insisto.

Me mira con incredulidad. Lo bueno es que la gente es menos propensa a pedir ayuda si tienes un aspecto ridículo. Confío en que sea cierto, y, gracias a Dios, se echa a reír.

–¿Oscar? –pregunta al tiempo que sus ojos brillan al reconocermelo. No puedo evitar fijarme en que es preciosa cuando sonrío, a pesar de la situación.

–Bueno, en realidad no me llamo así. Si me das la sábana, te diré mi verdadero nombre.

Se lo piensa, pero me dirige otra larga mirada, campanillas incluidas, como si quisiera fijar aquella imagen en su memoria. Por fin, me tira la sábana.

–Pero de todos modos no puedes salir de ahí –dice mientras me envuelvo en

ella y mira de soslayo al convento—. La hermana Agnes es capaz de cortarme la cabeza si se entera de que hay un chico por aquí. Sobre todo si va..., bueno, ya sabes... —deja la frase sin terminar—. Tienes que marcharte de aquí.

Se me ocurre de repente regalarle las campanillas, pero me temo que no sería el mejor momento, así que las aparto a un lado.

—Se te cayó la cinta —le digo mientras la sostengo en alto para que la vea. ¿Quién sería tan gilipollas de cruzar un río en pelotas solo para devolver una cinta sucia a su propietaria? Solo se me ocurre uno—. Y me preguntaba si estarías bien —añado con torpeza.

Vuelve a mirar hacia el convento a su espalda y me hace un gesto en dirección a los árboles.

—Bueno, así que en realidad te llamas... —dice cuando nos alejamos unos metros.

—Hank —respondo—. Y mi hermano, Jack.

Me parece importante que sepa nuestros nombres. Aunque dudo que la vuelva a ver en mi vida.

Le doy la mano para ayudarle a bajar la empinada pendiente, intentando no pisar la sábana. Me sorprende notar sus débiles pulsaciones en mis dedos. Me pregunto quién la habrá tocado por última vez, y me siento como un capullo por pensar tal cosa.

—¿Quieres sentarte? —le pregunto.

Me doy cuenta de que se lo está pensando, pero finalmente cede.

—Vale, pero solo unos minutos.

Nos acomodamos en medio de una zona poblada de arándanos sin decir nada. Las bayas rojas manchan la sábana blanca y me pregunto si también le creará un problema. Picotea unas bayas, pero sigue sin hablar. Estoy seguro de que los minutos ya se han consumido.

—En este momento tengo que hacer frente a un montón de cosas —dice por fin, a la vez que echa una mirada a su tripa—. Siento que hayas tenido que verme..., ya sabes, así de perdida.

—No te preocupes.

Pero no dice nada de lo que causó su «perdición».

—Bueno, es que... Nos estabas mirando y luego fue como si..., ya sabes..., te vinieras abajo.

Debo de parecer un metomentodo, o quizá un vanidoso, como si quisiera hablar de mí mismo. Pero no reacciona. Por el contrario, cambia de tema:

—Soy de Fairbanks, el sitio adonde os dirigís. Oí que tu hermano lo mencionaba.

Lo dice como si comentara «Qué tiempo tan bueno hace».

–¿Es bonito? –pregunto.

Dios mío, qué conversación trivial tan incómoda estoy creando.

Se encoge de hombros.

No le pregunto por qué está ahí, ni si está casada, ni qué piensa hacer con el bebé. Durante un instante desearía ser Jack, que siempre ve los hilos sutiles e invisibles que flotan entre las personas. Son tan transparentes que no es de extrañar que la mayoría de la gente no los vea, o que anden entre ellos dando tumbos y terminen destruyéndolos sin que ni siquiera supieran de su existencia.

–Fue por tu hermano –dice, interrumpiendo mis pensamientos.

–¿Perdona?

–O sea..., por tu manera de mirarlo.

–¿Cómo lo miraba?

–Como si significara algo. –Ahora es ella la que parece avergonzada–. Para ti, quiero decir. Me conmovió. Una bobada, ya sabes.

No, no lo sé. Pero no se lo digo. He estado tan concentrado en la desaparición de Sam y tomando decisiones por Jack e intentando ser «el hombre de la familia» que me sorprende lo agradable que es hablar con otra persona sobre su vida. Aunque en realidad no entiendo por qué la hizo llorar que yo mirase a Jack.

–Quizá solo sea porque echo de menos estar con gente de mi edad –murmura con torpeza.

Podría preguntarle por qué está aquí y un millón de cosas más, pero en lugar de hacerlo, le digo:

–¿Quizá podríamos vernos algún día en Fairbanks?

Sonríe.

–¿Te refieres a que sería algo que desearías?

Asiento con un gesto. ¿Por qué no?

El vestido le queda apretado por la tripa y algo *se mueve* debajo y forma pequeñas ondas como una lona tirante o como un tambor golpeado desde dentro.

–Qué curioso –digo sin pensar.

Pero a ella no parece importarle. Me sonríe, y deseo que jamás haya sonreído a nadie de esa manera.

–Me llamo Ruth. Ruth Lawrence, y tengo que regresar. –Le ayudo a levantarse–. También tengo que llevarme la sábana –añade con una sonrisita burlona–. Pero antes, toma esto.

Me ata a la muñeca la cinta roja que llevaba en la mano.

–Llévatela. Porque a veces tienes que aferrarte a lo que puedas –añade misteriosamente.

Después se da la vuelta y espera.

Dejo caer la sábana a sus pies y le susurro al oído:

–Nos vemos en Fairbanks, Ruth.

No aparto los ojos de ella, y no se vuelve a mirarme, ni siquiera cuando estoy otra vez en el río y estoy seguro de que me oye chapotear. Recoge la sábana, y la observo subir la pendiente despacio en dirección a la abadía.

Nunca entenderé por qué ciertas cosas que nos suceden pueden hacer mella en nosotros y convertirnos en personas diferentes. Ocurre con cosas importantes, como la desaparición de Sam. Pero también con pequeños detalles, como que una desconocida se venga abajo ante tus ojos. Estoy empezando a creer que todo nos cambia en mayor o menor medida.

No puedo explicarle nada de esto a Jack, que es lo bastante inteligente como para no hacer preguntas. Pero lo sorprendo intentando tantear los nuevos aspectos de mi ser que se van añadiendo a la persona que he sido siempre.

Estamos sentados en absoluto silencio en el asiento trasero del Datsun amarillo, que asciende lentamente la autovía Alcan, la carretera más sucia, embarrada y cubierta de baches que os podáis imaginar. Hay que circular muy despacio. No dejo de pensar en Ruth subiendo sola aquella pendiente. Todas las preguntas que no llegué a hacerle empiezan a atormentarme a medida que su imagen se convierte en algo menos real y más parecido a un sueño.

El viaje nos lleva casi dos semanas en vez de una, como Isabelle calculaba, debido al mal estado de la carretera. Tenemos cuatro pinchazos en el transcurso de una semana; perdemos un día entero esperando sentados en el arcén. Nos quedamos sin gasolina y tenemos que esperar a que llegue alguien y nos lleve a la gasolinera más cercana y luego nos vuelva a llevar hasta el coche. Y pasamos innumerables horas esperando en medio de la carretera por situaciones como cabras montesas cruzando el asfalto, para poder continuar nuestro camino. Isabelle está de un humor de perros cuando por fin llegamos a las afueras de Fairbanks, en parte por haber dormido en el coche con dos chicos malolientes y también porque acaba de darse cuenta de que ahora tendrá que recorrer el trayecto a la inversa. Jack cree que está triste porque va a separarse de nosotros, pero yo creo que son cosas de Jack.

Sin embargo, Isabelle nos ha cogido cariño, y cuando vemos el letrero que dice «BIENVENIDOS A LA CIUDAD DEL CORAZÓN DE ORO», se cierne una sombra sobre el coche. Entramos en el aparcamiento de un edificio sucio de ladrillo.

–Tengo que hablar con una mujer del periódico; a solas –añade–. ¿Podéis esperarme en el coche?

Nos quedamos mirando por la ventanilla sin hablar mientras ambos nos

preguntamos si Isabelle está decidiendo nuestro destino allí dentro y entregándonos a otra familia.

Hay un río turbio y gris y una iglesia blanca con un campanario puntiagudo que se alza a su lado. La gente deambula intercambiando saludos o empujando cochecitos de bebé; chicos en bicicleta serpentean esquivando a los peatones que los miran con recelo porque los hacen bajarse de la acera. Es una ciudad con vida, llena de trabajadores de la construcción y de camiones grandes y embarrados. Y ruidosa.

—¿Se va a quedar la chica con el bebé? —pregunta Jack de pronto al ver a una mujer que se afana en atar los cordones del gorrito de su hijo mientras este lloriquea e intenta impedirselo.

—Se llama Ruth Lawrence —digo en voz alta, para oírlo yo mismo tal como la oí a ella—. Y no lo sé, no se lo pregunté.

Debería haberlo hecho.

Seguimos observando a la mujer de la acera mientras su hijo se quita el gorrito por tercera vez. La mujer parece enfadada; ambos están muy colorados y con aspecto irritable.

El simple hecho de contemplar cómo aquella madre intenta poner un gorrito a su hijo parece una pesadilla. Estar embarazada es una cosa; un ser humano real, vivo y que da patadas es otra muy distinta. Pienso en Ruth cuando dijo: «Tengo que hacer frente a un montón de cosas». Y me pregunto si creerá que soy un capullo por no haber mostrado más interés.

Jack ha sacado la servilleta de papel marrón que le dio Phil y está pasando el dedo sobre las gruesas letras negras. Ha cruzado Canadá entero haciéndolo. En un momento dado le dije que las iba a borrar antes de que llegáramos a Fairbanks.

—Es que tiene el tacto de un ala de pájaro, o quizá de una mariposa; ¡es adictivo! —Me la pasa para que lo comprobase por mí mismo, pero lo único que noto es el tacto de una servilleta de papel rugosa—. ¿No lo sientes?

Le dirijo una mirada asesina.

—No puedo evitarlo, Hank —dice de una manera demasiado madura para tener solo catorce años.

No siento ninguna envidia de mi hermano.

–Podrías mentir –dice Jack sin dejar de repasar el nombre de Selma con el dedo.

–¿A qué te refieres?

–Miente y di que tienes dieciocho años y así no tendremos que vivir con una familia adoptiva.

–No puedo, Jack. No puedo arriesgarme a que nos separen y no quiero que me pillen mintiendo. Le prometí a Phil que nos atenderíamos a las normas.

Fijo la vista en el cielo. Una bandada de gansos de Canadá vuela sobre nosotros en perfecta formación en «V». Es agosto, pero el otoño está ya a la vuelta de la esquina. Isabelle nos contó que a veces aparece y desaparece de un día para otro. Me imagino a los gansos volando sobre la carretera por la que acabamos de llegar en busca de aguas más cálidas. La vida sería mucho más fácil con alas.

Justo en aquel momento Isabelle sale del edificio del periódico como si fuera otro ganso de Canadá, con una prisa tremenda para llegar a algún sitio.

–Mi amiga está en una prueba de selección de ballet que acaba de empezar. Tenemos que verla allí.

–Isabelle, ¿qué va a pasar con nosotros?

–¿Cómo? ¿De repente tenéis fecha de caducidad? Tendréis que esperar hasta después del ballet –responde la mujer.

Jack me mira levantando una ceja y sacudiendo la cabeza, pero sé lo que está pensando porque es lo mismo que estoy pensando yo. Los dos la vamos a echar mucho de menos.

# OTOÑO

*El otoño está floreciendo;  
el dorado del garrote del diablo y los abedules  
el rojo oscuro de los arándanos  
el salmón, y melocotón y fuego de  
las grosellas  
y las adelfillas.*

ANN CHANDONNET



## Campanillas en botellas de whisky

### *Ruth*

Han pasado varias semanas desde que recibí la última carta de Selma en la que me decía que Buñuelo estaba en coma. La preocupación ocupa todo el espacio libre de mi mente, incluso el que usaba para preguntarme si Hank era real. Quiero llamar a casa y preguntar cómo está, pero la hermana Bernadette dice que las llamadas internacionales están terminantemente prohibidas. Intenté escribir una carta, pero ¿qué podía decir? Y además, si Buñuelo está en coma, tampoco podría leerla.

Buñuelo, la única persona que tuvo el detalle de decirme adiós. Por supuesto, mi abuela no podía salir a esperar conmigo al autobús la noche que me fui de Fairbanks, porque, claro, ¿qué habrían pensado los vecinos? Tenía que darme una lección, y en ciertos aspectos es admirable lo fiel que se mantiene a sus principios. No es que duela menos, pero ayuda a entender de dónde viene.

No esperaba que nadie viniera a sentarse a mi lado, pero Buñuelo se había presentado en el ti vivo, igual que había aparecido en los escalones de la iglesia aquel día que yo estaba contemplando el río.

Buñuelo tenía esa facultad especial de estar ahí sin decir nada que resultaba muy reconfortante. Pero aquella noche oía en mi interior el tictac de los segundos que faltaban para el momento de subirme al autobús, cada vez más próximo.

–He visto que mi abuela le ha dado unas cartas a tu padre –le dije.

En otras circunstancias me habría dado mucha vergüenza hablar así de mi familia, pero estaba desesperada y ya se oía el autobús unas calles más allá. El chirrido del embrague y el ruido de los frenos neumáticos hicieron que un escalofrío me recorriera la espalda; fue como oír el futuro antes de estar preparada para formar parte de él.

Buñuelo no se inmutó. Tampoco intentó hacerme creer que su padre no tenía

nada que ver con nuestra familia. ¿Sabría algo de mis padres? ¿Le habría hablado su padre en unos términos que mi abuela nunca había utilizado al hablar conmigo? ¿O habría atado cabos como los había atado yo, al ver a su padre pasarse por mi casa semana sí, semana no, con la excusa de portarse como un buen vecino y traernos un filete de salmón un día o cecina de venado otro?

La abuela le sonreía y agradecía vivamente su generosidad. Después le deslizaba en la mano un sobre blanco immaculado escrito con letra apretada y demasiado pequeña para poder leer la dirección. Él lo metía en el bolsillo de su chaleco Carhartt y se despedía de mi abuela llevándose la mano al sombrero en señal de respeto. Después de cierto tiempo me imaginé que serían para mamá, porque ¿a quién más conocía mi abuela? La expresión de la cara de Buñuelo me reveló que probablemente mis suposiciones eran acertadas.

–¿Crees que a tu padre le importará llevarle también una nota mía? –le pregunté.

–Puedo preguntárselo –respondió al tiempo que se encogía de hombros. Pero por su forma de mirarme me di cuenta de que ella misma sabía que no iba a ser tarea fácil.

–Ruth, tu madre no está bien –continuó–. Creo que nunca os habría dejado a ti y a Lily si hubiera podido evitarlo.

–¿Eso dijo tu padre?

Asintió sin palabras, pero evitó mirarme a los ojos. Nadie reconoce que ha hablado de alguien a sus espaldas; sencillamente, no se hace.

Cuando llegó el autobús, le di la notita azul y subí.

–Adiós, Ruth.

Qué voz tan dulce. Subió flotando al autobús detrás de mí como un pajarillo.

En una parada de camiones cercana a la frontera canadiense, cumplí diecisiete años en completa soledad. Utilicé el dinero para imprevistos que me había dado mi abuela atado en la esquina de un pañuelo para comprar una tartaleta de manzana Hostess, a modo de tarta de cumpleaños. Parece que al bebé también le gustó, o por lo menos se despertó y me golpeó como si estuviera tocando un bongó desde dentro durante varias horas. Creo que en realidad no estuve completamente sola el día de mi cumpleaños.

Ahora, mi preocupación por Buñuelo se suma a mi nerviosismo por el nacimiento inminente. Estoy cansada de pensar solo en mí misma, pero también de preocuparme por Buñuelo.

Para mantenerme ocupada, pregunto si puedo pasar algo más de tiempo

ayudando en la cocina. La hermana Agnes me sigue dando muchísimo miedo, pero he aprendido que con ella funciona lo de «perro ladrador, poco mordedor». Hoy me cuenta que la abadesa va a mantener una reunión privada y que tenemos que hacer bollitos y sacar el juego de té bueno.

Salgo a recoger moras para los bollitos; las zarzas están cargadas y elijo el camino que atraviesa el bosque desde donde se ve el río. A veces siento como si haber visto a Hank en ese mismo bosque no fuera más que producto de mi imaginación, pero cuando me hago la trenza, la cinta roja ya no está en el extremo.

Voy absorta en mis pensamientos cuando un Gremlin verde lima se acerca y aparca delante del convento, lo que me hace ser consciente de que una vez más iba soñando despierta. Deben de ser los invitados de la abadesa, y seguramente por eso la hermana Agnes está tan ansiosa por que traiga las moras.

Cuando salgo del bosque, un hombre y una mujer se bajan del coche. El hombre es alto y viste una camisa de cuadros de leñador. Ella tiene el pelo de un color rojo intenso y lleva un vestido de primavera con una chaqueta de punto color melocotón que no casa muy bien con el tono de su cabello. Parecen agradables. La mujer lleva un ramo de campanillas en una botella de cristal. Vuelvo a pensar en Hank y no puedo evitar sonreír. Una prueba más de que estuvo aquí (jamás habría sido capaz de inventarme esa parte de nuestro encuentro por mucho que lo hubiera intentado).

Ha habido un continuo flujo de visitas en las últimas semanas, aunque parece que la hermana Agnes siempre encuentra un montón de cosas que tengo que hacer cada vez que llega alguien. Mantenernos ocultas a mí y a mi barriga resulta cada vez más difícil.

Me cuelo por la puerta de atrás de la cocina, donde la hermana Agnes me está esperando.

–¿Qué has estado haciendo? ¿Las has plantado tú misma? –ladra.

La hermana Bernadette está preparando una bandeja con un paño blanco y tres tazas y platitos de porcelana salpicados de flores carmesí; me guiña el ojo a espaldas de la hermana Agnes.

–¿Quiere que lleve la bandeja? –pregunto, con lo que su sonrisa se borra de inmediato.

–Oh, no, cariño, ya la llevo yo –dice.

–Además, necesito que salgas a tender estas toallas –añade la hermana Agnes.

–Pero si dijo ayer que íbamos a empezar a tender las cosas dentro, en el tendedero cubierto.

–Ya, pero eso fue ayer –me espeta.

Levanto la vista hacia las nubes amenazadoras y decido mantener la boca

cerrada. Amontona las toallas en una cesta y la hermana Bernadette enfilea el pasillo que conduce al despacho de la madre superiora.

Solo he estado allí una vez, el día que llegué. La estancia es muy oscura y huele a cuero, a abrillantador de madera y a libros viejos. La abadesa también es muy vieja, pero muy amable; tiene la cara redonda y arrugada como un papel, y la piel casi translúcida, como si nunca le hubiera dado el sol. Lleva una pesada cruz colgada del cuello, lo cual ha de ser la razón de que ande ligeramente encorvada. Debe de llevarla colgada desde hace cien años. Me dio la bienvenida y me dijo que esperaba que me encontrara a gusto allí, y esa fue la última vez que hablamos.

–Venga, espabila –dice la hermana Agnes al tiempo que me hace salir con un leve empujón.

Como era de esperar, una llovizna ligera se convierte en lluvia torrencial cuando termino de tender la última toalla, así que me tapo la cabeza con la cesta y camino con mis andares de pato para refugiarme bajo el alero de un lateral del convento. Me apoyo en la pared para esperar a que amaine un poco, encantada de disfrutar de unos minutos extras alejada de la hermana Agnes.

Me siento en el suelo seco pegado al muro. A mi izquierda hay una hilera de ventanas. Oigo voces y me doy cuenta de que esas ventanas son justo las del despacho de la abadesa. Se oye un tintineo suave y distante de cucharillas y tazas. Me imagino a la abadesa sirviéndose sus acostumbrados tres terrones de azúcar, como me ha dicho la hermana Bernadette que hace siempre.

–Bueno, parece que todos los papeles están en orden –dice–. Lo único que queda es que nos cuenten un poco más sobre ustedes para estar seguras de que son la opción adecuada.

Alguien deja una taza en el platito haciendo demasiado ruido y murmura una disculpa; es una voz grave de hombre. Intento recordar su cara, pero lo único que veo es la camisa de cuadros y quizá una barba. Ojalá me hubiera fijado mejor.

–Trabajo en la fábrica de la ciudad –dice–. Tengo un buen sueldo fijo y es muy probable que me asciendan a capataz dentro de un par de años.

Habla con llaneza y sin rodeos, pero su voz trasluce amabilidad. Parece reacio a hablar sobre sí mismo, o quizá sea la falta de práctica.

Su esposa se apresura a terminar sus frases:

–El año pasado fue nombrado empleado del año; es un buen trabajador, totalmente fiable. Llegará lejos.

La abadesa se da cuenta de que están nerviosos y no parece el tipo de persona que quiera que alguien lo pase mal.

–Espero no estar poniéndolos en un aprieto –interviene–. Pero es importante para nosotras que este bebé crezca en un buen hogar. La madre no es ninguna

desconocida, es miembro de nuestra propia familia.

Es esa última parte la que me impacta. «¿Miembro de nuestra propia familia?»

–Los médicos nos han dicho que nunca podremos tener hijos –explica la mujer–. Queremos formar una familia. Haríamos todo lo posible para que el bebé tuviera una vida feliz.

–Si es niño, podría enseñarle a cazar... –empieza el hombre, pero su mujer lo interrumpe:

–Y también lo haríamos encantados si fuera niña. Bueno, si quisiera aprender...

Su voz se apaga y me los imagino mirándose el uno al otro y preguntándose si habrían metido la pata escogiendo el tema de la caza. Dudo que la abadesa sepa qué pensar, pero la situación me hace sonreír.

–Deseamos fervientemente formar una familia –insiste la mujer un poco desmoralizada, como lanzando al viento una última súplica con la esperanza de que la madre superiora la recoja.

–Bueno, aún quedan unos meses para que nazca, así que volveremos a ponernos en contacto con ustedes y les informaremos del resultado de su solicitud. Estoy segura de que el Señor sabe lo que es mejor para todos –concluye la abadesa.

Se despiden con un apretón de manos y oigo rezar a la abadesa, le pide a Dios que se haga su voluntad y a la pareja que confíe en Él, y después salen del despacho. Clavo la mirada en las toallas y en la lluvia y me pregunto si debería levantarme antes de que me vean, pero ahora ya no me parece tan importante.

A veces me olvido de que el embarazo no va a durar para siempre. Será extraño no sentir al bebé moviéndose, dándome patadas, nadando en mi interior; por más que lo intente, es difícil recordar cómo era antes. Cuando todo acabe, tendré que hacerme a la idea de que no sabré nada de mi bebé.

Ahora está claro por qué reciben tantas visitas de parejas, pero ¿por qué no me dicen nada? Hacen exactamente lo mismo que mi abuela, sin prestarme atención durante meses hasta que una noche me metió en un autobús.

La hermana Josephine ha entrado en el despacho. Habla con la abadesa en voz tan baja que tengo que inclinarme hacia la ventana para poder oírlas.

–No sé, me parecen un poco jóvenes –comenta la madre superiora.

–Bueno, están casados, y desde luego son mayores que Ruth –responde la hermana Josephine.

–Es que... Él parece muy aficionado a la caza. ¿Y si es niña?

–No estoy nada segura de que eso sea señal de ser un mal padre. Los tiempos están cambiando, madre; creo que las chicas también pueden cazar. No me lo tome a mal, pero usted es de otra generación.

La abadesa se ríe suavemente.

–¿Sabe, hermana Josephine?, quizá no sea yo quien deba tomar esta decisión. ¿Qué experiencia tengo yo aparte de Marguerite, y ahora Ruth? Quería que le diera estas flores a Ruth, pero ¿se da cuenta de que las ha traído en una botella de whisky? Cielo santo, si a la generación actual le parece apropiado, entonces ciertamente estoy fuera de onda.

Me pongo en pie de un salto al oír esas palabras, o al menos eso intento. Me apoyo en la pared con dificultad. Luego, con toda la velocidad que me permite mi cuerpo, echo a correr hacia el aparcamiento, justo a tiempo de ver al coche verde lima dar marcha atrás.

–¡Pare!

El hombre frena en seco y me ve por el retrovisor justo detrás del coche. Estoy empapada, con el vestido pegado a mi voluminosa barriga y el pelo chorreando. Debo de tener una pinta espantosa.

Pero el hombre abre la puerta y se acerca.

–¿Estás bien? –me pregunta en el tono más cariñoso que he oído en mi vida. Me recuerda a George, el de Goodwill, aunque este hombre tiene los ojos de un color azul grisáceo y la barba pelirroja. La mujer también se ha bajado del coche, con la botella de cristal y las campanillas todavía en la mano. Me quedo mirando a la botella de whisky y siento que vuelvo a tener cinco años: el olor de la casa de mis padres me envuelve como si alguien me hubiera puesto una manta sobre los hombros empapados. Su pelo se parece mucho al de mi madre después de que mi padre enroscara en él sus dedos manchados de sangre y bailaran en la cocina.

–¿Cuál es su parte favorita del venado? –me oigo preguntar al hombre, que me mira como si observara a un ciervo en el bosque, estoy segura. Vacilante, sin hacer movimientos bruscos para que no se asuste y se escape. No deja entrever si la pregunta le parece extraña.

–A mí me gusta el morrillo –contesta–. Pero hay que guisarlo durante un día entero o está demasiado duro.

Debo de parecer desilusionada, porque la mujer le toca el brazo con suavidad y dice:

–A mí me gusta el costillar. Todo el mundo sabe que el costillar es el mejor corte.

Sonríe. Una sonrisa franca.

–¿De verdad esas flores son para mí? –le pregunto.

–Claro que sí.

Su vista recorre la redondez de mi vientre, que sobresale como una boya bajo el vestido mojado.

Me entrega la botella, que pesa más de lo que parece, como si contuviera todos los ramilletes de flores silvestres que me he perdido desde que mamá se fue.

Recuerdo la voz de Buñuelo cuando me dijo: «A veces tienes que aferrarte a lo que puedas». Y cuando le dije a Hank: «¿Te refieres a que sería algo que desearías?».

–¿De verdad va a querer a mi bebé?

–Con todo mi corazón –responde–. Y a ti, por confiar en mí.

Me quedo mirando las flores silvestres que rebosan del cuello de la botella de whisky convertida en jarrón, y sé que estas son las personas que deben criar a mi bebé.

Busco en mi bolsillo la otra mitad de la cinta roja. La he cortado, como Buñuelo me dijo que hiciera.

–¿Querrá darle esto a mi bebé?

Se lo ofrezco a la mujer, que lo recoge con delicadeza, como si fuera lo más frágil y hermoso que haya tenido en sus manos.

No sé cuándo salieron las monjas ni cuánto tiempo llevan observándonos mientras sus hábitos se empapan con la lluvia. La abadesa se acerca y me cubre los hombros con una manta de verdad.

–Tú no tienes que tomar ninguna decisión –me dice.

–Sí. Sí tengo que tomarlas. Es mi vida. Es mi bebé. Y quiero estar segura de que ambos tenemos algo bueno que esperar con ilusión.

En aquel momento, la hermana Agnes nos sorprende estallando en lágrimas y echa a correr hacia la cocina. La hermana Josephine y la hermana Bernadette me miran y mueven la cabeza, pero también ellas se secan los ojos con un extremo de sus hábitos mojados. Me quedo mirando a esas mujeres, que antes me asustaban con sus largas vestiduras negras revoloteando de un lado a otro de la abadía como murciélagos.

Ahí está la hermana Bernadette, que huele a pistachos y siempre me deja una taza de té junto a la cama; la hermana Josephine, a la que le gusta pisar el acelerador y que me ayudó a entender a mi abuela; hasta la hermana Agnes, ahora en la cocina, porque tiene que ser gruñona o si no, no sabría qué hacer con su vida. Recuerdo a la abadesa diciendo: «Es miembro de nuestra propia familia». Y también la carta de Selma y los gestos que hice al leerla, tal como ella sabía que haría. Pero, una vez más, Selma tenía razón: «La familia no tiene por qué ser de sangre».

## Tarta de arándanos

*Dora*

Buñuelo lleva varias semanas en coma, pero es que además tiene un pulmón perforado y una clavícula rota. Quizá su padre habría tardado menos en llegar hasta ella si yo no le hubiera dicho que venía justo detrás, pero todo el mundo me dice que no fue culpa mía. No, me digo, todo es culpa de Ruth. De Ruth y su estúpida notita azul.

Lo pensé mientras contemplaba cómo metían a Buñuelo al avión para ser evacuada a Fairbanks; lo pensé cuando levantamos el campamento para volver a casa antes de lo previsto: y lo pienso ahora mientras hago una tarta de arándanos, porque la madre de Buñuelo me lo pidió antes de irse para volver a sentarse junto al lecho de su hija en el hospital. Quiere que se la lleve a las Lawrence, y me pregunto si sabrá que preferiría mil veces ti-y me pregunto si sabrá que preferiría mil veces tirársela a su abuela a la cara mientras mi mejor amiga sigue en coma y en silencio. Ojalá te vayas derecha al infierno, maldita Ruth Lawrence, susurro al tiempo que estiro la masa con el rodillo.

A mí ya me ha estropeado el olor de los arándanos, probablemente para siempre. Porque ¿no es así como ocurren las cosas para siempre? ¿De repente? En un momento dado tu mejor amiga está ahí, y de repente deja de estarlo. Antes me encantaba el olor dulce de los arándanos calientes que marcaba el final del verano. La cantidad justa de hojaldre Crisco en la cubierta de la tarta, las bayas burbujeantes que gotean sobre la bandeja del horno y llenan de humo toda la casa. Estas las recogimos el año pasado durante una excursión a la Cresta de la Escopeta, un día soleado después de que Buñuelo y Bunny volvieran del campamento de pesca, y subimos hasta el lugar secreto de los arándanos, más allá del límite de la arboleda desde donde se divisa todo. Estábamos sudorosas y embadurnadas de repelente de mosquitos, aunque a ellos les daba igual. Recogimos arándanos hasta que se nos pusieron los dedos de un morado intenso,

como los labios y los dientes de Bunny, porque siempre comía más de los que guardaba.

Fue una cosecha abundante y un perfecto día de otoño, cuando todo huele a maduro, como si estuviera a punto de cambiar y con prisa por hacerlo antes de la llegada del invierno. Es el mantra del otoño: «Daos prisa y llenad las cestas; daos prisa, la leñera está casi hasta el borde. En cuanto se llene del todo, la nieve estará a la vuelta de la esquina y habrá que esperar otro año. Deprisa, deprisa, deprisa».

Si las estaciones se funden unas con otras como en una acuarela, significa que no habrá suficiente pescado y bayas que duren todo el invierno, ni suficiente leña para la estufa, ni suficiente carne en el congelador. Un año, el invierno llegó tan rápido y con tanta fuerza que las hojas de los árboles ni siquiera tuvieron tiempo de ponerse amarillas y caer; se quedaron congeladas en las ramas cuando aún estaban completamente verdes. Se quedaron allí colgadas varios meses, en aquellos brazos esqueléticos, con un color tan llamativamente inapropiado que casi daba miedo. Cada año las estaciones se retan a una carrera, y aquel año perdió el otoño.

Y entonces se me ocurre: Buñuelo, en coma en el hospital, es como el otoño. «Despierta, Buñuelo, despierta, el invierno está a punto de llegar, deprisa, deprisa, deprisa», susurro, rezando para que nadie me oiga.

El padre de Buñuelo entra en la cocina; parece aún más viejo que cuando se fue esta mañana para sentarse junto a la cabecera de Buñuelo con su mujer. Sé que su estado no ha variado; si no, no tendría ese aspecto. Le sirvo una taza de los hermanos y me sonrío como si necesitara todas sus fuerzas para hacerlo.

–Qué bien huele esa tarta –dice–. ¿Es para la abuela de Lily?

–¿Por qué tengo que llevarle una tarta a su abuela?

Trato de ocultar mi enfado. Él vuelve a sonreír, como si mi pregunta no lo sorprendiera lo más mínimo.

–Es una señora mayor –responde con naturalidad.

–Ya, pero...

El padre de Buñuelo no necesita gritar ni lanzarme nada como hace el mío para que sepa que me he pasado de la raya. Con la forma en que me mira me entran ganas de meterme debajo de la mesa.

–Hubo un grupo de hombres que trabajamos muy duro para defender los derechos de los alaskaños –dice, aunque no entiendo muy bien qué tendrá que ver eso con la tarta–. No queríamos convertirnos en un estado; preferíamos seguir disfrutando de las libertades que siempre habíamos tenido. El derecho a pescar y cazar en nuestra propia tierra, a preservar nuestra cultura. Ya ves, derechos humanos básicos, y no solo éramos nativos; muchos alaskaños no

nativos nos apoyaron, preocupados por lo que supondría adquirir la condición de estado.

Me avergüenzo al pensar en mi padre bebiendo en el bar y dejando que fueran otros quienes hicieran el trabajo duro.

–Yo debería haber estado en ese avión –continúa el hombre–. El que se estrelló en Canadá y mató a cinco de mis mejores amigos, entre ellos el padre de Lily y Ruth.

Me miro los dedos morados, manchados del jugo de los arándanos.

–Su madre nunca volverá a estar bien después de perderlo, y su abuela está intentando criarlas sola. ¿Es mucho pedir llevarle una tarta, Dora?

–¿Usted sabía lo de la nota? –le pregunto, e intento mantener la voz firme para no decepcionarlo.

–Fui yo quien le dijo a Buñuelo dónde está la madre de Ruth. Voy a verla de vez en cuando; tenían esperanzas de que escuchar una voz familiar estimularía parte de su memoria.

Es la viva imagen de la derrota.

–Es culpa mía, Dora. No tenía que haberos dejado ir. El accidente de Buñuelo sucedió solo por mi culpa.

Se desploma en su silla. Los adultos nunca hablan a los niños de esa manera y no sé muy bien cómo reaccionar, pero no creo que fuera culpa suya. Por suerte, suena el temporizador del horno y me apresuro a sacar la tarta.

Llamo a la puerta de las Lawrence mientras mantengo la tarta caliente en equilibrio sobre una manopla del horno. Deseo con todas mis fuerzas que sea Lily quien abra, pero eso significaría que soy una persona con suerte y no es precisamente así como me describiría a mí misma.

Nunca he estado muy cerca de su abuela, y cuando la puerta se abre me preparo para ver unos ojos hundidos en sus órbitas y quizá colmillos en lugar de dientes, así que me sorprende al comprobar que no es más que una señora mayor que lleva una bata de flores descolorida. Su pelo ralo y gris parece una pelusa que se le ha posado en la cabeza. Jamás sería capaz de lanzarle una tarta a nadie con ese aspecto.

–Hola, Dora –me saluda–. ¿No quieres pasar?

La cocina solo dispone de lo más indispensable, huele a cera del suelo y a limpiador Comet y no muestra el menor indicio de que allí viva alguien de mi edad o incluso más joven. Me he acostumbrado demasiado a la casa de Buñuelo, siempre bullendo de ajetreo y actividad, con montones de pieles curtidas

esperando que alguien las cosa y las convierta en gorros y manoplas, y huellas de barro, porque ¿quién tiene tiempo para descalzarse cuando lo único que quiere es recoger a toda prisa el libro que se ha olvidado o un trocito de cecina de venado de camino a la puerta? Huele a un lugar donde todos se quieren, pero la casa de las Lawrence huele como si te estuviera juzgando desde el instante que pones el pie en ella. Me aseguro de quitarme los zapatos antes de pisar el linóleo gastado, pero todavía brillante.

La abuela –no sé de qué otro modo llamarla– me hace una seña para que deje la tarta en la encimera.

–Huele de maravilla –dice al tiempo que abre la nevera y saca una jarra Tupperware. Me molesta que parezca que el hecho de que le traiga una tarta fuera lo más natural del mundo–. ¿Quieres un poco de Tang?

Aunque no le haya dicho nada, ya me está sirviendo un vaso.

–Toma; siéntate, siéntate aquí –me indica, y deja el vaso encima de la mesa, que también muestra la superficie abrillantada y huele a Lemon Pledge.

No hay pilas de revistas, ni facturas sin abrir, ni platos de comida a medio terminar. Ni siquiera hay una miga. No se parece a ninguna mesa que haya visto antes, y tengo buen cuidado de no derramar ni una gota de naranja Tang.

La abuela se sirve un poco de café y se sienta frente a mí.

Bebo un sorbo de lo que normalmente es una bebida tan dulce que resulta empalagosa, pero esta solo sabe a agua con sabor a naranja. O la abuela es tacaña con los polvos o Bunny es muy generosa cuando hace la nuestra.

–¿Sabías que el padre de Buñuelo era muy amigo del padre de Ruth y Lily? – pregunta.

No levanto la vista. ¿Por qué todo el mundo se empeña en repetírmelo? ¿A quién le importa si su padre luchó por los derechos de los nativos y murió en un accidente de avión? Todos los días muere un montón de gente en accidentes de avión por aquí.

No tengo por qué quedarme sentada escuchando hablar de muertos a una vieja que huele a productos de limpieza. Lo que necesito es visitar a mi amiga Buñuelo y zarandearla hasta que se despierte. Echo la silla hacia atrás con un movimiento tan brusco que provoca un chirrido escandaloso sobre su suelo perfecto y deseo haberlo rayado.

La abuela me mira.

–Pareces enfadada, Dora.

–¿Que parezco enfadada? –chillo sin poder contenerme–. ¿Sabe lo que estaba haciendo Buñuelo en ese pueblo? ¿Sabe por qué estaba allí? ¡Todo es por culpa de Ruth! Buñuelo intentaba entregarle esta nota a su madre.

Dejo la nota azul encima de la mesa con tal golpetazo que el café se le

derrama. La abuela ni siquiera parece darse cuenta cuando recoge el papel azul y lee las palabras a las que no he dejado de dar vueltas en la cabeza desde el día que Buñuelo me metió la nota en la mano a toda prisa. Lo único que pone es «Te perdono».

–Y la muy idiota ni siquiera sabía quién era Ruth, así que le habría importado un pimiento. ¡Buñuelo está en coma por nada!

Sigo temblando y casi sin aliento.

–Siéntate, Dora –dice la abuela.

Pero no me siento. Sigo de pie con los puños apretados. Esta mujer no es nadie para decirme lo que tengo que hacer.

–Como quieras –acepta–, pero deberías escuchar lo que tengo que decirte. Si quieres echar la culpa a alguien, y parece que es así, deberías echármela a mí; y no te preocupes, nadie arriesgará su vida para entregarme una nota como esta, o por lo menos, no a corto plazo.

Estoy agotada después de la bronca, y sus palabras suenan suaves y se quedan flotando en el aire a mi alrededor. Es difícil seguir enojada cuando nadie te hace frente.

–¿Prefieres seguir de pie?

Me siento.

–Tú y yo tenemos algo en común, Dora –dice–. Veo que te sorprende.

Cierro la boca, que se me ha abierto del asombro.

–Mi padre me abandonó cuando era pequeña –continúa.

–Ojalá tuviéramos eso en común –interrumpo, pero me callo inmediatamente por si cree que además de gritarle soy una insolente.

Ella me sonrío. No se parece en nada a la mujer de las historias que he oído contar a Bunny y a Buñuelo: un monstruo feroz con ojos en la nuca, esperando la mínima infracción de las normas para repartir castigos. «Una vez obligó a Lily a rezar un rosario entero de rodillas por esconder los guisantes en el vaso de leche», me había contado Bunny.

–Todavía eres joven –dice la abuela, y no tengo ni idea de qué tendrá eso que ver con todo lo que estamos hablando–. Te han dado la oportunidad de vivir con una familia que te quiere. Pero tienes que dejar de esperar que la vida te deparará lo peor, porque entonces, créeme, eso será lo que ocurra. Deberías escuchar a esta pobre vieja que tan bien lo sabe.

Me doy cuenta de que se me ha escapado una lágrima y me la seco. Pero detrás viene otra, y luego muchas más, así que no intento contenerlas. No recuerdo la última vez que lloré. Ahora temo ahogarme en la cocina de las Lawrence. La abuela me ofrece una caja de pañuelos de papel.

–Lo sé –me reconforta, a la vez que me da unos toquitos en la mano–. Lo

sé.

Me deja desahogarme. La oigo moverse por la cocina, saca platos de la alacena y hace tintinear los cubiertos. Enseguida me sirve un trozo de tarta y más Tang aguado, y logro sonarme la nariz y murmurar un débil «gracias».

–Creo que ya es tarde para poder cambiar mi vida –concluye–, pero tú aún estás a tiempo para cambiar la tuya.

Pienso en el poema de la niña del guardapolvo color magenta y la mujer llamada Rita que bailaba el chachachá con aquel sugerente vestido negro. Así que esto es lo que se siente al abrir tu cuerpo. Es como reconocer lo que siempre has deseado. Y ahí está, encerrado en mi pecho como una llave metida en el candado esperando que alguien la gire.

–Quiero saber que puedo quedarme con la familia de Buñuelo y no volver nunca a mi casa –confieso, como si cumplir un deseo fuese tan sencillo como expresarlo en voz alta–. Quiero poder dormir por las noches –añado mientras ataco con el tenedor la cubierta de la tarta, quizá hablando de más.

–Me parece razonable –dice la abuela.

¿Cómo una persona tan agradable puede haber mandado a su nieta tan lejos?

Su sonrisa se desvanece y me pregunto si lo habré dicho en voz alta o si esta mujer será capaz de leer el pensamiento, como aseguran Lily y Bunny.

Primero el padre de Buñuelo y ahora esto. No tengo ni idea de cómo reaccionar, pero tampoco importa porque en aquel momento Lily y Bunny irrumpen en la cocina coreando a voz en grito:

–¡Buñuelo ha despertado, Buñuelo ha despertado, Buñuelo ha despertado!

Y entonces es cuando todas nos abrazamos y reímos. La abuela nos estrecha por turnos con brazos temblorosos y se seca las lágrimas con el borde del vestido, y hasta Bunny parece sorprendida. Miro la notita de Ruth, que sigue encima de la mesa, con las palabras «Te perdono» sobadas y borrosas.

Deslizo la nota en mi bolsillo sin que nadie se dé cuenta, por si acaso Ruth quiere recuperarla algún día.

Corro a toda prisa al lado de Buñuelo, con Lily y Bunny pisándome los talones, las tres flotando en una nube de felicidad y más ligeras de lo que nos hemos sentido desde hace semanas, cuando de repente el estrépito de gritos y cosas que se rompen procedente de la casa de mi madre nos hace frenar en seco. Estamos a

medio camino entre la casa de Lily y mi antigua casa, atrapadas como perdices blancas entre dos cazadores, cuando la puerta se abre de golpe y aparecen Paula y Annette, las amigas de mamá, con expresión aterrorizada.

–Tu padre –me dice Paula mirándome a los ojos–. Niñas, marchaos de aquí.

–¿Dónde está mi madre? –pregunto, sorprendida por lo serena que suena mi voz. Extiendo los brazos para proteger a Bunny y Lily, que se acurrucan a mi espalda.

–Está herida –responde Annette. Es la primera vez que veo que no se ríe. Parece sobrecogida.

–¿Y la vais a dejar ahí con él? –pregunto.

Se empujan la una a la otra al bajar los escalones del porche, intentan alejarse de allí.

–Esperad, ¿la habéis dejado ahí dentro? –insisto.

Si Paula y Annette han salido huyendo, es que algo muy gordo está pasando dentro de esa casa.

Le digo a Bunny en voz baja que retroceda despacio con Lily y vuelvan a casa de su abuela. Echo una mirada atrás y veo a la abuela en la puerta; nos entendemos perfectamente con la mirada y hacemos una seña a las niñas para que vuelvan. Parece mentira que hace un momento estuviéramos riendo y abrazándonos.

–Dile que llame a la Policía – le digo a Bunny, que se me queda mirando como si le estuviese hablando en chino–. ¡Vamos, Bunny, vete ya!

–¿Dora? –balbucea. Bunny sabe que es mejor no llamar a la Policía.

–Dile a la abuela que te lo he dicho yo; venga –insisto.

Logran alcanzar los escalones de la casa de la abuela cuando mi padre aparece tambaleándose en el porche.

–Mira las conejitas. ¡Pum, pum, pum! –exclama mi padre, y me da un vuelco el corazón cuando veo que finge disparar a las niñas, lo que lleva en las manos es un rifle de verdad. Menos mal que la abuela las ha metido en casa rápidamente, de todos modos está demasiado borracho para alcanzarlas desde esa distancia. Paula y Annette están agazapadas al otro lado del ti vivo, que es donde les ha dado tiempo a llegar.

Pero yo estoy mucho, mucho más cerca.

–¿Dónde está mamá? –me oigo preguntar.

–¿Dónde está mamá? –me imita con voz chillona–. Vaya, de repente hay alguien que se preocupa por su madre, ¿eh?

Agita el rifle en el aire al hablar.

Estoy dominada por una extraña serenidad, ahora que Bunny y Lily están fuera de la escena. Quizá sea por mi conversación con la abuela, o porque me he

desahogado, o porque Buñuelo ha despertado del coma. Sea cual sea el motivo, no vuelvo a sumirme en ese lugar familiar de temor y miedo.

Que mi padre esté en el porche con un rifle no me aterroriza tanto como las noches que permanecía despierta sin saber qué iba a hacerme. Al menos ahora sé a qué me enfrento: a un borracho con un arma, no a algo impreciso en la oscuridad de lo que no podría defenderme; el olor a alcohol de un aliento pútrido cada vez más cerca mientras escondía la cabeza debajo de la almohada y esperaba el toqueteo de sus manos, tan borracho que a la mañana siguiente ni siquiera era capaz de recordar lo que había hecho.

Un rifle no es nada comparado con aquello.

–Vas a darme ese dinero, Dora –dice, pero su voz suena menos peligrosa a la luz del día y veo que él también es consciente de ello.

–Muy bien –respondo–, pero primero déjame comprobar que mamá está bien.

–Muy bien –repite, y reproduce cada una de mis palabras en el mismo tono agudo y burlón.

A lo lejos oigo el sonido vago de una sirena. Gracias, abuela, pienso. Solo necesito entretenerlo un poco más. Pero él también oye la sirena, y otra, y otra más. Cada vez suenan más cerca.

–Chivata –me dice–. Has mandado a las conejitas que hagan el trabajo sucio, puñetera chivata.

Una chivata. Lo peor que se puede ser en este lugar. Alza el rifle y me apunta con el ojo pegado al punto de mira.

–Dispara –le reto. No estoy temblando. Ni siquiera estoy asustada–. Mátame para no tener que volver a verte la cara.

Se queda tan sorprendido que apenas reacciona, y baja el arma como si intentara averiguar quién soy. Los coches de la policía aparecen y aparcan en ángulos imposibles, arrojando polvo y gravilla en todas direcciones.

–¡Deje el rifle en el suelo y levante las manos! –gritan desde detrás de los coches patrulla.

Mi padre suelta el arma, pero no me quita ojo. Los agentes se acercan desde todos los flancos, después corren hacia él con las pistolas en la mano y lo esposan. No hemos dejado de mirarnos ni un instante. Espero que sea la última vez que tenga que ver esos ojos enrojecidos e inyectados en sangre.

Lo meten en la parte de atrás de un coche patrulla y la sirena aúlla de nuevo, esta vez alejándose, y entonces me doy cuenta de que estoy conteniendo la respiración.

El padre de Buñuelo aparece justo cuando libero toda la tensión que me ha mantenido tan entera. Tiene que sujetarme porque no me sostienen las piernas.

–¿Estás bien? –pregunta.

Nunca había visto tanto cariño y preocupación en la cara de nadie. Al menos, no por mí.

–¿Puedo quedarme con su familia? ¿Puedo quedarme y no marcharme nunca?  
–susurro, apenas soy capaz de encontrar mi propia voz.

–Oh, Dora, no hace falta que lo preguntes –responde mientras me estrecha entre sus enormes brazos.

Los sanitarios de emergencias salen de la casa llevando a mi madre sujeta en una camilla. Está morada y azul, con un brazo en cabestrillo y los ojos cerrados por la hinchazón.

–¿Mamá? –la llamo.

–Dora, al hospital no –balbucea–. Diles... que nosotros no vamos al hospital.

–No te preocupes –la tranquilizo–. Yo lo pago. Tienes un aspecto horrible.

–Tiene traumatismo craneal –dice uno de los sanitarios–. Tiene que quedarse en observación.

–No pienso quedarme parada y hacer como que no te ha herido –digo, y me doy cuenta de que eso es lo que siempre he querido que me dijera ella.

Paula y Annette dicen a los sanitarios que van a ir con ella en la ambulancia y no piensan aceptar un no por respuesta. Nadie espera que vaya yo también, lo cual es bueno, porque ahora mismo tengo algo más importante que ver.

–¿Buñuelo puede recibir visitas? –pregunto a su padre.

–Solo si la visitas tú.

## Cabezas con moños

### *Hank*

Me muero de ganas de hablar con Isabelle, pero de pronto se ha puesto a hacer cosas raras, como si solo hubiera conducido más de tres mil kilómetros para ver a unas chicas contoneándose en mallas. Ni siquiera es una actuación; es una prueba de selección, lo que significa que no hay espectadores sentados esperando que dé comienzo el espectáculo. Por el contrario, lo que hay son bailarinas con tutú y piernas largas pululando por todas partes mientras esperan su turno.

Cuando entramos no sabemos adónde mirar, porque parece que cualquier cosa donde posemos la vista está mal.

Isabelle consulta el programa y dice:

–No sé si llegaremos a tiempo. –Y luego echa a correr a la puerta lateral de artistas haciéndonos gestos para que la sigamos.

Casi tiramos al suelo a una mujer huesuda con el pelo despeinado y veteadado de canas que está de pie junto a la puerta en el interior del local, pero antes de que se caiga, Isabelle la sujeta, se abrazan y nos susurran como locas que es Abigail y que ya hablaremos más tarde. En el último segundo, aparece corriendo una chica con grandes ojos oscuros; Abigail le sonrío y mientras entra y bajan las luces, le dice:

–Date prisa, cariño, te lo vas a perder.

El auditorio parece casi vacío, pero está demasiado oscuro para ver nada excepto sombras y siluetas. Estamos entre bastidores, así que Abigail nos hace señas para que echemos una mirada entre los pesados cortinajes de terciopelo. Lo único que veo es a los jueces sentados en primera fila, con las gafas en la punta de sus narices aguileñas. Debe de ser un evento muy importante. Se palpa la tensión y los jueces son de esos serios que nunca sonrío, lo que nunca es buena señal.

La chica que está en el escenario espera que le den entrada. «Es la sobrina de Abigail», nos indica Isabelle moviendo los labios. Hemos llegado por los pelos.

Es espigada y esbelta como las demás bailarinas; lleva una falda sencilla rosa y mallas blancas y tiene las manos recogidas con las yemas de los dedos juntas. Parece una estatua de cera de una exposición. Hace un calor sofocante. Me la imagino derritiéndose gota a gota hasta formar un charco en el escenario. Pero entonces recuerdo que aún llevo puestos dos chaquetones, así que quizá solo sea yo quien se esté muriendo de calor.

Me pregunto si Jack también estará sudando. Se ha escabullido hacia un lateral y está en uno de los asientos del pasillo, junto a la chica a la que Abigail ha llamado «cariño». Comienza a sonar la música y la bailarina del escenario se mueve como si estuviera manejada por unos hilos invisibles. Es fascinante: se desliza sobre las tablas como si tuvieran mantequilla, salta y cae con delicadeza sobre la punta de los dedos con gesto de determinación. No solo está bailando, está contando una historia a los jueces, y parece importante. Me inclino hacia adelante por miedo a perderme una sola palabra.

Apenas me doy cuenta de cuando cesa la música. La sobrina de Abigail hace una reverencia a los jueces y yo doy vueltas y más vueltas a la cinta roja que llevo atada en la muñeca mientras pienso en la chica embarazada con la que estuve sentado a la orilla de un río.

Me abro paso a codazos entre Isabelle y Abigail, que siguen aplaudiendo, y cruzo a zancadas la puerta de doble hoja del escenario sin importarme apartar sin miramientos un par de cabezas con moños. Me quito uno de los chaquetones y me dirijo hacia la salida como una tromba. Necesito aire.

–¡Hank! –me llama Jack entre el gentío–. Hank, adivina quién es.

Señala a la chica de los ojos oscuros, pero en aquel momento pasa un aluvión de gente y mi hermano desaparece entre tutús y más cabezas con moños.

Veo todo borroso. Jack sigue llamándome, pero necesito encontrar una salida.

He vuelto a equivocarme y me encuentro de nuevo en el pasillo que conduce a las bambalinas. Me siento como una rata en un laberinto. Delante de mí veo otro letrero que indica la salida, pero antes de llegar hasta él, una mano me sujeta desde atrás por el borde del chaquetón.

–Hank –dice Jack–. Espera.

La chica que está a su lado tiene en la mano la servilleta de papel con la palabra «Selma» escrita con la letra gruesa y negra de Phil. Me quedo mirando las letras y recuerdo cómo Jack no hizo otra cosa más que repasarlas con el dedo durante todo el viaje a través del Yukón. Por supuesto, tenía que llevarnos hasta una chica de carne y hueso, aunque solo fuera porque mi hermano creía firmemente que terminaría ocurriendo. Ella mira a Jack con sus ojos oscuros

arrasados en lágrimas que resplandecen como si mi hermano conociera todas las respuestas del universo.

–Esta es Selma –susurra Jack.

Nos quedamos inmóviles sosteniéndonos la mirada.

Pero entonces las puertas de las bambalinas se abren de repente y salen cuatro personas: Isabelle, Abigail, la bailarina y...

–¡Lo sabía! –exclama Jack–. ¡Sam, sabía que estabas vivo!

## Hermanos

### *Alyce*

Ni siquiera me dio tiempo a recuperar el aliento. En un momento dado, Sam estaba frente a mí, entregándome un ramo de rosas al salir por la puerta de salida de artistas, y un instante después estaba rodando por el suelo con otro chico encima de él.

La tía Abigail y una mujer que no conocía se sonaban la nariz con sus pañuelos, y Selma parecía como si se acabara de tirar de un tren en marcha a toda velocidad. Entonces, llegó mamá corriendo por el lado izquierdo del escenario, avanzando a saltos con más flores.

–¡Has estado maravillosa! –exclamó, pero enmudeció al percibir la conmoción general.

Hacia uno de los laterales, otro chico se había desplomado y estaba apoyado en la pared con la cabeza entre las manos. Todo el mundo pareció fijarse a la vez en él. Sam se liberó del primero y se acercó a este otro, que era mayor y estaba más triste y más desaliñado. Se arrodilló ante él y hundió la cara en su hombro. Las palabras que estaba balbuceando se hicieron cada vez más audibles cuando Sam lo abrazó.

–Creí que habías muerto –dijo–. Creí que habías muerto, creí que habías muerto...

Jack. Hank. Fue como salir de una habitación oscura hacia la luz del sol. Mis ojos intentaban ajustarse a esta nueva luz, incapaces de enfocar bien a aquellos tres hermanos por fin juntos de nuevo.

Y justo cuando Sam había empezado a perder la esperanza de volver a verlos algún día. «Esto empieza a ser como buscar una aguja en un pajar», había dicho en cuanto llegamos a Fairbanks.

Mamá estaba emocionadísima de tenernos allí y había preparado su famosa lasaña para que disfrutara de una auténtica «cena de bienvenida a casa».

Después, mientras recogíamos la cocina, insistió en que Sam se quedara todo el tiempo que fuera preciso.

–He oído hablar mucho de ti –le dijo.

–¿En serio? –me extrañé.

–Alyce, tampoco es que tu padre y yo no hablemos nunca.

–Ah, ¿no?

Pero se limitó a darme unos golpecitos en la mano como si le estuviera tomando el pelo.

–Mi hermana trabaja en el periódico –le dijo a Sam–. Si tus hermanos están en Fairbanks, ella será la primera en enterarse.

Él sonrió y le dio las gracias, pero cuando mi madre volvió al comedor para traer más platos sucios, me di cuenta de que su sonrisa era forzada.

Sé cómo se siente Sam por las sombras que cruzan su rostro y por el modo en que sus ojos centellean creando todos los tonos posibles de marrón como un caleidoscopio, sobre todo cuando está pensando en sus hermanos.

–La tía Abigail está pendiente –le aseguré–. Es una periodista estupenda y conoce todo y a todos. En serio, los encontrará.

Sam dio un paso adelante, me puso el paño que tenía en la mano sobre los hombros, me atrajo hacia sí y me besó. Llevaba semanas esperando aquel beso, pero de todos modos me pilló desprevenida. No sabía qué hacer con las manos, cubiertas de jabón, así que se las pasé por el pelo y le devolví el beso... con más efusión. Tal como habría querido hacer muchas veces en el puente volante, en el *Pelícano*, incluso cubiertos de sangre junto a las líneas mientras pescábamos.

–Sal –murmuró–. Sabía que sabrías a sal.

Por lo visto, todo esto también pilló desprevenida a mi madre cuando entró a toda prisa en la cocina con una pila de platos que se escaparon de las manos, se hicieron añicos contra el suelo y nos dieron un susto de muerte.

Estoy tan absorta recordando ese beso que apenas noto que alguien me tira del brazo con suavidad para hacerme volver al pasillo del auditorio. Delante de mí, sobre la alfombra de flores rojas, Sam y Hank siguen abrazados. Noto el rímel corriendo por mis mejillas.

–Hola –dice una cara borrosa que se pega a la mía.

–¿Jack?

La cara asiente.

–¿Eso te lo ha dado Sam? –pregunta al tiempo que señala la goma roja que asoma por debajo de mi moño, donde había querido esconderla.

–Sí.

–¿Sabías que da suerte?

–Por eso la llevo.

–¿Lo salvaste tú?

–Lo intenté –respondo–. Quizá fue él quien me salvó a mí.

–Sí, eso es lo que hacemos, ¿no? –dice Jack–. Salvarnos unos a otros.

–Eres exactamente como te describió –comento, y él sonríe.

–Estuviste increíble –dice Selma, que se ha acercado a nosotros. Tiene una sonrisa en el rostro como nunca le había visto–. Tu prueba, Alyce..., ha sido perfecta. Te van a seleccionar, seguro.

Lleva en la mano una servilleta de papel arrugada con su nombre escrito y está muy rara, como aturdida.

–Gracias... ¿Qué es eso? –pregunto.

La sujeta casi con tanta delicadeza como yo el ramo de rosas que me ha regalado Sam. Luego la aprieta contra su pecho, como si fuera una carta de amor.

–Algo que llevo esperando toda mi vida.

Me cuesta trabajo entender por qué Selma se comporta de una manera tan poco habitual en ella –normalmente es imposible hacerla callar–, pero en este momento nada tiene sentido y empiezo a notar calambres en las piernas. Necesito hacer estiramientos, pero hay tal condensación de emociones en el pasillo que sería más fácil cortar el cuello a un salmón que atravesarlas. Sam susurra algo a Hank al oído. Quizá le esté contando la historia de las orcas y cómo terminó aquí.

Los hermanos de Sam deben de encontrarlo muy distinto. Estoy segura de que ha cambiado mucho desde la última vez que se vieron. Mi madre le compró la ropa que lleva puesta en los grandes almacenes Sears Roebuck hace dos semanas, nada más llegar a Fairbanks, porque lo único que tenía era la ropa vieja del tío Gorky. Yo tampoco me he acostumbrado todavía a verlo así.

Cuando llegamos al auditorio para la prueba –¿solo hace unas horas de eso?– parecía incluso fuera de lugar, incómodo y más mareado de lo que estuvo en el barco. Señaló mis zapatillas de puntas.

–Se me hace raro vértelas puestas.

A mí también.

–Se me hace raro verlas en cualquier sitio excepto colgadas sobre la litera durante la temporada de pesca.

Quizá pensó que seguía sintiéndome culpable, porque dijo:

–Tu padre no quiere que vivas tu vida para intentar complacerlo. Lo que verdaderamente quiere es verte feliz.

Y se apartó un poco por si acaso volvía a enfadarme como hice la otra vez que me lo dijo.

Pero ahora lo entiendo. Todo este tiempo creí que estaba complaciendo a mi

padre, pero ahora estoy segura de que lo único que siempre ha querido es que sea yo misma.

Por primera vez, bailé como alguien que sabe lo que quiere. Sin miedo, como si no fuera a decepcionar a nadie y mucho menos a mí misma.

Pero ni siquiera eso me parece ahora tan importante al contemplar a Sam y a su hermano. Sam se equivocaba al pensar que Hank estaría furioso, o que no estaba preocupado. Sumo cada minuto, hora y día que he pasado con él y es obvio que Hank ha pasado cada uno de esos días pensando que su hermano habría muerto. Me siento egoísta al ver cómo Hank trata de salir de ese lugar oscuro y lóbrego. No sé si yo podría dejar de llorar si fuera él.

–Tuve el presentimiento –dice Jack de pronto, observándome con atención– de que estaría en alguna parte con alguien como tú.

Me abraza.

–Tenías razón –le digo–. ¿Se pondrá bien Hank?

–Hank está bien –afirma–. O lo estará.

Jack tiene los ojos de Sam.

Estoy tan absorta fijándome en Jack que no me doy cuenta de que Hank y Sam ya no están en el suelo hasta que noto una mano en el hombro.

–Alyce, este es Hank –dice Sam.

Parece descortés observar los surcos de las lágrimas en la cara de Hank y sus mejillas enrojecidas e hinchadas. Pero avanza y me abraza, estrujando las rosas que se interponen entre nosotros. Huele a kilómetros y kilómetros de carretera embarrada, mezclados con sudor y un toque de lavanda; debajo de todo eso subyace el olor familiar y mohoso a barco. Me da un abrazo fuerte.

–Eres una gran bailarina –me dice–. Casi me muero viéndote.

Aunque no estoy segura de entender exactamente sus palabras, sé que es una de las cosas más bonitas que me han dicho en mi vida.

# INVIERNO

*La tierra está helada  
alrededor de nuestros contenedores de basura  
y hay huellas de cuervos en la escarcha.*

JOHN STRALEY



Diciembre de 1970

*Ruth*

Incluso después de que tu corazón se rompa en mil pedazos y se lleven a tu bebé, estoy aquí para contaros que el mundo sigue girando a tu alrededor. Puede que la gente te diga palabras amables y crea que estás prestando atención, pero casi nunca oyes nada porque estás demasiado ocupada recogiendo todos esos diminutos pedazos de corazón y guardándolos en un rincón seguro de tu interior para poder encontrarlos más tarde.

Al principio solo eres capaz de asentir con la cabeza a todas esas caras sonrientes que te resultan familiares y a las bocas que intentan decirte algo con palabras que no oyes. Puede pasar un buen rato antes de que te des cuenta de lo que te están diciendo.

Hasta que una mañana como cualquier otra, empiezas a mover los dedos de los pies. O a notar cómo vuelve a fluir la sangre hasta las yemas de tus dedos. Poco a poco, como el calor después de que se te queden entumecidos por el frío. Toda esa sangre nueva vuelve a filtrarse en esos puntos congelados hasta que llega al lugar secreto donde has guardado los pedazos –esquirlas, más bien– de corazón y empiezas a moverlos y quizá a colocarlos de nuevo en su sitio. Aunque lo más probable es que no consigas dejarlos tal como estaban antes, así que al principio te encuentras rara y quizá tengas que volver a intentarlo varias veces.

Poco, muy poco a poco, vuelves a hacer cosas normales, como tomar una taza de té que vuelve a saber a té en vez de agua marrón que alguien te ha puesto entre las manos sin motivo aparente. Cosas como el gusto, el olfato, el tacto..., todo vuelve, pero muy lentamente.

–Es cuestión de tiempo –oyes una y otra vez cuando eres capaz de volver a oír.

Y cuando decides hablar, mejor límitate a hacer una sola pregunta al día, al

menos al principio.

Día Uno:

–¿Fue niño o niña?

–Una niña preciosa y sana. (Hermana Bernadette.)

Día Dos:

–¿Qué nombre le pusieron?

–¿No te acuerdas? Les pediste que la llamaran Marguerite, como tu abuela.  
(Hermana Josephine.)

Día Tres:

–¿Por qué escogí el nombre de mi abuela? La verdad es que no me acuerdo.

–Creo que estabas intentando hacer borrón y cuenta nueva; volver a empezar.  
(La abadesa.)

**D**os o tres semanas después, la gente esperará que empieces a pensar en continuar con tu vida, sobre todo la hermana Agnes. Por fin, te despedirás y volverás a cruzar la verja del convento intentando no oír los sollozos de las monjas detrás de ti. No serás la misma niña que un día subió exactamente los mismos peldaños de ese mismo autobús hace unos meses, aunque lleves el mismo abrigo rojo raído y la misma maletita marrón. Verás el mundo pasar ante ti rápidamente, como si estuvieras rebobinando una película. Pierdes la noción de las horas y después de los días, que además ya son muy cortos, amaneciendo y oscureciendo antes de que te dé tiempo a pestañear. Crees que quizá hayan pasado cinco días porque la hermana Agnes te preparó bocadillos y bollos suficientes por lo menos para una semana, y los últimos ya empiezan a estar rancios y secos como el serrín. Lo único que te mantiene anclada a tu asiento es la almohada bordada que encontraste embutida en la maleta, un regalo de la hermana Josephine y la hermana Bernadette. La aferras con las dos manos, hundes la cara en las puntadas y aspiras el olor de las monjas intentando no volatilizarte por completo. Hasta que reconoces la parada de camiones donde compraste una tartaleta de manzana el día que cumpliste diecisiete años, pero entonces no estabas sola y ahora sí.

**A** excepción del desconocido que se te acerca y te dice:

–¿Puedo hacerte una pregunta?

–¿A mí?

Mira a su alrededor.

–Somos las dos únicas personas que hay en este autobús.

Se ha roto el hechizo. Vuelvo a ser una persona en el mismo cuerpo de antes.

Le miro a los ojos, una extraña mezcla de distintos tonos de verde, como los cristales erosionados que el mar devuelve a la costa. Tiene el rostro muy curtido, así que resulta imposible adivinar su edad.

–Es que me preguntaba... Voy a conocer a una persona por primera vez, y será más o menos de tu edad. Estoy nervioso porque no sé si le habré comprado el regalo adecuado.

Me pregunto qué edad pensaré que tengo. Podría ser diecisiete o setenta; ya no sé si mi aspecto exterior se sigue correspondiendo con el interior.

Pero está ocupado rebuscando en su mochila y saca dos pastillas de jabón artesano.

–¿Jabón? –pregunto, y me doy cuenta de que el hombre esperaba algo más de entusiasmo–. Quiero decir, anda, jabón, qué bien.

Suelta una carcajada profunda desde el fondo de su pecho ancho y fuerte que llena de calidez el autobús entero.

–Los hizo un amigo mío –me explica–. Creí que a las adolescentes os gustaban los artículos de aseo y... cosas así.

–No, en serio, el jabón le va a encantar –le aseguro, y me pasa una pastilla. Huele a limón–. Yo viví con..., bueno, con unas mujeres... que también hacían jabón –añado; es la frase más larga que he pronunciado desde hace semanas.

No me presiona para que le cuente más. Le devuelvo el jabón y me acurruco en mi asiento fingiendo leer.

Al otro lado de las ventanillas del autobús, el cielo se está tiñendo de rosa; ya se está poniendo el sol, aunque apenas son las dos de la tarde. No hay nada más que kilómetros y kilómetros de terreno montañoso para recordarme que solo soy una mota en el universo.

Cuando vuelvo a despertarme, hay varios pasajeros más. La mayor parte son hombres, y siento curiosidad por saber qué pensarán de una chica que viaja sola en Navidad. El hombre de los jabones está hablando de pesca y barcos con otro que debe de haber subido cerca de la frontera. El nuevo pasajero lleva un saco impermeable en el asiento de al lado que huele a gasoil, pescado y moho.

La última carta de Selma se cae del libro. Me había olvidado de que la había metido ahí hace solo unas semanas, cuando aún no era capaz de encontrar sentido a las palabras.

Selma dice que por fin ha conocido la verdad sobre su procedencia, pero que

la historia solo merece la pena si me la cuenta en persona; está deseando hacerlo. Su prima, Alyce, ha sido seleccionada para ingresar en una academia de baile; hay unos cuantos chicos nuevos en la ciudad que atraen todo tipo de atención; y, lo más sorprendente de todo, Dora y Buñuelo (que poco a poco se ha recuperado del accidente) pasan un montón de tiempo en mi casa con Lily y Bunny.

Quiero escuchar la historia de Selma y volver a ver a Buñuelo, pero, aparte de eso, he preferido no pensar demasiado en mi vuelta a casa.

La abadesa me dijo que mi abuela estaría esperándome en la estación de autobuses. Me pregunto si hará como si nada hubiera pasado y se portará como antes; pero es que yo ya no soy la misma persona de entonces. Y dudo que la vea de la misma manera después de todo lo que me ha contado la hermana Josephine.

El mero hecho de pensar en mi abuela me agota de tal manera que vuelvo a quedarme dormida con la carta de Selma aún fresca en mi mente y el olor del saco impermeable del hombre impregnándome la nariz.

Sueño que estoy sentada al borde del océano. La luna brilla y puedo ver las enormes rocas asomando o desapareciendo según suba o baje la marea, y de pronto la playa se llena de estrellas de mar y pequeños cangrejos que se escabullen bajo la luz de la luna. Hay una silueta sentada sobre una roca y veo que se trata de una mujer; ha puesto su ropa en un montón. La deja en la roca y baja a la playa, avanzando con cuidado entre las algas y las conchas rotas. Pasa junto a mí, pero no me ve; se dirige al puerto donde están amarrados los barcos con las luces encendidas en el interior de los puentes de mando. Mi curiosidad me lleva hasta la roca. Lo que creí que era ropa es una piel de foca húmeda y brillante que apesta a pescado rancio. La piel está grasienta; se me escurre entre los dedos y cae al mar. Contemplo horrorizada cómo se aleja flotando y no puedo atraparla; nado y nado, si no la recupero, la mujer jamás podrá regresar al mar, pero no la alcanzo.

¡Plof!

Me despierto en el suelo del autobús.

–Lo siento: alce en la carretera –anuncia el conductor, que ha tenido que frenar en seco–. Llegaremos a Fairbanks dentro de unos quince minutos.

–¿Estás bien? –me pregunta el hombre del saco maloliente mientras me levanto del suelo.

Hago un gesto afirmativo, pero tengo el abrigo mojado y sucio del barro y la nieve derretida que han traído los viajeros en sus botas. Se vuelve para seguir hablando con el hombre de los jabones.

–Tengo que comprar unas rosas –dice–. Mi exmujer me advirtió de que si me presento en *El Cascanueces* sin rosas, más vale que ni aparezca por allí.

El hombre de los jabones se echa a reír y responde:

–Creo que vamos los dos al mismo sitio.

Es lo último que me podría esperar de ellos.

El autobús entra en los andenes de la estación, donde las luces son cegadoras y es difícil distinguir las caras de la gente que espera en el bordillo. Todos parecen algo diferentes. Allí está Alyce, maquillada para salir a escena, escandalosamente fuera de lugar. Lleva una tiara centelleante y un esponjoso abrigo de plumas sobre su traje de *El Cascanueces*.

Desde el interior del autobús, la veo echarse en brazos del hombre del saco impermeable en cuanto sube al bordillo. Alyce tira del brazo de un chico –un chico muy guapo–, que se adelanta y estrecha la mano del hombre. Nunca lo había visto, ni tampoco ese brillo en los ojos de Alyce.

Mis pies no me responden. El universo se mueve a un ritmo mucho más rápido del que yo estaba acostumbrada. Hay muchos más colores y sonidos después de varios meses viviendo en un mundo en blanco y negro rodeada de monjas que hablaban entre susurros, así que me tomo mi tiempo antes de bajar del autobús. De todos modos, es más fácil mirarlo desde este lado del cristal hasta que vuelva a ubicarme.

La cara de Selma asoma entre la multitud. No la Selma revoltosa que recuerdo –la que se adelanta para ser la primera a la que pongan una inyección, ni la que echa la cabeza hacia atrás y se ríe como una hiena–, sino una Selma vacilante, que avanza con timidez hacia el hombre de los jabones. Acaba de bajar del autobús con su bolsa llena de jabones de limón colgada del hombro de manera informal.

Le tiende una mano ancha, pero ella lo sorprende (y a mí también) echándole los brazos al cuello. Nunca en mi vida había visto tantos abrazos. Así que Selma no ha venido por mí, me doy cuenta cuando la veo sacar otro enorme gorro de lana naranja y se lo regala al hombre como si fuera la gallina de los huevos de oro. Pobre Selma; el corazón más generoso del mundo no tiene nada que ver con su habilidad para tejer. Y de pronto me sorprendo riéndome, riéndome todavía en el autobús, completamente sola. Es una sensación reconfortante.

Hasta que veo a mi abuela, apartada del gentío en un lateral. Parece más vieja y su pelo más ralo. Debe de estar congelada con ese abrigo raído y las medias de nailon. No percibo en ella enfado ni miedo, solo nervios y frío. Selma se acerca a ella, arrastrando con orgullo el brazo del hombre de los jabones. La abuela estrecha la mano enorme del hombre con la suya, tan frágil. Hace que parezca todavía más menuda; va a seguir encogiéndose cada vez más si no bajo del autobús.

Es hora de reincorporarme al mundo.

Por fin me levanto del asiento y entonces lo veo.

Hank.

Está observando a alguien con la misma expresión que tenía aquel día al contemplar a su hermano Jack comiéndose una bola de nieve rosa. Sigo la dirección de su mirada y, por supuesto, encuentro a Jack. Está sonriendo a Selma y al hombre de los jabones como si los hubiera creado de la nada. El chico guapo también está allí con Alyce; ahora está estrechando la mano del hombre de los jabones y todo es muy entrañable..., pero también imposible para mí.

Mientras pienso esto, Hank levanta la vista y me ve a través de la ventanilla.

Se acerca lentamente al autobús. Lo bastante despacio para darme tiempo a rebobinar en mi mente nuestro último encuentro. Cuando llega al escalón del autobús, lo veo de nuevo desnudo con un ramillete de campanillas y envuelto en una sábana blanca sentado entre matas de arándanos diciendo: «¿Quizá podríamos vernos algún día en Fairbanks?».

Ahora estoy dos peldaños por encima de él, y aparentemente hoy es «algún día».

–Eres tú –dice.

–Soy yo.

Por segunda vez en una semana, he utilizado la palabra *yo*.

Sigo existiendo.

Pero su hermano Jack ya está junto a él sin quitarme ojo.

–Eres tú –dice.

Decido no repetir lo mismo.

Entonces aparece Selma y se rompe el hechizo, al menos por ahora, porque exclama:

–¡Ruth! ¡Has vuelto! ¡Has vuelto!

Su alegría al verme es sincera y noto que me invade una sensación de calidez de pies a cabeza cuando me abraza hasta dejarme sin aliento. Le devuelvo el abrazo.

Me da un beso en la mejilla y susurra:

–Te he echado de menos.

–Yo también.

Sé que en algún momento me lo contará todo, y que merecerá la pena escucharlo. Por ahora tendrá que esperar todo el mundo –incluso Hank– hasta que pase la prueba de volver a reunirme con mi abuela.

Pero antes de darme tiempo a avanzar otro paso, Hank me agarra de la muñeca y me ata la cinta roja. Durante una fracción de segundo el mundo se paraliza, y lo único que sé es que, dondequiera que esté, mi bebé llevará la otra mitad de esa misma cinta en su muñeca pequeña y regordeta.

Vuelvo a oír la voz de Buñuelo asegurando: «Funciona. Te lo prometo». Y por fin comprendo.

Hank me observa con atención. Señalo a mi abuela y digo:

–Creo que vas a tener que mantener las distancias un poco más de tiempo.

Él me da un apretón en la muñeca y responde:

–Se me da bien esperar.

Parece como si la abuela estuviera a cientos de kilómetros de distancia y no a solo unos pocos metros. Al acercarme la veo aún más frágil. No soy la única en la que el tiempo ha hecho mella en los últimos meses.

–Hola –saludo.

Parece a punto de llorar.

–¿Dónde está Lily? –pregunto al ver que no sabe qué decir.

–En casa, haciéndote una tarta.

Y luego añade:

–Dora, Buñuelo y Bunny también están allí. Así que espero que estés de humor para fiestas.

–Le puse tu nombre –suelto tan deprisa como puedo. Si no se lo digo ahora, tal vez no llegue a hacerlo nunca.

–No me lo merezco –contesta.

–Me pareció que sería como una segunda oportunidad.

Al principio, la abuela de antes me devuelve la mirada con el ceño fruncido como si la hubiera insultado. Pero luego, de repente, se echa a reír; no a carcajadas ruidosas y vibrantes como el salvador de Selma que viajaba en el autobús, sino cortas y sutiles.

Me abraza con fuerza, con más fuerza aún que Selma, pero su olor me pillaba por sorpresa.

Son los mismos olores de siempre: una mezcla de abrillantador de muebles Lemon Pledge, lavavajillas Joy y café Hermanos Hills. Pero hay otro que me pillaba totalmente desprevenida. Es el de la crema hidratante que se echa en la cara desde que tengo uso de razón.

–Es la loción de leche y miel de la hermana Josephine –murmuro.

Es el olor de dos mundos distintos chocando entre sí.

Me besa en la coronilla como si compartiéramos un secreto.

–Nunca se me ha dado demasiado bien expresarme con palabras –dice–. Lo siento, Ruth.

Ahora sí que está llorando. Pero yo también.

Le doy el brazo y la guío hacia casa sobre la acera helada. De repente se me ocurre que existe una gran diferencia entre estar cansada y ser débil. Me llevo la mano al pecho una vez más antes de llegar a Birch Park, solo para comprobarlo.

Sigue ahí: mi corazón, que he vuelto a recomponer con los pedazos que se habían roto y que aún está un poco deteriorado. Pero desde luego, no vencido.

## Agradecimientos

Este libro es una obra de ficción, pero también es cierto que solo ha sido posible porque cuatro generaciones de una misma familia han vivido en un sitio en concreto durante mucho tiempo. Nunca podré agradecerérselo lo suficiente a los miembros de esa familia, a cada uno de ellos. Todo esto empezó principalmente como un ejercicio de escritura libre en casa de mi querida amiga y talentosa escritora Lisa Jones. Así que si Lisa Jones os propone «Vamos a escribir durante veinte minutos sobre el olor de las casas de los demás», hacedlo sin dudarlo.

No me cansaré de dar las gracias a los poetas alaskaños John Straley, Nancy White Carlstrom y Ann Chandonnet, que me dieron carta blanca para utilizar sus poemas. Os he admirado desde hace años.

A mi agente Molly Ker Hawn, con quien supe que tenía que trabajar en el mismo instante en que escribió por Twitter que se había prendido fuego al pelo una noche que fue a cenar con la familia de su marido. Toda tú eres una chispa incendiaria y estoy encantada de que nunca hayas dejado de confiar en este libro. Ni en mí.

A Alice Swan, mi querida, queridísima editora de Faber and Faber. Si no hubiera sido por ti, la mayor parte de los personajes de esta historia habrían perecido en el paisaje de Alaska. Tenías razón en que hay más esperanza en el mundo de la que a veces soy capaz de ver, pero seguiré buscándola. Todo el equipo de Faber ha sido una auténtica maravilla: Hannah Love, Grace Gleave, Sarah Savitt, Rebecca Lewis-Oakes y todos los demás que quizá se me olvide citar por favor, perdonadme, pero muchas gracias a todos.

A Wendy Lamb y Dana Carey y al resto del personal de Random House, gracias por las horas y horas que dedicasteis a este trabajo con tanta emoción, energía y una fe inquebrantable en que podría llegar a ser lo que debería llegar a ser. Wendy, gracias por abrirnos tus puertas en Nueva York y por mantenerlas abiertas durante todo el proceso.

Lori Roth Adams, sin tu postal de Navidad me habría olvidado de la importancia de las cartas náuticas..., pero nunca subestimo la importancia de los

amigos. Hablando de amigos y lectores: muchísimas gracias a William DeArmond, Nathanael Johnson, Anne Keala Kelly, Marsha Wilson Chall, Kelly Easton, Claire Rudolph Murphy, Elizabeth Schoenfeld, Rebecca Grabill, Jodi Baker, Anne Tews Schwab y Shannon Johnson.

Chris Todd, gracias por traerme el café a la cama todas las mañanas sin faltar una, incluso cuando no me lo merecía, y por leer demasiados borradores (hasta los que dijiste que habías leído, pero solo miraste por encima).

Y, sobre todo, a Dylan y Sylvia; millones y millones de patos reales para las dos personas que me salvan una y otra vez cada día de mi vida.

## Glosario

*Atabascanos*: etnia indígena del interior de Alaska compuesta por unas veinte tribus.

*Inuit*: pueblo indígena (también llamado esquimal) que habita las tundras árticas de Alaska, Canadá y Groenlandia. Se compone de distintos grupos étnicos y hablan cuatro dialectos.

*Inupiat* (o *iñupiat*): grupo étnico englobado dentro del inuit que habita en el norte y noroeste de Alaska.

*Akutuq*: helado esquimal hecho a base de grasa animal, frutas silvestres, pescado o huevas secas de salmón.

*Kuspuk*: prenda de abrigo tradicional en Alaska, que llega hasta las rodillas, con capucha y un gran bolsillo frontal, originalmente hecha de piel.

*Muktuk*: piel de ballena curada con grasa. A menudo se refiere a determinadas piezas de ballena boreal, rica en vitaminas, proteínas y grasa.

*Musher*: persona que dirige un tiro de perros que arrastran un trineo o unos esquís.

*Mushing*: denominación que recibe el tradicional medio de transporte (ahora deporte) en el que los perros arrastran un trineo.

*Oosik*: hueso del pene de la morsa o la ballena.

*Ulu*: cuchillo de múltiples usos de hoja semicircular tradicional entre las mujeres inuit, utilizado para desollar animales, trocear o despiezar carne o pescado, cortar el pelo a los niños o partir bloques de hielo. Originalmente hecho de cuerno de caribú o toro almizclero.

*Usruk: pene.*

## Entrevista con Bonnie-Sue Hitchcock

**¿Cuánto tardaste en escribir *El olor de las casas de los demás*?**

¡Qué pregunta tan complicada! Podría decir «mi vida entera», pero quizá sonaría algo impreciso. Presenté el primer borrador completo como tesis creativa para el seminario del máster en Bellas Artes Literatura para Niños y Jóvenes Adultos. Me llevó seis meses, pero era un libro bastante distinto al que acabáis de leer. Pasaron más de dos años antes de que la historia tomara su forma definitiva.

***El olor de las casas de los demás se desarrolla en Alaska, donde creciste. ¿Te serviste de algún recuerdo de tu niñez al escribirlo?***

Me serví de muchos recuerdos de mi niñez y además robé alguno a mis hijos, mis hermanos y otros parientes. Es cierto que a una de mis hermanas le cortaron el pelo por presumir de él –aunque no nuestra abuela– y también que íbamos a ver a mi abuela a un lugar llamado Birch Park (aunque debo añadir que era maravillosa, no como la de la historia). No vivíamos con ella, pero íbamos a su casa todos los veranos. Mi madre era la mayor de seis hermanos y me ayudaron a llenar las lagunas que yo tenía sobre cómo era vivir allí. A mis hermanos y a mí nos encantaba ir a ver a mi abuela porque había un tiovivo pintado de colores muy vistosos en medio del aparcamiento. Nuestra impresión de Birch Park era que se trataba de un lugar mágico, porque éramos muy parecidos a Lily. Bueno, yo era muy Lily. Pero mi tía tenía dieciséis años en aquella época y sabía que los ingresos eran escasos y que había un montón de cucarachas, así que no tiene una visión tan romántica y eso me ayudó a dar forma al punto de vista de Ruth. Mi primer recuerdo también se remonta a la gran riada de Fairbanks en el año 1967, que no es la misma del libro, pero sí la misma sensación.

**¿Has guiado alguna vez un trineo tirado por perros o nadado con orcas?**

He ido un par de veces en trineos de perros, pero la verdad es que nunca he estado muy metida en ese mundo. Me parece que me cuesta más trabajo de lo que me compensa, pero mis amigos que sí lo hacen dicen que les encanta. Y gracias a Dios tampoco he nadado con orcas, pero las vi muchas veces desde nuestro barco de pesca (que se parece mucho al de Alyce) y una vez nadaron alrededor de mi kayak y pasaron muy cerca. Hasta les oí el aliento, y sí, huele fatal.

### **¿A qué huele tu casa?**

Es una buena pregunta, pero creo que no sé la respuesta. Mi hija es buenísima describiendo el olor de las casas de los demás, pero ninguna de las dos somos capaces de describir el de la nuestra. Creo que estamos demasiado inmersas en él, y por eso nos llama la atención el de las demás casas e identificamos inmediatamente no solo que es distinto, sino además lo que estamos oliendo, como, por ejemplo, una marca de detergente distinta de la nuestra o si alguien tiene muchos gatos. Si tuviera que aproximarme, diría que mi casa normalmente huele a café, a risa y, probablemente, a salmón.

### **¿Está basado algún personaje en personas que conoces?**

Sí. Y probablemente sea lo único que pueda revelar. Aunque muchos de los personajes son un cóctel de personas distintas, como si las hubiera metido en una batidora y hubiera salido un puré de todos mis amigos y familiares favoritos. Demasiada gente de nuestra familia –tengo una gran familia– lo ha leído intentando descubrir qué personaje lo representa y tengo que decirles continuamente: «¡Olvídalo, es ficción!».

### **¿Supuso un reto escribir un libro sobre gente de distintas culturas?**

Lo habría sido si no me hubiera criado en un lugar donde hay una constante mezcla de culturas. Podría pasarme un buen rato hablando de esto, pero creo que tenemos que escribir a partir de nuestras propias experiencias y la mayor parte de lo que ocurre en este libro viene directamente de ellas. Sería difícil si escribiera sobre alguna cultura con la que no hubiera convivido todos los días.

Fui productora de un programa de radio sobre nativos de Alaska e hice las prácticas con Nellie Moore, que es inupiat. Pero también me ayudó el hecho de conocer esa cultura desde pequeña y entender lo suficiente como para saber qué no debía decir, no sé si me explico. Para este libro, habría resultado extraño –y

tremendamente irresponsable— no escribir con sinceridad sobre los estereotipos que existían (por parte de las distintas etnias) en Alaska en aquellos tiempos.

### **¿Cuál fue la escena más difícil de describir?**

Otra buena pregunta, como la anterior. El capítulo más difícil fue el del campamento de pesca, porque en mi familia no tenemos campamento de pesca. De pequeña me pasaba como a Lily, estaba desesperada por conseguirlo e incapaz de entender por qué no lo teníamos. También he procurado ser cuidadosa al describir esas escenas porque odio ese tipo de periodismo en que no se conoce bien el tema del que se escribe y no quería dar esa impresión. Pero tengo muchos, muchísimos amigos atabascanos e inupiat, he entrevistado a muchas personas y visitado varios campamentos, así que ahora sí entiendo del tema, pero aun así pensaba: «Uf, me aterra esa sensación de poder poner algo mal». Siento demasiado respeto por los nativos de Alaska como para dar una imagen tergiversada de cualquier aspecto de su vida. Además, es una cultura que no habla demasiado de sí misma, así que también lo tuve muy en cuenta. Fue un aspecto en el que mis editores tuvieron que darme un buen empujoncito, creo, porque me resultaba muy difícil.

### **¿Cuál es tu parte favorita de *El olor de las casas de los demás*?**

Me gusta mucho el capítulo en el que Dora está en la tienda Goodwill con su madre y sus hilarantes amigas. Me encantó escribir sobre la Clásica del Hielo (que ganó mi tía en 1968). También me encanta el encuentro de Hank y Ruth en la abadía; me divertí mucho describiéndolo. Sin embargo, la escena que dejó una huella más profunda fue cuando Dora hace frente a su padre. Recuerdo que al terminarla me sentí orgullosísima de ella, como si Dora fuera una persona de carne y hueso, no un personaje fruto de mi imaginación. Nunca había sentido esa sensación al escribir.

### ***El olor de las casas de los demás* describe un momento delicioso con una bola de nieve rosa. ¿Qué es una bola de nieve rosa, y a qué sabe?**

Las bolas de nieve rosas son un producto de Hostess. La empresa Hostess se hizo famosa por inventar el Twinkie, un bizcochito esponjoso relleno de crema. Pero la bola de nieve es un pastelito redondo de chocolate relleno de crema con cobertura de malvavisco y virutas de coco y tiene un color rosa fuerte. Yo lo encuentro asquerosamente empalagoso. La parte del bizcocho tiene un pase, pero

la cobertura de malvavisco es como un gel que casi me recuerda a la babilla grasienta que sueltan los peces. Pero lo verdaderamente importante es que se trata de un producto de bollería industrial de los años setenta que encaja a la perfección en la historia. He conocido a gente que me ha contado que de pequeños no les dejaban comer productos Hostess, pero luego me enteré de que no se criaron donde me había criado yo.

### **¿Cuáles son tus autores favoritos y qué es lo que más te gusta de ellos?**

Mi autora favorita de literatura para adultos es Margo Lanagan. Me encanta el misterio que impregna sus libros y cómo maneja el lenguaje, sobre todo en *Las novias de la Isla de Rollrock*. Leo poesía a diario para no olvidar cómo deben sonar las palabras, y mis poetas favoritos son Norman Dubie y Dylan Thomas. Y, por supuesto, me encanta Virginia Woolf. Cada palabra que escribió es perfecta.

### **¿Darías algún consejo a los aspirantes a escritores?**

Sed sinceros, tanto sobre quiénes sois como sobre qué escribís. Si intentáis escribir sobre algo que no os gusta o no os interesa demasiado, se notará, desde luego. Aún no conozco muy bien el mundo editorial, pero sé que hay mucho ruido de fondo. Si de verdad queréis ser escritores, lo único que podéis controlar de verdad es la calidad de lo que escribís. Así que nunca la perdáis de vista.

### **¿Nos puedes adelantar algo sobre tu próximo trabajo?**

Lo siento. Nunca hablo de lo que estoy escribiendo porque soy terriblemente supersticiosa.

MAEVA defiende el copyright©.

El copyright alimenta la creatividad, estimula la diversidad, promueve el diálogo y ayuda a desarrollar la inspiración y el talento de los autores, ilustradores y traductores. Gracias por comprar una edición legal de este libro y por apoyar las leyes del copyright y no reproducir total ni parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, tratamiento informático, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. De esta manera se apoya a los autores, ilustradores y traductores, y permite que EMBOLSILLO continúe publicando libros para todos los lectores.

© Bonnie-Sue Hitchcock, 2017

© de la traducción, Sonia Fernández Ordás

© de la cubierta, Elsa Suárez

© Maeva Ediciones, 2017

Benito Castro, 6

28028 MADRID

[emaeva@maeva.es](mailto:emaeva@maeva.es)

[www.maeva.es](http://www.maeva.es)

ISBN: 9788417108236

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

# Table of Contents

[Portadilla](#)

[Nota de la editora](#)

[Listado de personajes](#)

[Mapa](#)

[Prólogo. Cómo era la vida en aquellos tiempos](#)

[Primavera](#)

[1. El olor de las casas de los demás](#)

[2. La Clásica del Hielo](#)

[Verano](#)

[3. La bailarina asesina de peces](#)

[4. Persiguiendo orcas](#)

[5. Apuntando a las estrellas](#)

[6. El campamento de pesca](#)

[7. No preguntes, no cuentes nada](#)

[8. Que alguien se fije en ti](#)

[9. El efecto bola de nieve](#)

[10. La maldita nota azul](#)

[11. Si debes echar humo, ahúma el salmón](#)

[12. Algo que desearía](#)

[Otoño](#)

[13. Campanillas en botellas de whisky](#)

[14. Tarta de arándanos](#)

[15. Cabezas con moños](#)

[16. Hermanos](#)

[Invierno](#)

[17. Diciembre de 1970](#)

[Agradecimientos](#)

[Glosario](#)

[Entrevista con Bonnie-Sue Hitchcock](#)

[Créditos](#)